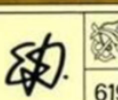
Horacio Vázquez Rial

Territorios vigilados



Áncora y Delfín



619

Territorios vigilados se mueve constantemente en los angostos bordes en que lo real desafiá a lo verosímil. Nadie puede afirmar sobre qué íntima trama se desanudan las cosas, pero nunca es el azar el que mueve los hilos de la historia, sino la secreta sabiduría del texto. En 1974. Miguel Avellano muere asesinado en el Hotel Oriente de Barcelona. Doce años después, Joan Romeu regresa a Buenos Aires para ajustar las cuentas con su pasado. La venganza se presenta como mera excusa para relacionar dos acontecimientos que terminan conjugándose en una broma donde la violenta realidad enturbia el regocijo. Todo parece estar hecho de la materia de los sueños. Todo parece tener el esplendor fugaz de lo imprevisible. Todo parece dibujar el ambiguo gesto de la muerte. Todo parece escapar al vigilado territorio de la realidad. Rilke decía: «Lo que nos sucede posee tal ventaja sobre lo que pensamos, sobre nuestras intenciones, que jamás podemos alcanzarlo y jamás conocer su auténtico rostro». Tal vez sea en ese punto ciego en que lo que sucede rebasa todas nuestras previsiones donde encontremos la inteligibilidad ultima de lo que somos, la intensidad más alta y la más profunda coherencia de nuestro pensamiento.

Horacio Vázquez-Rial

Territorios vigilados

Áncora & Delfín - 619

ePub r1.0

Titivillus 22.09.2024

Título original: *Territorios vigilados*
Horacio Vázquez-Rial, 1988

Editor digital: Titivillus
Fotografía de la cubierta: Max Ernst: *El ángel del hogar* (1937)

ePub base r2.1

Para Claudio Lozano Seijas, por todo lo que me ha ayudado a olvidar y por todo lo que me ha ayudado a recordar.

… non sapendo altro che farsi, deliberó di salvare, se poteva, con la fuga la vita…

MACHIAVELLI, *Istorie Fiorentine*

Si quiere saber mi opinión, le diré que lo mejor es marcharse de un país en el que se ha encontrado una gran sed de libertad.

En un país mejor situado, tal sed es superflua.

BERTOLT BRECHT, *Diálogo de fugitivos*

I. no man's land

1. *La llamada del muerto*

(20 de marzo, 1986)

Y nunca fui el mismo hombre.

JACK LONDON, *El peregrino de la estrella*

de toda la escena, Romeu solo retendrá la risotada húmeda del Grotesco Rosas y el cartel del andén —PORTBOU, reunidas las dos partes del nombre en burocráticas mayúsculas de acrílico—: anunciado por una carta de Reclús, el mensajero ha llegado a una cita prevista hace más de una década: en Rosas, todo es violencia mal contenida, entera pérdida del precioso sentido del ridículo, prepotencia de derrotado: viene de un universo remoto, forma parte de cuadros que, para Romeu, habían empezado a alejarse hacia el olvido: su sola voz sienta allí, en ese café de estación, entre dos trenes, entre dos tiempos, la imagen de Arellano, los movimientos de otros días:

—Esto está lleno de maricones, che —se presenta: la fórmula basta a Romeu para convencerse de la identidad del visitante, incapaz, sin embargo, de eludir la contraseña idiota que Reclús, truculento e ingenuo, ha creído imprescindible—: Las flores están marchitas —dice, esta vez más quedo, y tose luego un reír ferino, el son de un exabrupto irritante.

—¿Usted no tiene dudas? —le interrumpe Romeu.

—¿Dudas? ¿Sobre qué? —pregunta el Grotesco Rosas, desconcertado, ahora casi servil.

—Sobre mí, por ejemplo. ¿Acaso sabe quién soy?

—¿Cómo no lo voy a saber? Vi fotos. Reclús tiene un millón de

fotos. Son viejas, claro, pero usted no cambió nada.

—¿Y sobre los maricones? ¿Tampoco tiene dudas? —acosa Romeu.

—¿Qué dudas puedo tener? —protesta el Grotesco, en un tono próximo a la indignación, aunque la indignación no sea su fuerte.

—¿Ninguno le cayó simpático nunca?

—Mire, viejo —Rosas levanta las cejas—, si me ve cara de raro… mejor hablamos de otra cosa: no nos vamos a pelear, ¿no?: igual, no estamos acá para hacernos amigos, creo: ¿acá no sirve nadie? —la interrogación, malhumorada pero ajena, le permite apartar los ojos del interlocutor.

—No: aquí no sirve nadie: hay que ir, hacer el pedido, pagar y traerse las cosas a la mesa —si el Grotesco espera cordialidad, se equivoca: él mismo ha quebrado desde un principio, con su zafia observación, la posibilidad de ser bien recibido: Romeu siente un cansancio helado, una distancia sin remedio ante la figura basta del individuo, con su traje percudido, que se acoda en la barra y deja ir la mirada por entre las botellas de las estanterías, la cafetera, la ventana abierta al andén del lado francés: siente un estremecimiento de repugnancia al considerar su gordura, su pelo escaso y ratonil, y los movimientos torpes de sus manos, blancas, blandas y pegajosas, manos cuyo contacto ha eludido antes y eludirá luego, cuando se separen, en ese mismo punto de frontera, y Rosas aborde el tren hacia Barcelona y desaparezca definitivamente: antes de escucharle, necesita una copa de coñá:

—Sabemos que usted tiene interés en un tipo —dice, al fin, sin ambages, el Grotesco Rosas, una vez sentados frente a frente—. El que le pegó el tiro a Arellano.

—Pasaron once años. ¿Qué puede saber usted sobre mis intereses actuales? Ustedes. De paso, ¿a qué obedece el plural?

—No le entiendo, amigo.

—Pregunto por qué dice usted que saben. ¿Quién más sabe? Reclús, la persona que él manda a verme… ¿hay otros?

—Estrada. Y gente que usted no conoce.

—¿Nuevos?

—En esto no hay nadie nuevo —sentencia el Grotesco—. Los que están, estuvieron siempre.

—Tiene razón. Creo que tiene razón. ¿Quién es el hombre?

—¿Entonces le interesa?

—Veremos.

—Un alemán. Schlemihl, se llama.

—¿De qué bando? ¿Militar?

—Parece —Rosas no puede dar garantías: Romeu se hunde en sospechas, un nudo de antiguas incertidumbres—. ¿Y usted, por qué se fue? —pregunta a quemarropa Rosas: su curiosidad sobresalta y aumenta la opresiva desconfianza de Romeu: son los restos de la angustia de una persecución que, percibe con claridad, no ha terminado.

—¿Por qué me fui? Se lo puede explicar Reclús. ¿Qué se espera de mí, Rosas?

—¿De dónde sacó mi nombre? —inquieto, el otro.

—De la carta de su jefe. Ahora, contésteme.

—Esperan que vaya a Buenos Aires.

—¿Cuándo?

—El treinta y uno, a las seis, Estrada va a estar en La Paz. Todos los días, el uno de abril, el dos, todos los días, a las seis, hasta que usted llegue.

—Yo no tengo nada que hablar con Estrada —taxativo, Romeu.

—Él es el hombre de Reclús, la mano derecha, que le dicen… y es su contacto, ¿no? Además, esas son las órdenes…

—¿Y usted las cumple siempre, Rosas?

—Sí. ¿Usted no?

—No, yo no.

—Entonces, usted no es un revolucionario, viejo.

—No, no soy un revolucionario. A veces, me rebelo —cada palabra le aleja más de ese representante de un mundo con el cual, muy a su pesar, le unen lazos harto sólidos: un código de honor que le impone imprecisas venganzas y el ciego impulso de los actos diarios de dos largos decenios en Buenos Aires, donde, cerrada, se conserva aún la casa que fue de su familia: todos los gestos, todos los acentos que todavía se entrevén o resuenan en gestos y acentos de hoy, y aromas, palabras, caricias: fidelidades que él sabe unilaterales —nadie, nadie le ha buscado desde entonces, ni siquiera para pedirle algo: el perdón, la salvación, la vida—: fidelidades que, sin embargo, no desea dejar de lado: irá: fuera del bar, el ruido de máquinas se hace nocturno, frío:

—¿Va a ir? —insiste el Grotesco.

—Voy a ir —sella su compromiso Romeu—. Aquel es su tren, Rosas —señalando al otro lado de los cristales—. Sale dentro de cinco minutos. Vaya, instálese.

—Se quiere sacar de encima al camarada, ¿no? Muy bien —comprende que no hay despedida posible, que las actitudes amistosas carecen de sentido—. Chau —dice, levantándose: Romeu ha bajado los ojos: mejor retirarse.

—Rosas —Romeu le obliga a volver la cabeza cuando ya ha dado dos pasos hacia la puerta—. Rosas, ¿está seguro de que a Gardel le gustaban las mujeres? —hubiera podido aludir a Perón, a cualquiera de los figurones que, es indiscutible, componen el panteón del Grotesco: le obliga a marcharse así: se reserva la última palabra

once años, cuatro meses y dieciocho días desde la muerte de Arellano: a la una, tal vez antes, apenas pasada la medianoche, entre el 1 y el 2 de noviembre de 1974, los dos hombres habían llegado hasta la puerta de la habitación, que estaba abierta: él esperaba, sentado, desnudo, con un revólver del que saldría una sola bala: acabado: la historia que en una época sublevaba a Romeu, se convirtió luego en el objeto de una pasión fría y, más tarde, en la simple descripción de un suceso complementario de su propio devenir: la historia hoy devuelta al presente por obra de Reclús: hechos que solo conservaban entidad por los irrefutables restos materiales —un cadáver tendido en la morgue de la calle Casanova, el Hotel Oriente, los periódicos, escuetos y sorprendidos — renacen para lanzarle a un retorno oscuramente deseado, a un encuentro o desviación o constatación de relaciones probablemente descifrables

Arellano es un enemigo, había dicho el hombre, con la misma ofensiva seguridad con que el Grotesco Rosas acaba de decir usted tiene interés en un tipo: un enemigo, había dicho, un elemento policial, que conspira contra la organización: y no se trata de una sospecha, compañero Romeu, sino de algo perfectamente

comprobado, comprobado por personas responsables: se ha llegado a la conclusión, había dicho, de que lo más conveniente para la seguridad y el bien de todos es proceder a la aniquilación física del implicado: era la formulación ritual de la condena: después, venía el encargo:

—Se piensa en usted para la ejecución —confiaban, aún confiaban: había tiempo—. Se sabe que va a salir por el norte, a Brasil, para después escapar a Europa. De paso: mataron a Otálora, hace un rato. ¿Lo conocía? —sí: Romeu le conocía: el escalofrío fue demasiado intenso para que pasara desapercibido—. ¿Es la primera vez que tiene un trabajo así?

—No —era mejor mentir: que nadie supusiera debilidad en él—. No se preocupe: le cogeré en Brasil —otra puerta, otra mentira.

—¿Cuánto hace que vive acá, en la Argentina, compañero? Porque usted es gallego, ¿no?

—Catalán. Llevo muchos años aquí. ¿Por qué lo pregunta?

—Todavía dice coger…

—Todavía —todavía digo: todavía pienso: todavía soy yo—. Todavía —por segunda vez, Romeu: era preferible no darle más vueltas a la cuestión, marchar con la excusa de una persecución que jamás llevaría a cabo, con la excusa de la enemistad de un hombre que seguiría siendo su amigo para siempre, con o sin historia, con o sin derrota, con o sin triunfo

recordaría la conversación días después, en el avión, en el trayecto de Gander a La Habana: abajo, un temblor perceptible al fondo de unas nubejas deshilachadas, el mar: a la derecha, los Estados Unidos: acercándose al ecuador y a la isla, las nubes se adensan, se baten en bosque espeso, se azulan decididamente, se amontañan y acunan el mechón rojo del sol: solo segundos más tarde, tras iluminar un paisaje de piedras imposibles, el disco desaparece por entero, encenagándose en la línea oscura del fondo: la lucezuela que aclara la ventanilla y da a su través una pampa blanca, es atisbo último de su aura: sucede una sombra clara que vira poco a poco a sombra negra, un renacimiento de hebras bermejas y definitiva tiniebla celestial, con aquí y allá un fleco liliáceo, un girón tendente al morado o al verde gris: recordaría la conversación en el poblado

silencio de aquel aeropuerto de tránsito: pensaría en Arellano, un enemigo, un elemento policial, en medio de la guerra aséptica declarada por los canadienses contra el subdesarrollo y los subdesarrollados: proceder a la aniquilación física del implicado, repetiría ante las imágenes del cuadro naif, Lochhead, 1958, de la sala de embarque: aniquilación física, Gander, New Foundland/ Canada/ Her Majesty/ Q.E. II/ opened this/ Terminal Building/ For Gander Airport/ 19th june 1959/ fecha coincidente con las fechas de Cuba/ Department of Transports: una placa contra las arbitrariedades de la memoria, un sinsentido para Romeu, verdugo en fuga: finalmente, apoyado en el antepecho del Malecón, en la deseada ciudad, repasaría los rostros de la jauría, de las jaurías que ya estarían en pos de su rastro, repasaría el texto del mensaje a Reclús, despachado desde Shannon para hacer evidente su ruta, para garantizar, con su lugar de destino, en el corazón de los ejércitos libertadores, serenidades y postergaciones obligadas que el curso subsiguiente de los acontecimientos probablemente hiciera estables: vería en el Malecón pájaros contra el aire del Caribe llevándose en vuelo la orden de ejecución que él no cumpliría

y ahora, anunciado por la voz herrumbrosa del Grotesco, el regreso a América, al Sur, a Buenos Aires: «considerado bien el sitio y lugar por personas inteligentes, vieron ser el más acomodado que por allí había para escala de aquella entrada», de atenerse a la crónica de Guzmán: Buenos Aires: albergue de los restos de un éxodo —hacia la vida, hacia la muerte—, del cual el propio Romeu forma parte: el rugido del otro lado del silencio: irá

y Marga, la mujer que, en su día, llegó a Barcelona para reunirse con Arellano y solo encontró su cadáver: Marga, a la que encontró no hace mucho en un cabaret turbio: muerto el hombre en cuya compañía se había prometido sumirse en la paz del anonimato, eludir la inquisitiva mirada del mundo, apartarse de las generales desgracias, sobrevive de mala gana al naufragio: por ella también irá: pero sin decirle una palabra, sin confiarle una decisión que, aun para él mismo, obedece a motivos demasiado oscuros: con Marga

hablará al regreso, si regresa

II. el ángel del silencio

2. *Capital del dolor*

(1 de abril, 1986)

... y abajo la tierra firme no había sido mencionada por su nombre...

Poema babilónico de la creación

regresa para hablar de cosas oscuras de hace tanto, de deudas pendientes que se tendrán que pagar alguna vez —o no—, de muertos cuyos últimos pasos hayan alcanzado la dignidad de la palabra, el tiempo sin límites de lo que puede ser contado: de todo eso y de otros asuntos: si encuentra a Reclús en lo hondo de la maraña que están urdiendo para él: regresa para saber, pero también para asegurarse de lo que ya las primeras señales le imponen: para comprobar que, aun de no haber sucedido las ominosas reuniones del principio, aun de no haberse dado los mandatos feroces que finalmente se dieron —y que quebraron en pedazos enconados y desiguales sus días mozos—, aun de no haber oído recomendaciones ni amenazas de las que entonces se prodigaron, aun de no haber visto en toda su aborrecible extensión la senda que acaba en una muerte histórica, torpe e inútil, la ciudad sería igualmente terreno ajeno, él sería igualmente extranjero, indeseado, indeseable

abajo, el río: un cementerio: aguas cerradas sobre despojos sin nombre: espesas de idéntico fango, voces cerradas sobre su ausencia: al otro lado, el aeropuerto, una forma más de la renuncia al dominio de la vegetación vana, de los vientos malignos, de las

lluvias sin término: hombres que estaban allí el día de los fusilamientos ejemplares: hombres que permanecieron allí cuando se dio en voz queda la orden que, en su curso hacia lo inferior, ganó el carácter de esperada consigna: hombres que ahora, cuando todo empieza a parecer remoto, recobran su medida a los ojos velados de los que prefieren ir de paso, aunque su condición bestial no haya sido de circunstancias

sentado a una mesa próxima al mostrador, rígido, pálido, hundido en pensamientos sombríos, aguarda Estrada: levanta los ojos para constatar las seis en el gran reloj de la pared y encuentra, en cambio, la figura de Romeu en la puerta del café La Paz que da a la calle Corrientes: hace más de diez años que espera lo mismo, en el mismo lugar: sonríe y se pone de pie para estrechar la mano del recién llegado, con sorprendente cordialidad, con lo que en su seca persona podría tomarse como extrema manifestación de alegría:

—Juancito. Gallego —le recibe: este hombre no me quiere mal, piensa y se asombra Romeu: y yo le rechazo por todo lo que encarna: pero lo que encarna, ahora, es lo que él es para siempre: no puede ser más, ni ser otra cosa, ni soñarse distinto—. ¿Viajó bien?

—Sí, gracias —más frío de lo que hubiese deseado, sintiéndose injusto, gratuitamente cruel—. A usted se le ve estupendo —corrige: no se atreve a decir: mejor que antes, más joven, más sereno: llama al camarero—. ¿Y Reclús? —asalta, eludiendo comentarios generales sobre la situación, el clima, las mujeres, la ciudad.

Reclús, dentro de unos días: le aviso que usted llegó y él me dice cuándo. Vamos juntos a verlo. Ahora vive lejos. Le va a gustar saludarlo.

—Vine porque él me llamó.

—Y él lo llamó porque quería que viniera. Solo que no lo esperaba tan pronto. ¿Está apurado? ¿Tiene que irse?

—Sí… no, no, puedo quedarme unos días… hasta un mes.

—Entonces no hay problema.

Beben en silencio: sí, hay problema: demasiadas cosas que averiguar: afuera, la ciudad: chozas y palacios y chozas en el interior de palacios, chabolas en los terrados, en los patios de luces:

ratas en tierra enferma, maltratada, llena de gritos jamás oídos: urgencias incomunicables, estranguladas por la convención urbana de mutua ignorancia impuesta por la cobardía y la velocidad: todo lo que está ocurriendo ocurrió ya otra vez, a las seis de otra tarde, en Buenos Aires: en otra ciudad del mismo nombre: el miedo a la caída, al intolerable estarse callado, sostiene la interrogación de Romeu:

—¿Y Stein?

—Lo mataron —y explica: explica cómo la puerta derribada se abría a suspendidos ecos pálidos de un nocturno furor, a dos desnudos que no recobrarían jamás la elegancia en el paso, el gesto grave, la inclinación de la lectura, el abrazo, el bolsillo, el teclado: se abría a un número impreciso de perforaciones —más de cien, más de trescientas, en los cuerpos y en los muros y en los muebles —: se abría a una mesa que había estado dispuesta: cuando los hombres a los que nadie vio se marcharon en un coche por todos olvidado, la mesa solo sostenía una fuente quebrada y restos de la comida devorada por las balas: la puerta derribada se abría a un interior oscuro de sombra y de sangre, a dos montones de horadada carne, a la sorpresa de un universo doméstico ante su propia ruina: la puerta derribada se abría, interrogativa, al pasado: a la falta de señales que precedió a la muerte, a un aire cargado de rutinas ingenuas, a los libros caídos abiertos de sus estantes, a las ropas usadas que nadie volvería a ponerse: la puerta derribada se abría, interrogativa, al porvenir: a la inevitable reiteración de una escena, al constante menoscabo de las confianzas, a la cifra de una voluntad enemiga: la puerta derribada se abría a la puerta cerrada del sueño: Stein, el judío que andaba deslumbrado, buscando—. Lo mataron —repite Estrada; y Romeu prefiere ignorar lo otro, la miseria, el detalle: quién.

—¿Sabe algo de Betty? —inquiere al fin.

—Lo mismo. Pero de otra forma. Feldman se lo va a contar.

—¿Feldman?

—Un amigo de la chica, que conoce la historia. Arreglé con él para ir a visitarlo cuando usted llegara. Está cansado, pero va a hablar. También pensé que le gustaría ver a los compañeros: a algunos los conoce…

—Estrada: ahórreme malos tragos: solo Reclús tiene algo

importante para mí.

—No crea, amigo. Pasaron muchas cosas por acá… Él prefiere que antes converse con gente…

—El menor número posible de caras, Estrada —Romeu se irrita: no quiere visitas, no quiere desvíos, no quiere estar donde está.

—¿Y a ella? —íntimo, de pronto, Estrada—. ¿A ella no tiene ganas de verla? Ahora vive sola. Con los chicos. Ya no está casada.

—Me molesta la alcahuetería, Estrada —realmente le molesta, pero lo comunica sin convicción, dando por sentado que es inútil hablar por hablar.

—Acá tiene —Estrada tiende una tarjeta—. Es el teléfono de ella, de Sara —Romeu, sin amagar otra protesta, coge el trozo de cartulina—. Mañana, a las cinco, lo espero en la Perla del Once.

Romeu se queda solo: en pocos minutos, tres niños se acercan a él, uno tras otro, rostros idénticos, harapos idénticos, pidiendo caridad.

Ordena una ginebra, que no termina, y recorre lentamente los doscientos metros que le separan del hotel en que se ha alojado, el Bauen, en Callao y Corrientes.

¿acaso espera algo? ¿cree que lo que quede de la muchacha que fue, si alguna vez fue, se revelará en la presencia de la mujer que hoy es?: tantos cambios de piel como ha experimentado: mudas después de cada crecimiento, al quedarse pequeño el pellejo del Romeu anterior: quizás en una de aquellas cáscaras resecas abandonadas se haya perdido la forma de un abrazo deseado, el olor de un pelo que en otros tiempos, de pura ausencia, podía conmoverle hasta las lágrimas, llevarle a la traición de sí, a la deserción de sí, a la liquidación de todo lo que no fuese presente, absoluta inmediatez, salto a un vacío perpetuo: pero espera algo: un cuerpo hueco, tal vez, una voz que le autorice a enterrar lo que ya ha velado durante noches sin cuenta: ¿quién será Sara? ¿a quién pertenece la carne con la que ha creído probable abreviar toda otra carne?: el rostro de Sara será el rostro de la postergación, la explicación de la vanidad de sacrificios nunca explicados: rostro duro el del fracaso, piensa Romeu, seguro de que ese será el rostro que encuentre: en Sara y en otros

3. *Adiós a Sara*

(1 de abril, 1986; más tarde)

> *Y no había duda de que por allí había pasado el ángel del Silencio, y su guadaña había segado.*
>
> M. P. SHIEL, *La nube púrpura*

fue aquí, en Buenos Aires: antes, había sido en Weimar: en el largo año treinta y siete, los habitantes de la ilustre ciudad de Weimar multiplicaron sus ingresos vendiendo vituallas y silencio a las autoridades nacionalsocialistas de Buchenwald, donde, por primera vez, médicos arios experimentaron con animales humanos: nadie daba muestra, ni la dio después, de haber visto nunca las siniestras alambradas del campo, ni el humo, ni las cenizas surgidas de sus altas chimeneas: quizá no fuese exactamente el Weimar de Goethe, ni el de Juan Sebastián Bach: quizá se tratase de otra población, oculta hasta entonces en estratos inferiores, capas imperceptibles del suelo o del aire en las que anidara la tiniebla, el corazón del mal latiendo a espaldas de los hombres: fueron tantos los que se empeñaron en negar: pasó la guerra sin que ellos presenciaran una sola entre cuarenta y ocho millones de muertes: treinta años más tarde, en el efímero sesenta y siete, en Buenos Aires, ciudad extranjera, ciudad de extranjeros, fundada en un sitio absurdo, entre una tierra llana, infinita y vacía, que semeja un mar, y un río oscuro, legamoso, sucio y chato, del que dicen que semeja un mar, en Buenos Aires, a muchos kilómetros del mar verdadero, en Buenos Aires, ciudad crecida con la trata y el contrabando, la

inmigración y el tráfico de putas, Joan Romeu buscaba algo: algún secreto asunto procuraba su mirada curiosa en el sol de los patios y el trajín de los fogones, tras las rejas coloniales y los llamadores, por las calles desiertas de los barrios dormidos, en la voz evocadora de los viejos con memoria de puñales y de esquinas: Joan Romeu buscaba un universo verdadero bajo el universo aparente: más tarde, no: más tarde fue el desastre y no buscó nada: en el setenta y siete, en el setenta y ocho, en el setenta y nueve, ya no estuvo: entonces se mostró, a quienes quisiesen verla, la urbe escondida, su tenebrosa parroquia: se mostraron los torcidos moradores del subsuelo, las profundas bestias vergonzosas: en el fondo de la inmediata materia floreció el dolor en dulces carnes de adolescentes: niños arrancados a su moroso hacerse entre canciones tibias y sábanas limpias murieron de sórdida muerte, de golpes y balas entre los ojos: jóvenes amantes se perdieron para siempre en ciénagas y fosas comunes: los torcidos moradores del subsuelo, las profundas bestias vergonzosas, no se detenían: nadie veía nada, nadie oía nada, nadie sabía nada: o veían, oían, sabían y callaban, callaban, callaban: los enterradores veían los cuerpos: los llevaban al amanecer, amontonados en transportes militares, metidos en sacos de plástico: los enterradores cavaban enormes hoyos y los soldados echaban dentro su culpa: lo demás se confiaba al tiempo, a la humedad, a la ignorancia, al miedo: los enterradores no hablaron luego: nadie habló: no habló la mujer que había cerrado las ventanas cuando llevaban a su vecino: no habló el maestro, al que no se pidió razón de su alumno ausente, uno entre tantísimos pequeños: no habló el médico convocado a medianoche para certificar una defunción en accidente inexplicado: no habló ella, Sara, la muchacha que decía buscar un universo verdadero: no habló: aquí, en Buenos Aires, donde ahora es una mujer, Sara calló

ya en el hotel, Romeu marca el número de teléfono que le entregó Estrada: no sabe qué va a suceder, qué va a pedir:

—¿Sara? —pregunta a la voz femenina del otro lado de la línea.

—No. Soy la hija…

—Necesito hablar con Sara. ¿A qué hora suele estar en casa?

—¿Vos quién sos? —desafiante, la jovencita: quince años, estima

él, obligado a hacer la suma.

—Juan…

—Me pareció… por tu acento, ¿sabés? Mamá viene dentro de un rato. ¿Volvés a llamar?

—Vale. En una hora. Tú te llamas Griselda, ¿no?

—Sí. Vos me viste cuando era muy chiquita. En la cuna. ¿Vas a venir a casa? ¿A vernos?

—Depende. Depende de tu madre.

—Y… ella va a querer…

—Tal vez —aunque, piensa, yo formo parte de una historia vergonzosa, yo soy una renuncia para ella—. Más tarde, en una hora… —y se interrumpe.

—Aunque sea, vení a verme a mí. ¿Sí?

—A ti, quizás —y corta.

nada que decirle: ya se lo ha dicho todo durante su ausencia: no eran ensayos, comprende ahora, no eran discursos preparatorios para el encuentro: se lo ha dicho todo a la otra, a la que no existe, a la que no existió jamás fuera de su imaginación: nunca le había llamado con oscura voz, nunca le había buscado por los caminos, bajo cielos de ancho frío, huyendo los bordes del viento: nunca le había buscado por las palabras, callando escrituras y gargantas: nunca le había buscado por el pasado: nunca había entrado en la memoria, hundiéndose en su espesa tierra para dar con un olvidado rincón, un perfil fugaz, un anuncio: nunca le había buscado por los naufragios, entre maderas partidas y cadáveres y brújulas muertas y cajas y cuerdas abandonadas durante la bajamar: nunca le había buscado bajo la lluvia triste que a veces cae sobre fúnebres mármoles en cementerios desiertos del sur y a veces cae generosa sobre los jardines, disponiéndolos para el sol: nunca le había buscado en su canción: de haberle buscado, hubiese dado con él: esa mujer, esa desconocida entrada en carnes que se desnuda ante él sin gracia y sin deseo, solo porque corresponde recibirle así en la noche del regreso, nunca le ha buscado: si esa mujer esperaba a alguien, no era a él: si alguien debía llegar a esta casa hoy, no era Joan Romeu: Sara, esa desconocida entrada en carnes, ignora su nombre, puede cambiarlo por otro cualquiera, vive de sigilosos

encuentros: no sabía quién iba a venir, no sabe quién ha llegado: no sabe junto a quién se tiende en la cama:

—Ahora cuentemé, Juancito, qué hace allá, en Europa —con ese trato de usted, meloso y siútico: debiera recordar que él detesta que le llamen Juancito, pero lo ha olvidado, o lo ha ignorado siempre.

—¡Europa! ¡Qué imaginación! Vivo en una ciudad que se llama Barcelona, como otros viven en ciudades llamadas París, o Bremen, o Innsbruck. Nadie vive en Europa. Nadie hace nada en ningún lugar llamado Europa.

—Me va a tener que explicar eso, querido…

—No vale la pena, Sarita. No vale la pena. Nos llevaría toda la noche —enciende un cigarrillo y calla: ella le observa: no le conoce y no le inquieta no conocerle—. Sarita: ¿por qué no viajaste cuando te lo pedí? ¿No podías dejar a tu marido? ¿No podías dejar el país?

—Tenía tanto que hacer, Juancito, querido. Usted entiende: mi carrera, los chicos…

—Todos tenemos una carrera: pero algunos la siguen en otra parte, se marchan, con niños y todo: tú, no…

—Pero ¿qué importa eso? Ahora usted volvió y las cosas siguen, ¿ve?

—No volví —pero las cosas, piensa, siguen: como si nada hubiese ocurrido: no como si no hubiesen pasado doce años: peor: como si los hubiésemos pasado juntos, cada día, sin emoción—. No volví: viajé hasta aquí y me marcharé nuevamente en poco tiempo. Será mejor que no cuentes con que las cosas sigan.

—Ahora estamos juntos, ¿no?

—Ya, ya…

—¿Y usted no me desea como siempre?

—Sarita: hace cuarenta y ocho horas que no pego un ojo. En los aviones, no puedo. Creo que me voy a quedar dormido —y se hunde en el sueño, se deja caer escapando del cuerpo caliente y húmedo de la mujer, que termina sin respuesta: va a despertar antes de que amanezca: ella permanece inmóvil y Romeu se viste en silencio y deja la habitación sin ser advertido: entrevé al pasar el perfil mudo de Griselda en su cama: como ella, piensa: o, tal vez, ella: cierra cuidadosamente la puerta exterior, sin ruido:

—A tomar por culo, chica —dice, una vez fuera: descarta la idea de cambiar de hotel: para qué

anda sin rumbo fijo por calles desconocidas: las bombillas escuálidas que alumbran los cruces le permitirían leer los nombres en algunas placas, pero no se preocupa por ello: son sitios a los que no retornará: con las primeras luces, llega a la avenida Cabildo: encuentra un café abierto: bebe una ginebra y, al salir, coge un taxi: necesita ducharse, descansar: en la recepción del hotel, un mensaje manuscrito: «Bienvenido. Reclús»: habrá que esperar, someterse a los itinerarios que marque Estrada: en el baño, se mira en el espejo: Sarita, dice: todas muertas, piensa, todas muertas, las flores que temblaban en el río tibio: se quita la camisa

flores temblaban en el río tibio de la memoria: muertas, se pudrirán en lo profundo del cauce e irán a alimentar la materia del sueño: y cuando ya no sea posible verlas, estarán en las imágenes nuevas, presentes en su necesidad, molde imperceptible de flores distintas, conformando el ciclo de la profecía

4. *Otro adiós a Sara*

(2 de abril, 1986)

No obstante, es preciso decirlo, jamás le había pasado nada parecido a lo presente.

VICTOR HUGO, *Los miserables*

despierta a las diez y media, con hambre: se ducha, se viste: al bajar, otro mensaje en la recepción: esta vez es un paquete: cartas, atadas con un lazo azul, y una nota encima, todo envuelto en papel de periódico: «son las cartas que le escribiste a mamá, las tenía guardadas yo, te las regalo, Griselda»: Romeu atraviesa la avenida Callao y camina hasta dar con un lugar adecuado: un bodegón con olores a fritanga: pide empanadas y una botella de vino blanco: deshace el nudo de la cinta y entreabre el primer sobre, reconociendo en él su propia letra de aquellos días: después, observa el conjunto por fuera: no todas tienen sello, muchas fueron entregadas en mano: son treinta y siete: pone a la vista los encabezamientos y procura el orden de las fechas: la primera, del 2 de noviembre del setenta y cuatro, coincidiendo con el asesinato de Miguel Arellano: la última, del 12 de setiembre del setenta y cinco: Madrid, Praga, Shannon, La Habana, París, Madrid, Barcelona, Perpignan, Barcelona: una vida, una espera: «la hostia», murmura, en el momento en que el camarero dispone lo necesario ante él:

—¿Qué? —sorprendido, desconfiado, el mozo.

—Nada. No haga caso. Hablaba para mí.

—Tenga cuidado, maestro, se empieza hablando solo…

—Y se acaba en Vieytes, ¿no?

—¿Qué le parece? No es joda el manicomio, viejo.

—Falta mucho para eso…

—Nunca se sabe —sentencia, alejándose, el hombre: todavía hay tíos que conversan, piensa Romeu: se empieza hablando solo y se termina hablando de más: las cartas: la letra es mía, pero la voz: la voz, no: «desesperada necesidad», «los compañeros, a pesar de todo», «solidaridad debida», «fidelidad»: ¿después de lo sucedido con Arellano, él seguía guardando esos principios?: ¿seguía creyendo?: ¿cuánto le había llevado, entonces, rehacerse?: ¿meses? ¿años?: y esa mujer a la que se dirigía: no puede ser la mujer con la que estuve anoche: a aquella la necesitaba desesperadamente: esta me repugna: y estos papeles los trajo la hija, tan bella, tan delicada como la que yo soñaba en esos días terribles de soledad y frustración y derrota: doble derrota: la tenida ante el enemigo y la tenida ante el amigo: la hermosa, la deseada, la deseable, estaba en mí, era yo, era mi urgencia, un espejismo en el infinito desaliento: Sara no existió jamás fuera de mí

a las once regresa al hotel, con el paquete de cartas en la mano, restituido a su origen el lazo azul, la nota de la hija, la niña, la pequeña, en el bolsillo: la hija, la niña, la pequeña, que allí está, en el vestíbulo del Bauen, en un sillón mullido, esperándole, sonriendo:

—¿Me invitás a almorzar?

—Si me das un momento, voy a llevar esto arriba —y muestra el montón amarillento y ridículo de sus antiguos mensajes.

Bajan por Corrientes andando, el brazo de Romeu sobre el hombro de la muchacha, en silencio, sin que ella deje de sonreír.

—¿Acá? —pregunta de pronto Griselda, señalando un restaurante.

—Aquí —acepta Romeu.

Se sientan en un rincón: el lugar es agradable, silencioso, fresco: fuera hace calor, el calor aplastante del río inmóvil, del sol del llano irreparable.

—¿Por qué te fuiste? ¿Por qué dejaste a mamá? ¿No te gusta más?

—Me dejó ella. Hace doce años —gracias a Dios, piensa: ¿por qué me defiendo? ¿para qué me justifico?

—Sí, ya sé: no quiso irse con vos, ¿no?

—No lo sé: no sé si no quiso o no pudo: no me lo explicó jamás. Y ahora es secundario. Quizá me haya hecho un favor entonces.

—Pero vos viniste a quedarte con ella, ayer…

El camarero está junto a ellos. Ordenan carnes, vino tinto. Permanecen en silencio hasta que les sirven, y aun luego, mirándose a los ojos: Romeu no quiere dejarse arrastrar por sus propios sentimientos, no quiere dar pasos en falso.

—¿O no viniste a quedarte? —insiste ella—. ¿A qué viniste, si no?

—He venido a matar un hombre —definitivo, Romeu.

—¿A quién, che? —natural, curiosa, Griselda.

—Un hombre. No le conozco.

—Pero algo te habrá hecho…

—Tal vez sí —como todos, piensa Romeu: algo habrá hecho para merecer la muerte, para merecerlo todo, algo habrá hecho, a mí, a cualquiera—. Además: tu madre ya no me gusta: peor: me disgusta: peor: sospecho que nunca me gustó.

La comida se estanca: todo se desarrolla en ralentí: gestos pegajosos, voces, rumores, sones remotos: Romeu sostiene sin esfuerzo la mirada de Griselda, sumergiéndose en emociones que suponía perdidas.

—¿Sabés que sos lindo, vos? —decide Griselda, devolviendo velocidad y cercanía a la escena—. ¿No querés acostarte conmigo? Yo no lo hice nunca, pero alguna vez tiene que ser la primera… y con vos me gustaría… como si fueras mi papá… ¿Querés?

Romeu hubiese deseado detenerla, pero ella lo dice todo sin vacilar, no da ocasión a respuesta: como si fueras mi papá, piensa, pero ya es tarde, ya lo ha resuelto, no puede sustraerse a sí mismo: calcula en un instante probables inconvenientes en el hotel: Griselda puede parecer muchas cosas, pero no menor de edad:

—Sí, quiero —y entonces el movimiento se dispara: los gestos que les separan de la habitación, de la soledad, del abrazo, se suceden sin registro: un largo abrazo: ¿una hora? ¿siete minutos? ¿dos días?: Griselda huele a sus años, un olor aún libre de condenas, del sudor de las obligaciones y del poco descanso: como si fueras mi papá: se arrodilla y le abre el pantalón: Romeu se deja hacer: cuando ella se incorpora, sus labios han cambiado: más cálidos, más

conocidos, preceden a una lengua hábil, segura:

—Estas cosas sí las hice antes —sonríe y se aparta para desprenderse los botones de la blusa.

—Deja que lo haga yo —pide él, y la desnuda poco a poco, entre caricias, y ya no dejan de tocarse, lamerse, susurrar, hasta el final

Griselda entra en la ducha y él mira el reloj: las tres y media: ahora es anoche, piensa: ahora es hace doce años: ahora es la separación verdadera, la separación de una mujer viva: anoche era el abandono de un cadáver: ahora es la despedida de una persona: adiós, Griselda, adiós: como si fuese tu papá, ahora que has crecido: como si fueses tu mamá: pero ninguna de las dos cosas es cierta: adiós, Griselda, adiós: y desde el baño, por la puerta entreabierta, la ve cubrirse, desaparecer en las ropas breves:

—Griselda —pregunta bajo la lluvia caliente—. ¿Qué vas a hacer cuando seas grande? —en agudo, con un algo de tía solterona preocupada.

—Irme. ¿Qué querés que haga? Rajar de esta ciudad de mierda.

Entendido, piensa Romeu, y deja correr el agua por su piel durante un largo rato.

—Recoge esas cartas —dice al fin, mientras se seca—. Mejor que las tengas tú —pero al salir comprende que está hablando para nadie, que ella se ha marchado: se viste y deja la habitación llevando consigo el paquete del lazo azul: se siente vacío y torpe con esos sobres en la mano: qué coño hago yo con esto, se pregunta mientras avanza por Rivadavia hacia el lugar de su cita con Estrada: sin detenerse, los arroja en un cubo de basuras:

—A tomar por culo, chica —dice—. Ni que fuese la guerra.

5. *La primera generación de la nada*

(2 de abril, 1986; más tarde)

> *Pensemos un momento en el pasado*
> …
> *íbamos convirtiéndonos en los demás*
>
> PAUL ELUARD, *Canción completa*

faltan unos minutos para las cinco: Ireneo Estrada aún no ha llegado: en ese lugar extraño, tan distinto del que conoció otrora, Romeu pide un café y una copa de ginebra fría, y se queda mirando a los parroquianos apresurados, vencidos por el clima: a las cinco y diez entra el hombre de Reclús:

—Sobra tiempo —se disculpa, sin saludar—. Quedé y media y es acá al lado, por Jujuy, dos cuadras. ¿Toma otra? —invita, al acercarse el camarero.

—Sí, gracias.

—Dos como esa —señala con un dedo delgado y firme.

En la calina de fuera, como sombras se desenvuelven los agobiados: llevan trabajos, están en lo exterior de la historia, en lo constante, en lo que no tiene término:

—¿Vamos? —propone al fin, sin entusiasmo, Estrada.

Recorren afantasmados los metros que les separan de la casa de Feldman, un hombre avejentado, extremadamente magro, triste, amable, destinado al olvido:

—No sabía que era extranjero —se asombra, después de oír las

primeras palabras pronunciadas por Romeu: no se dirige a él, sino a Estrada.

—No soy extranjero —es Romeu el que responde.

—Pero su acento es español…

—Soy catalán, pero no extranjero: viví muchos años aquí: mi adolescencia y buena parte de la juventud… además, en general, no soy extranjero.

—Ah, cosmopolita…

—Algunos dicen que intemacionalista, pero no tiene importancia el matiz: han pasado años desde Stalin. Por otra parte, usted, como judío, debería saber de eso —Romeu no mira al hombre: mientras habla, recorre con los ojos los estantes de la biblioteca.

—Yo soy argentino —molesto, Feldman.

—Pero judío —insiste Romeu.

—Pero argentino.

—Lee yiddish, ¿no?

—Si lo dice por los libros, eran de mi padre. Yo los conservé, pero no los leo —hay un algo de arrepentimiento en el final de su declaración—. Creo que usted quería conocer detalles de una historia…

Les hace pasar, sirve té, conversan: hay polvo y olor a pescado ahumado en la materia que respiran: Feldman vuelve a contar lo que ya ha contado y se ha contado decenas, centenares de veces:

—Fue el sicoanalista —dice, e inicia el rol de horrores, que los otros escuchan en vilo: al cabo, no hay alivio posible, solo el silencio y una nueva solidaridad instalada entre los tres: Romeu llora callado, en sí, hasta que el otro intenta el consuelo por el peor de los caminos posibles:

—Lo siento, amigo. No sé cómo se implicó en esto… tanto, no siendo de acá…

—¿De dónde habían venido sus padres, Feldman? —inquiere Romeu.

—De Ucrania: escapaban de los pogroms.

—Un ruso de mierda… es así como lo decís aquí, ¿no? ¿Está casado?

—Viudo.

—¿Y ella? ¿Era judía?

—Sí.

—Pero usted ha renunciado: prefiere ser de aquí: ha renunciado al yiddish, a la historia, a la memoria, a una memoria que, de haber estado viva, quizás hubiese evitado muchas tragedias: ha renunciado: prefiere ser la primera generación de la nada. Si en algo estima este país, Feldman, lávese la cabeza, dé a un lado todas esas gilipolleces de la soberanía y el suelo, y sea el que es en verdad. No contribuya al montón: tanta igualdad no beneficia a nadie: a los iguales, menos que a nadie…

El hombre se pone de pie y se acerca a Romeu, que se ha levantado por obra de sus propias palabras: se abrazan estrecha, silenciosamente: Feldman le acompaña hasta la salida con un brazo pasado por sobre sus hombros, confiado, cálido

a usted se lo puedo decir, había empezado Betty: decirle que milito: después de todo, el analista que me derivó a usted también es compañero: doble error el de Betty: confesar lo propio y confesar lo ajeno: el médico había cogido el teléfono tan pronto como ella traspuso el umbral de la consulta: la esperaban en la entrada de su casa: hacía mucho que contaba con la posibilidad: ¿usted se lo cuenta todo al doctor?, le preguntaron antes de golpearla: ¿se lo contás todo, puta?: eso fue antes de que se desmayara: buena parte del resto está en lo que ahora es información oficial: tortura, campo de concentración, más tortura, muerte, identificación posterior de los despojos desenterrados en un cementerio del norte: Marcelo, el niño, tenía nueve años: vio cómo pegaban a su madre, cómo saqueaban la casa, aferrado a su abuela, en un rincón de la cocina: el chico también, ordenó de pronto uno de los intrusos: la anciana quedó sola: limpió, puso orden en lo que habían dejado, hizo las camas como si se los fueran a devolver en cualquier momento: empezaron días de soledad sin fondo, con un pañuelo apretado en la mano, sollozando y rezando entre dientes: el pequeño, loco de tristeza, fue arrojado violentamente contra la puerta de la vivienda, a las tres de la mañana, diecisiete noches después: la mujer, que vivía en vela, salió a comprobar el nuevo sonido: pobre criatura, ¿qué te han hecho?, cuenta Feldman que dijo al mirar los ojos de su nieto, que habían presenciado el martirio de la madre: ya no pudo dormir solo: compartía el lecho con su abuela: una mañana, ella le

encontró muerto: «paro cardíaco», firmó el forense: dolor, dolor, piensa Romeu: la vieja se colgó en el baño a las seis horas: una furgoneta del ejército llevó a Betty al entierro del hijo y de la madre: alguien la vio allí: ella no veía a nadie: Romeu llora: el niño, Marcelo: Romeu le había acariciado el cabello, era un remolino de dulces gestos redondos, de la misma edad insostenible que Griselda

la sucesión de esquinas, que impone un orden al recuerdo, le marea: no percibe siquiera el paso de los minutos, inmerso en su sensación física: mal de museo, piensa: extranjero, piensa, repasando la conversación con Feldman una vez más: esta, concluye, es una ciudad de visitantes: él mismo es un visitante: tanta gente que viene, hace su guerra durante un tiempo, se marcha o muere: el propio fundador de Buenos Aires, un andaluz fugaz: el propio libertador, parido en América por un azar que no impidió su educación en España, su tiempo al servicio de las armas peninsulares, su muerte en Francia tras la Comuna, que tanto le molestó —vivió setenta y dos años, veintidós como militar español, solo doce de lucha política en el otro continente—: ¿qué hubiesen dicho hoy del acento del libertador?: extranjero: visitante: es demasiado lo que hay que entregar para permanecer aquí: demasiada renuncia, demasiado vacío:

—Ciudad sorprendente, Buenos Aires, amigo Estrada —comenta.

—Linda —apunta el otro—. ¿Usted no piensa cenar?

—Veamos dónde —hoy no quiere estar solo: la tarde, además, les ha acercado: comparten más cosas de las que Romeu hubiese podido imaginar: ha visto una lágrima en el rostro de Ireneo Estrada: por una mujer a la que ambos habían conocido:

—Allá se come bien —señala Estrada el otro lado de la calle Corrientes, antes de llegar a Ayacucho.

Atraviesan el asfalto, el rescoldo de la tarde: entran.

—Mañana vamos a ver a un hombre que sabe cosas —anuncia Estrada, solemne, durante la comida.

—¿Más?

—Órdenes de Reclús.

—Las órdenes me la traen floja. Pero le acompañaré.

—Le va a interesar, creo yo —sonríe el otro.

Romeu paga la cuenta y salen juntos del local. Se despiden en la entrada del hotel.

—Paso a buscarlo a la una.

—Vale —Romeu, a modo de saludo, con la mano tendida.

pero no sube a la habitación: aguarda en el vestíbulo, hojeando los periódicos del día, a que Estrada se aleje: después, retorna a la calle: echa a andar hacia el sur, sin rumbo establecido: al atravesar Belgrano, recuerda que cuatro manzanas más allá, en la esquina con Independencia, está el Bar Gardel, antiguo bebedero de Arellano, y decide visitarlo: perdida la costumbre de la atención constante, tarda en reparar en la figura que le sigue: sujeto de unos treinta años, alto, armado, según comprueba en un escaparate, antes de que la bala que parece destinada a él destroce el cristal y el espía le arroje al suelo de un empellón y caiga sobre él:

—Raje, viejo, váyase a dormir. ¿No ve que no puede andar paseando? —le suelta, horizontal—. Raje —imperativo. Romeu se incorpora y obedece, retrocediendo hasta Belgrano para coger un taxi en el cruce.

—Pueyrredón y Santa Fe —indica al chofer: otro barrio, otra clase social, otro lugar del pasado: pero, una vez allí, descarta toda memoración emotiva: «¿No ve que no puede andar paseando?», le ha dicho el muchacho: lo sé, lo sé, hubiera querido decirle, pero ¿qué otra cosa se puede hacer?: ¿esperar la muerte sentado?: ¿es que querían matarme?: ya estaría hecho, hombre: sin intervención posible de la providencia humana: y quién sabe, de la divina tampoco: entra en un café y pide ginebra: ¿y aquí?: ¿no es peligroso el hotel?: después de todo, esta era la música de cada día: no ha variado esencialmente la situación: además, cuentan, alguien cuenta, con que yo haga algo, algo que dejé sin hacer entonces: yo he venido por lo mismo, es cierto: para hacer algo que dejé sin hacer: solo que quizá no pensemos en las mismas inconclusiones: después de tragar la segunda copa, busca otro automóvil para que le regrese al hotel: pide las llaves en la recepción y sube a dormir: el joven que le ha derribado poco antes lee una revista en un sillón del bar

sueña con Arellano: filosos gritos de mujeres le impiden oír lo que el amigo le dice, algo seguramente vital: no entiende, quiere entender, que el otro repita, en voz más fuerte, su mensaje: pero él mismo está mudo, seco su son, ahogado: por un pasillo, un negro corredor carcelario que desemboca en la escena, se acerca Sara: primero es la que Romeu imaginaba en los años mozos, después es la gruesa señora desnuda del dormitorio doméstico: el olor a polvos de talco le aturde, le da náuseas, quiere salir de él: entonces es la caída y un timbre oscuramente percibido: en el entresueño que sigue, mira la hora: las dos: se vuelve y se hunde en un dormir quieto

6. *Una iglesia aparente*

(3 de abril, 1986)

> *Su fe y su católica doctrina, así como su época turbulenta y visionaria, le arrastran a cifrar en lo maravilloso una absoluta credulidad.*
>
> J. W. GOETHE, *Benvenuto Cellini*

el coche que conduce Estrada se detiene ante la última casa: más allá, tras la mole del templo, únicamente chabolas y descampados: el edificio se ve separado de las viviendas por un lodazal circular de unos doscientos metros todo alrededor:

—San Zamudio —anuncia a Romeu el hombre de Reclús, considerando los cuarenta peldaños que llevan a la entrada de la iglesia—. No la va a encontrar preguntando, y no figura en los planos. ¿Le gusta?

—Me espanta: no parece un lugar de Buenos Aires: no parece de este mundo —rechaza distinguir los detalles del espectáculo que se le presenta, rechaza la obscena crueldad del conjunto con el que habrá de enfrentarse de inmediato.

—San Zamudio no está en Buenos Aires: ni en este mundo: la levantó el Diablo en una noche, y así se la va a llevar —explica Estrada—: se la va a llevar el día de la revolución.

—¿Qué revolución?

—La nuestra, ¿no? La única revolución verdadera, la…

—Ya, ya —interrumpe Romeu, eligiendo el paso adelante—: si hemos de entrar, hagámoslo ahora.

Ireneo Estrada le precede en el recorrido hacia la puerta de la construcción: contribuyendo a la incoherencia del sueño, mendigos de todas las calañas exponen lacras a una opulenta feligresía imaginaria: tullidos con las piernas desnudas se mezclan con leprosos mutilados y tracomatosos de mirada blanca: buitres se ciernen ensombreciendo, pacientes, y algunos picotean restos de alguien, girones con olor a sangre rancia: con inesperada pistola, Estrada dispara al aire un intento ridículo de dispersar a las carroñeras: en el callado pasmo que sigue al estruendo, se abre paso el mal violín monocorde del ciego que reitera un verso obsesivo: «caricia de tu mano breve», desentona fieramente una vez tras otra: cruzan el atrio y el portal, y van a dar en la nave central: torciendo a la derecha, se internan en el largo corredor del lado: a su izquierda, Romeu ve la sillería poblada de hombres en actitud de rezo, de rodillas, ensimismados: en el muro se suceden altares vacíos —«Cristo todavía no vino para ellos», atiende Estrada a la curiosidad de Romeu— y cepillos para limosnas: «para las obras del templo», «para la pobreza», «para la reconstrucción de posguerra»:

—¿Qué posguerra? —averigua el invitado, señalando el cartel.

—La de siempre: siempre es posguerra —filosófico, lacónico, el guía, sin detenerse, resuelto a salir por una puerta próxima a la escalera de un púlpito, traspuesta la cual, una vez libres del plano rumor del recinto, bajan unos peldaños: les aguardan dos individuos de muy distintas edades:

—El Hombre que Sabe —presenta Estrada al mayor—, el Aparecido —señalando al más joven—. Este es Juan Romeu, un amigo.

—Nos conocimos anoche —sonríe el Aparecido.

—Debo agradecerle…

—Estaba ahí para cuidarlo: cumplía órdenes.

Se guarda muy bien Romeu de manifestar su desacuerdo o saturación de obediencias. En cambio, accede a sentarse a una mesa dispuesta para escaso alimento y larga conversación.

—¿Qué quiere saber? —pregunta el viejo—. Yo puedo contestar lo que necesite, lo que se le ocurra: veo: yo veo.

—Aparecí después de desaparecer —inicia el muchacho su

propia oración, sin relación con la del compañero: Romeu comprende pronto que se ignoran, que transitan por sus vidas en paralelo, que no actúan el uno para el otro, sino ambos para un tercero: igual que Estrada: para el mismo tercero: comprende pronto que habrá de atender a los dos sin que nada en esos hombres le interese realmente—. Iba a escaparme cuando llegaron: me habían delatado y —aquí se ve interrumpido por el Hombre que Sabe.

—De los delatores, lo sé todo —afirma este—: y es lo más difícil: mire: liquidaban a uno de los nuestros, y había otro, o no había nadie, pero liquidábamos a un delator y había otros cinco: como hongos, viejo, como hongos: si no, no hubiera pasado lo que pasó: además, Veraldi lo comprobó.

—¿Cómo lo comprobó? —pregunta de cortesía de Romeu, ante el momentáneo silencio del Aparecido.

—Le propusieron trabajar para ellos: él se negó: qué se creen, dijo, yo no soy un traidor: entonces, sos único, se le rio el que había ido a negociar con él: medio mundo trabaja para nosotros, y el otro medio no porque todavía no sabe cómo: lo encerraron en un archivo, dos días: diez mil legajos, veinte mil: legajos de delatados: leyó todo lo que pudo: había tipos que tenían seis denuncias, siete: vecinos asustados, amigos interesados, hermanos celosos, amantes despechados, dirigentes sindicales sobornados: y otros que estaban en varios prontuarios: en uno, acusados: en los demás, acusadores: ¿qué le parece?: castigado está este pueblo: por su falta de sustancia, ¿sabe?: por eso —los sentimientos de Romeu ante el individuo, ante su discurso, ante el objeto del discurso, todas las tres cosas inseparables, oscilan entre el desconcierto y la aversión: no es la memoria que espera, caso de esperar alguna, la de esos personajes: no le interesan crónicas generales ni amnesias particulares.

—En el mundo —dice a continuación el Aparecido, con tono de monje de utilería— me llamaba David Car ion.

—¿Acaso no está en el mundo? —inquiere Romeu—. Anoche lo estaba, me consta.

—Volví. Pero no soy el de antes. Ahora soy eterno.

—Del otro lado, volvió —aclara Estrada—. Lo llamaron unas espiritistas que querían hablar con desaparecidos: madres

desesperadas: pero llegaron los milicos en pleno asunto y las llenaron de agujeros y no pudieron devolverlo: la médium, con un tiro en la nuca, ¿sí?

—Sí. Se cerró la puerta: como una salida del aire: me quedé de acá. Del todo.

—¿Sabe qué? —preámbulo de Romeu, que ya no tiene tabaco—. No le creo una palabra. No sé qué mierda está tratando de ocultar, ni por qué tendría que ocultarme algo a mí, pero lo que cuenta no me sirve: es una estupidez.

—Hace bien, hace bien. No me crea, no se crea nada: mi historia es un desafío al materialismo dialéctico, que Dios me perdone…

—¿Esta gente no tiene más que basura dentro? Yo me largo, Estrada.

—Lo acompaño: no puede salir de acá solo.

—¿Por qué? ¿Cree que no sabría encontrar la puerta? Usted se queda con sus amigos: ¿debo decir sus compañeros?

—No es por eso: y no se enoje: no: es que los mendigos de la escalinata lo matan si no va conmigo: seguro que no llega abajo: después se lo comen los buitres: los mendigos son los guardianes de acá.

—Entonces, sáqueme de aquí: usted y su revolución me metieron en esto —molesto, hastiado, Romeu se vuelve y pasa por delante de su custodio—. ¿Qué es ese delirio de los guardianes? ¿Qué coño cuidan?

—Su iglesia: creen en ella. No saben que los demás no la ven, que nadie cuenta con ella.

—¿Qué es esta gente, Estrada?

—Lo que queda: el jefe quiere que usted conozca la verdad: no queda otra cosa: y no me diga más nada de mi revolución: la desgracia de los cuadros solo cambia las condiciones subjetivas: lo demás sigue en pie, y usted vino porque piensa lo mismo: si no, se quedaba donde estaba.

—Yo he venido a matar un hombre: el que hizo lo que yo me negué a hacer: venganza personal: Arellano era mi amigo y había escogido otro rumbo: yo le imité cuando entendí sus razones: no sé quién es Schlemihl, pero sí sé que, de no haberlo hecho él, lo hubiese hecho usted o cualquiera como usted: no se equivoque, Estrada, ni busque acuerdos conmigo: no somos ni podemos ser

camaradas: desde hace mucho.

—A lo mejor es como usted dice, Juancito, pero a mí no me va a convencer: yo lo considero un camarada. Con sus rarezas, es cierto, pero un camarada.

Salen del barrizal: una mujer silenciosa les observa con rencor desde la entrada de su vivienda: Romeu sube al automóvil y hurga bajo el tablero en busca de un paquete de cigarrillos que ha dejado allí: cuando levanta los ojos, ya no ve la iglesia: entretanto, Estrada ha pasado por detrás del vehículo y abre la portezuela del lado del volante, se acomoda tras este y pone el motor en marcha: recibe la pregunta de su acompañante a la defensiva, sin advertir lo que en ella hay de angustioso:

—¿Qué pretenden, Estrada?

—No sea tan duro con ellos, gallego. Nada. No pretenden nada. ¿No ve que no existen?

Y acelera.

lo que queda: la economía política, la seca conciencia infeliz: cierra las puertas de los cielos, de los juegos, de los sueños, deja a todos en una pena de puertas, la naturaleza feroz de la guerra: devuelve siempre muertes, grandes dolores, separaciones últimas, pero esconde siempre la vieja canción, la naturaleza infiel de la memoria: refuta ángeles y príncipes y adelanta el curso de los tiempos, a pesar de sus muchos enemigos, la naturaleza constante de la razón: preside los itinerarios del placer, uniones furtivas y pasiones mayores, gozos sutiles de la crianza, la naturaleza perecedera de la carne: desarma, demuele, desconcierta, da al traste con propósitos cordiales y obliga a reconsiderarse con tristeza, la naturaleza brutal de las negativas: exige el vivir la historia en general, el acomodarse a condiciones objetivas, el aceptar las condiciones subjetivas de los otros, y supone también el dar por bueno el tiempo, lento y distante, del duro calendario de los hechos, la naturaleza cruel inflexible de las cosas: lo que queda: culpables de todos los crímenes, víctimas de todos los crímenes, iglesias imaginarias, obras del demonio solo remediables por la vía del incendio, de la aniquilación, de la ruina, del asolamiento: lo que queda: desplazados de todas las clases, asustados, acosados,

amenazadores: la cosecha sangrienta del espíritu universal, que inevitablemente se muestra a caballo: lo que queda: jueces y acusados: lo que queda: cabos sueltos

y los que se fueron, que quedan en otra parte, que no conservan la tierra, pero que mueren enteros y son enterrados en tumbas con nombre, lejos: y los que vuelven, para ver, para verse, para hacer las cuentas de lo que ha quedado aquí, de lo que han perdido, de lo que probablemente pierdan cuando se cumplan los tiempos de intemperie y soledad sobre los penosos huesos de los que han perdido el nombre, el rostro, diríase que la mortalidad, pero conservan la tierra

III. un cielo en la ciudad

7. *Un regalo de la memoria*

(3 de abril, 1986; más tarde)

Aquellos que ignoran el momento apropiado de su partida son los exploradores más valientes.

TENNESSEE WILLIAMS, *El invierno en las ciudades*

el antiguo Bar Ramos, de Montevideo y Corrientes, llamado ahora Caffé Ramos: Romeu entra en el local renovado, en la penumbrosa falsa elegancia de los materiales plásticos, tratando de recomponer para sí, bajo lo evidente, la imagen del noble mostrador de estaño, las sillas de madera y el serrín de los suelos de otro tiempo: bajo la mentida frescura de los desodorantes, los olores bruscos de lejías y orines impertinentes: en ese desconcierto está cuando se acerca a él la mujer, un rostro que le cuesta discernir en el fondo del perfumado abrazo que se le cierra tras el cuello:

—Juancito —murmura con cansada emoción la boca que él no ha reconocido aún, pero que percibe íntima, tierna, triste—, Juancito, volviste, querido… —y es ya una voz sabida.

—Bianca —se conmueve Romeu antes de poner las manos sobre los hombros de la amiga y apartarla lo necesario para considerar, entonces sí, en la media luz, lo verde de la mirada y la melena negra—: estás guapísima, mujer —y es cierto: la ve mucho más bella de lo que la había visto nunca, la descubre, desea de pronto no alejarse de ella: se deja ir hacia esas manos largas que buscan sus mejillas, hacia las lágrimas que le humedecen los párpados—: Bianca, Bianca, tenemos tanto de que hablar… —acaba de

comprenderlo: nunca la hubiese buscado, convencido de encontrarla, en el mejor de los casos, en otro destino: instalada en una edad de derrota semejante a la de Sara, en una dureza y en un desamor y en una usura desmesurados, intransitables: y ahora el tiempo se la devuelve a traición, acostumbrado como está a la desconfianza, a la reserva, a la violencia de la soledad que viene de los muertos: en este desierto forzoso, alguien que le esperaba inesperadamente—: tenemos tanto de que hablar…

—¿De veras querés que hablemos? Tenerte acá: no lo puedo creer: yo lo que quiero es mirarte: ¿sabés que los años te quedan bien? Pero es que siempre me gustaste…

—Y tú a mí —acepta Romeu—. Vamos a tomar una copa a otra parte.

—Esperá. Estoy con unos amigos. Si no te importa, te los presento, estamos un rato con ellos y después salimos por ahí…

—Vale. Pero breve. ¿De acuerdo? Estoy hasta la coronilla de conocer gente: en este país, mi generación ha sido sustituida por un montón de sujetos de la misma edad, pero salidos de quién sabe dónde…

—Los amigos están… muertos, ¿no? O desaparecidos.

—Los amigos fueron asesinados, pero los muertos son estos, Bianca —y ella le lleva, le guía como se guía a un niño, hasta una mesa ocupada por tres personas: dos mujeres agostadas antes de sazón y un tipo achinado, al que Bianca presenta con el nombre de Ricardo Peralta: el tono dominador y confianzudo del individuo suscita de inmediato el recelo de Romeu: paternalismo policial, piensa:

—Así que usted es el gallego de Bianca: se pasa la vida contando cosas: fueron muy amigos, ¿no?

—Quizá lo seamos aún, señor Peralta.

—Llamemé Calibán: acá todos me dicen Calibán.

—¿Homenaje a Shakespeare o pasión americana? —con mala leche, Romeu.

—Usted bautícelo como prefiera: yo digo nacionalismo: medio mundo acá conoce mis ideas políticas: claro que como usted es gallego, a lo mejor esto no lo entiende…

Romeu no quita los ojos de los ojos de Bianca: ella es consciente de que la conversación va a mal puerto, pero también lo es de que

no lo podrá impedir: anhela estar lejos: ha comenzado mal, como siempre, metiendo a Romeu en una situación que le subleva: él, a su lado, tranquilizador, le acaricia una mano en el momento en que interrumpe la perorata de Calibán con una frase hiriente:

—En mis tiempos, eso era malísimo para la salud.

—¿Ser nacionalista? —desarmado, el otro.

—No. El que medio mundo conociese las ideas políticas de alguien. Bien es cierto que dependiendo de esas ideas. Las había benignas…

—¿Me toma el pelo, che?

—En absoluto. Le proporciono un dato de la realidad.

—La realidad de mi país. No me lo va a venir a enseñar, ¿no?

—¿Cuál es su país, señor Calibán? Yo veo dos: el de los que fueron borrados del mapa, y el de los que les borraron. Mayoría de argentinos en los dos lados. ¿Cuál es su país? ¿El de los cazadores o el de los conejos?

—Usted es un provocador de mierda —ha aferrado las solapas de Romeu—. ¿Viene a hacerse el canchero, acá? ¿Se cree que soy gil, que me voy a dejar que me toque el culo?

—Vamos, Bianca —sin hacer un gesto, Romeu se pone de pie, obligando al otro a levantarse a su vez—. Quite las manos de mi chaqueta. Y no haga demostraciones de autoridad porque, si las hace, el otro medio mundo, el que no conoce sus ideas políticas, se va a dar cuenta de quién es: ¿para qué servicio trabaja, Peralta? ¿Ejército? —todo en voz queda, casi confidencial.

—No diga gansadas, che —pero obedece.

Romeu coge a Bianca por el brazo y se dirige a la salida sin despedirse de nadie. Echan a andar hacia el río, callados. Él se detiene ante un café con intensa iluminación: quiere observarla, leer los días pasados en la piel de la mujer, observarse en su azogue.

—Bebamos algo aquí —propone. Entran, se sientan, llaman al camarero, piden ginebra: no se distraen ni por un instante el uno del otro—. ¿Qué haces con tíos así, Bianca? —pregunta al fin Romeu—. No eran así los tuyos, los míos.

—Es la gente que hay: no queda otra. O sí. Pero no a la vista. A lo mejor está escondida, andá a saber…

—Déjalo correr, Bianca, olvida la pregunta. Yo me marché: he perdido autoridad crítica. Oye: no importa: este es un verdadero

encuentro y no quiero perderme en reflexiones generales.

—Pero lo vas a tener que hacer. Acá todo es general, Juancito. Tres sociedades: cazadores y conejos, como vos decías, y los demás: tres biografías. Y no se salva nadie.

—¿Quiénes son los demás?

—Los que miraban para otro lado —con pena, Bianca.

—¿Y tú?

—¿Yo? Conejo —reconoce la mujer.

—¿Conejo en solitario?

—No, Juancito: me casé…

Romeu vacila: le chocan los interrogatorios, pero quiere saber:

—Cuéntame: ¿feliz? —lo pregunta con entera conciencia de que, si lo fue, ya no lo es.

—Estuvo bien mientras duró.

—Y si estuvo bien, ¿por qué dejó de durar?

—Se lo llevaron, querido. Desaparecido. Historia general. Conejos. Ahora, contame vos: ¿por qué te fuiste?

—Digamos —Romeu dibuja su respuesta sobre la trama espesa de su propia ignorancia— que el brazo armado de los conejos resolvió, inspirado en altísimos principios, que lo más conveniente para la revolución era que yo me cargara a un amigo muy próximo: como si las actitudes de cazador le hiciesen a uno menos conejo.

—Y volviste por lo mismo, supongo. A decir la última palabra. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas: he venido por eso. Solo que empiezo a creer que no tiene sentido: no hay sobrevivientes que justifiquen la obligación de cumplir con el destino: hasta aquí, todos cadáveres: pero aún no lo he visto todo, y quiero enterarme de cómo acaba.

—¿Qué te falta? ¿El jefe?

—Él jefe.

—¿Reclús?

—Cabalga de nuevo —ríen: dan paso a una vieja afinidad, un estar juntos que tenían por perdido.

—Decime una cosa, gallego —lo va a decir, ella, después del beso.

—Catalán, señorita, catalán —busca desviar Romeu.

—Eso: decime, catalán: ¿por qué no te casaste conmigo? Por ella no fue: ella era tu coartada para no vivir. ¿No querías vivir?

—No, Bianca: no quería vivir. No queríamos vivir.

—¿No queríamos? ¿Quiénes?

—Todos. Los compañeros: estábamos esperando que nos mataran. Algunos se ponían nerviosos y entonces había que acelerar y nos matábamos entre nosotros.

—Y ahora me vas a demostrar que es demasiado tarde para volver a intentarlo, ¿no?

—No soy un buen partido, Bianca: un profesor de historia en Barcelona no es gran cosa: un pistolero jubilado en Buenos Aires, aún menos.

—A mí me gustaría probar.

y la noche que sigue es una noche ambicionada de antiguo, una noche de jóvenes amantes recobrados, cada uno en el cerrado espejo del otro, manos claras y complicadas, banderas perdidas, única victoria posible y cierta sobre la muerte que todo lo cubre, menos la canción: todo lo quiebra, menos la canción: todo lo sabe, menos la canción

8. *No hay pasión perfecta*

(4 de abril, 1986)

> *Muy pronto en mi vida fue demasiado tarde.*
>
> M. DURAS, *El amante*

no hay pasión perfecta, se dice Romeu: no hay afán de otro que resista el trato de lo cotidiano: no hay prolongado y constante gran amor, justa fiereza en los abrazos y nobles encuentros cada mañana, fuera del cerrado aire del recuerdo: en el presente, no: en el recuerdo, en su dominio, se mezclan el sueño y los rostros históricos, el sueño y los cuerpos históricos, los rostros y los cuerpos que realmente fueron: se aprende lo que no se ha sabido a tiempo y se pierde lo que no se ha olvidado a tiempo: la pasión perfecta es la pasión recordada: no hay contrariedades en la calma luz de la memoria: de su suelo de hondo silencio han sido arrancadas las raíces del dolor y en él solo espejean, temblorosas, las sombras de sus frutos: en el recuerdo, en su dominio, ángeles menores, efímeras oscuridades compartidas, máscaras secundarias, ocupan por instantes el centro del cuadro, son el cuadro: una rodilla, una sien, un retal de reseco deseo, es devuelto por la bruma a su inicial fugaz eternidad: en la carne verdadera, en una de las blanquísimas, conmovedoras, perfectas piernas de la pasión perfecta, detrás de la rodilla o en el canal umbrío del tobillo, aparece de pronto una señal, una línea de un azul ligero —hija quizá de la pereza o de una perversa tolerancia de la dama para con sus propias inclinaciones—, una línea de un azul ligero que revela movimientos interiores, calladas sublevaciones de la fisiología, una velada tendencia a la

corrupción, que aproxima su envoltura deslumbrante a la maltrecha envoltura del común: corrupción, si es que alguna vez ha habido correcta materia perecedera: constatación, si todo ha sido vacía necesidad: y aun: la pasión que se quiere perfecta es desvivida pasión, muda imagen de sí misma, general ensayo de la pasión que será: recorre desde su origen el dominio del recuerdo, respira desde su origen en la calma luz de la memoria, habitan los amantes un cielo sin maletas, sin grifos que goteen, sin basuras que sacar cada noche, sin secreciones ni olores fuera de lugar: tal vez no sea la suya carne verdadera, objeto de químicos deslices, y todo se reduzca a una higiénica mutua contemplación, a un higiénico relato, pero así parece ser la existencia de los héroes, tan próximos a los dioses: entre humanos, no hay pasión perfecta que no esté en el recuerdo: lo demás es pasión confusa, entrevero de pieles y bocas con sudores y alientos, sangrientos recordatorios mensuales de la condición de la mujer: lo demás es dialéctica, irremediable, imperfecta dialéctica: la vida, lo que aún no ha llegado a recuerdo: para los héroes no hay amor feliz, pero no hay héroe sin pasado amor desdichado, sin ambición mística de una presencia imposible: así, Romeu ha pasado su juventud huyendo de todo amor practicable, con la excusa de un amor quimérico, sumido en la figuración de la llegada de la mujer que no iba a llegar y en el olvido crítico de las que amenazaban alcanzarle: creaba a la ausente con palabras: puesta en armonía la exaltación de la imagen, ordenado el verbo, la canción así nacida otorgaba a la mujer intangible dones que la naturaleza había negado a la mujer tangible, a la vez que colmaba de metafísica los concretos objetos del sexo, transformando el ardor de una piel en revelación del bien o, lo que es lo mismo, del mal

entre toda esa elegida confusión —esencial soledad del hombre volcado a grandes causas, desgracia y fascinación del fuerte—, Bianca ha sido el amor posible: es ella la que sonríe primero al oír, proyectada hacia la calle por los eficaces parlantes de una tienda de discos, la garganta ambigua de Carlos Gardel: *cuando yo quise quererte, vos no me quisiste, vos no me quisiste, y ahora que querés quererme, no te doy alpiste, no te doy alpiste*, dice el

cantor: se detiene Bianca para preguntar a un Romeu en rara disposición lírica:

—¿Ahora querés quererme, gallego?

—Si tú me das alpiste…

—Te doy, te doy —garantiza ella, proporcionando al hombre buscada certidumbre—. ¿Sabés?: quererse es un privilegio de la edad: a los veinte años, la gente no se perdona tantas cosas como nos perdonamos nosotros —mientas andan hacia la casa de Bianca —, vive exigiéndose locuras, primores: le pide al otro que sea puro como un santo, lindo como un ángel, prolijo como un maestro: se muere más, ¿no?

—Tú has sido así: reclamabas de la gente, de la realidad, lo que no te podían entregar: cuando sucedió, no hubieses atendido a mis razones para marcharme: era para ti un desertor: nada más que hablar: ¿me equivoco?

—No: no te equivocás.

—Por eso me largué sin ti, sin nadie, y dediqué mis mejores esfuerzos a amar una sombra, una invención, una mujer que nada tuviese que ver con las utopías abandonadas: se había acabado la revolución, Bianca.

—Habíamos perdido.

—Desde el principio. Pero entonces, tú no estabas dispuesta a reconocerlo. Y has tardado… ¿cuánto has tardado en reconocerlo?

—Seis años más: treinta mil muertos más.

—Pues eso, chica. Ahora, si quieres, volvemos a empezar.

—Bueno.

y, en eso, tantas niñas perdidas: corazones díscolos, ahora apartados del mundo: sus nombres, nombres huecos, vacíos de toda sangre: están solo en el sueño: ya no las cambiarán los años, ni los compromisos, ni el placer: no hay tiempo, ni deberes, ni gozos, en su dormir obstinado, sin descanso: están solo en el sueño: soportan toda comparación: hablaron a oídos inconvenientes de vislumbradas canciones, de fuegos futuros, de navegaciones fundamentales: creyeron sin servidumbre y su efímero tránsito engordó arcas anónimas: alguien hará su historia

Bianca incorpora un orden a estos días, piensa Romeu, sentado en la cocina del piso: bebe café mientras ella se ducha: Griselda ha sido un abismo necesario: la hija me ha devuelto el cuerpo que la madre, o mi figuración de la madre, me había arrebatado: quizás en este momento logre entender algunas cosas: el gesto azabache de la cabeza de Bianca, que se le acerca con una agitación de toallas, le abre la puerta de las preguntas:

—¿Qué hay con Reclús? —interroga Romeu.

—Ahí, con su banda, esperando.

—¿Qué espera?

—La espléndida aurora del porvenir: son sus palabras. Una venganza. Joden todo lo que pueden, de puro impotentes.

—¿Estrada y él?

—Y Cambaceres, al que llaman el Hombre que Sabe, y el Aparecido: dos mentirosos que no aguantaron la tortura y entregaron hasta la madre y andan por ahí contando cosas raras. Y la Encerrada, la tipa que vive con él: dicen que se la llevó a su casa el día que la conoció y ella nunca más volvió a salir. ¿Con qué historia te convenció a vos?

—No me convenció. Mandó un esbirro a Barcelona para que me informara de que habían localizado al asesino de Arellano. Recibí la visita de un tal Rosas.

—Hay muchos más. Hacen bancos, algún secuestro… Reclús dirige, al menos en apariencia, y administra.

—Y tú, Bianca, ¿cómo sabes todo eso?

—Cuando uno estuvo en el asunto, conserva relaciones aunque no quiera. Además, todo esto se sabe: si siguen, es porque los dejan. Favores entre profesionales.

—De modo que no mantienen ningún principio…

—Ninguno. ¿Qué pensás hacer cuando te diga quién es el tipo y qué espera de vos?

—Se llama Schlemihl y esperan que le mate. No he tomado ninguna decisión definitiva. Tal vez ese tío haya apretado el gatillo, pero yo quisiera saber si queda alguno de los que daban las órdenes.

—Mirá, Juancito, yo te lo tengo que decir: sos el mismo inocente de siempre: el que dio la orden de matar a Arellano fue Reclús. Entraste como un gil: falta de costumbre, supongo: acá no podés confiar en nadie.

Romeu se la queda mirando un largo rato.

—Acepto. Juego —resuelve finalmente.

—Apuesto de tu lado —Bianca: una carta boca arriba.

cena en un restaurante poco concurrido de la calle Piedras, cerca de la Avenida de Mayo: copa en el Caffé Ramos, en atención a las sagradas costumbres: Bianca está llena de costumbres: ha vivido en una sociedad bárbara, ha sobrevivido en ella: en una sociedad devoradora: acude cada día al mismo bar, a la misma hora, compra el tabaco en el mismo quiosco, la misma marca siempre: en una sociedad bárbara, las costumbres protegen: el rutinario conforma el paisaje de lo obvio, y los vigilantes esperan aquello que desentona: el rostro, el pelo de Bianca, se han desvanecido en el fondo de su propia repetición: un único detalle altera hoy el hábito: Calibán y sus damas aguardan en vano el saludo de los recién llegados, tal vez una disculpa o algo semejante, que restablezca el falso equilibrio en que suelen convivir, modesta contribución al falso equilibrio general en que se sostiene la postergación del estallido de Buenos Aires, el aplazado arribo de días y noches de cuchillos largos o cosas peores: se sientan a una mesa apartada, cerrados en su diálogo: todo lo que del país puede aún atraer a Romeu, retenerle, está en Bianca: percibe con absoluta certidumbre que la extinción de ese vínculo equivaldría a la extinción sin remedio de toda relación con el lugar y con sus gentes: el cansancio de la mujer es obra de su dignidad: el esfuerzo por conservarse en medio de infinitas violencias, da ternura a sus manos: todo lo que él ha sido allí, todo lo que él ha amado allí, todo lo que él ha encontrado allí, está en ella, espejo último del deseo de su juventud: Bianca se levanta, sale a la calle y regresa al cabo de unos minutos como el viajero del tiempo: con un clavel mustio en la mano:

—Es tarde —dice, excusándose—, y no quedan flores más lindas. Es para vos, gallego.

Un ronco rumor sume el resto de la escena en una rastrera igualdad gris cuando él se pone de pie para tomarla por los hombros y besar sus labios

por la espalda desnuda de Bianca corre, escapa, un ciervo frío, la esquiva bestia de la felicidad: «dulce, dulce», dice Romeu, acariciando su rostro cuando ella se vuelve y le mira: «fiametta», dice, acudiendo a un código de otros días, y la mujer niega con la cabeza: «puttana», dice, y ella afirma y se pierde en su propia piel como quien se pierde en el sueño

9. *Un mensaje desde el poder*

(5 de abril, 1986)

No reprueban ni sonríen como si
en ellos la desnudez fuese mayor.

C. DRUMMOND DE ANDRADE,
Los muertos

visiones, imágenes de otro tiempo: una playa lejana en la adolescencia: las diez de la noche de un día feliz, de un día muy especialmente feliz: el gato atropellado por un coche, el gato que tanto cuidaba: la media luz de una sala de espera en una estación perdida: una frase leída con sorpresa, una frase acerca del dolor: el primer dolor, sepultado luego por incontables nuevos dolores: pero es el primero el que revive ahora: las ridículas palabras de una canción que no escucha hace tanto: los pechos de una mujer que nunca fue suya: el sabor de un vino que bebió por única vez en Soria: los payasos de un cuadro colgado en la pared de una fonda, cerca de Sevilla: una pintura de la Semana Trágica, en que gentes de a caballo cargan contra manifestantes: el rostro de una muchacha dormida, indefensa: asaltos al entresueño en que Romeu se obstina cuando el sol ya está alto y Bianca mueve objetos y suscita aromas en la cocina: Bianca es más su juventud que el montón de memorias fragmentarias que acaba de pasar por sus párpados: anoche han recogido algunas ropas en el Hotel Bauen y Romeu ha cuidado de dejar señales de su presencia en la habitación que no se propone ocupar en los próximos días: ella las ha doblado y las ha colgado junto a las suyas: Bianca no acepta su condición de visitante, rechaza la idea de otra partida: pero él se marchará, se

marchará para siempre: no importa qué carga se lleve esta vez, será la definitiva: se ducha, se viste, va al encuentro de Bianca, que lee el periódico y bebe café en el comedor:

—¿Bebes café? —pregunta Romeu—. ¿Y la muy noble y antigua tradición del mate?

—La dejé hace mucho. No tengo tiempo para tradiciones. Ni compañía.

—Hoy sí tienes compañía. Pero sabes que no me gusta el mate —y muerde su propia afirmación, como si lamentara su negativa a ese aspecto, también ese aspecto, de cuanto conformó su existencia de otro tiempo.

—Hoy no voy a trabajar —anuncia Bianca, apartando al hombre de su reflexión—. Avisé que estaba enferma. ¿Vamos al cine esta tarde? *La historia oficial* ¿No querés verla?

—No sé si quiero. Supongo que trata de nosotros, y que cuentan mentiras: pero habrá que verla.

En ese momento suena el teléfono: «dígame», contesta Romeu al irritante agudo mecánico: ha cogido el auricular sin vacilaciones: sabe que es para él la llamada: «Juancito, ¿me oís?»: es una voz de hombre, flaca, atenorada: «oigo perfectamente»: «en la puerta… bueno, un poco más allá, cerca de la esquina… tenés un regalo»: «muy bien: gracias»: hace mucho que ha dejado de dar respuestas de histérica victoriana, quién es usted, qué pretende: cuando se acerca a la ventana y observa la calle, no se ve a nadie: solo una fila de automóviles vacíos: está al otro lado, piensa.

—¿No has oído nada esta noche, Bianca?

—Tiros. Pero no hice caso. Vos dormías como un tronco.

—Eso parece.

debe de llevar horas allí: está muy frío, muy rígido, ve Romeu sin acercarse, con solo la costumbre de la muerte en los ojos: debe de haber sido a las cinco, a las seis, ya con luz: ¿habrá remordido un sueño? ¿habrá caído callando alguna promesa?: muertito, piensa Romeu: el hombre se ha abreviado para ser cadáver: hay que largarse, piensa Romeu, pero aprieta la mano de Bianca y se queda allí parado, cinco, diez minutos, sin que nadie pase junto a ellos, sin que nadie se asome a una ventana, sin que nadie dé señales de

existir: se queda allí parado, mudo, asombrado ante lo minúsculo del cuerpo, extraviado en el charco de sangre y moco y orines y humores indiferenciables en que yace el cuerpo arrancado a su lógica condición interior: extraviado en el charco de líquidos perturbados por la porquería exterior: ramitas, hojas amarillas desprendidas de los árboles, cagadas de pájaros fríos: finalmente, se arranca a la fascinación del espectáculo y echa a andar, sin soltar la mano de la mujer de diáfana cabellera negra:

—¡Qué muerte de mierda! —dice, y no sabe, no sabrá jamás, que los trozos del difunto acabarán en una tina con cemento, en el fondo del río de barro lúgubre—. Ellos matan en conjunto, pero el que muere, muere individualmente, solo.

Después de girar en la esquina, detienen un taxi: van hacia el centro, hacia la muchedumbre, hacia el anónimo de la ambición numerosa y unánime, hacia el ruido

en el cine: en efecto, la película trata de ellos: Romeu tiene la impresión de que todos los discursos sobre la violencia se le refieren: pero no para ilustrar, explicar, iluminar: se le refieren de una manera oblicua, si no espiralada o laberíntica: enantiodromía, piensa: las cosas se convierten en sus opuestos: todo está constantemente convirtiéndose en lo opuesto, todos se están convirtiendo en sus opuestos: alguien, desde alguna parte, está haciendo los imposibles por que él se convierta en su opuesto: le está forzando, empujando, destinando a su opuesto: identidad de los contrarios, se inquieta, recordando la vieja lección, o pérdida de esencia: «Pedro era igual que vos: las dos caras de la misma moneda», dice en la pantalla la viuda del militante desaparecido al torturador que ha acabado con él: «las dos caras de la misma moneda», repite Romeu:

—Vamos, Bianca —se ha puesto de pie y abre la marcha hacia el pasillo en la penumbra de la sala.

—¿Ya? —quiere convencerse ella.

—No pretenderás que me quede allí, como un gilipollas, mirando mentir, ¿no? ¿Y tú? ¿Toleras eso? Has tenido un marido. ¿Era torturador? ¿Era la otra cara de la moneda de ese tío? ¿Qué era, Bianca?

—No sé, gallego, no sé. A lo mejor sí. Inocentes no éramos. Y vos, ¿eras inocente, vos?

—¿Inocente? Tal vez. Lo que fui entonces es lo que soy ahora. ¿Y sabes qué te digo? Que era mejor que todo eso. Mejor que los cazadores. Y empiezo a sospechar que también mejor que muchos conejos. Inocente no, Bianca: mejor.

—¿Cómo podés estar tan seguro? ¿Mejor que quién, Juancito? Vos te fuiste. Acá, los que nos quedamos, dejamos de ser mejores, dejamos de ser distintos. La historia ensucia, gallego. Si te hubieras quedado…

—Estaría muerto, Bianca. No me hubiesen dado tiempo para envilecerme. Me hubiesen asesinado. Está por averiguarse desde qué cara de la moneda hubiesen hecho fuego. Pero no me tendrías aquí.

—Ahora te tengo, pero me parece que no entendés…

—Entiendo, chica, entiendo: me han hecho venir para matarme, no me han perdonado el sobrevivir. Quizá lo logren, pero antes me llevaré a unos cuantos por delante.

—Te ensañás con los caídos, no sos justo…

—¿Caídos? ¿Quién? ¿Reclús, sus pájaros? Esos no han subido jamás, mal podrían haber caído. ¿Y los otros, los demás? ¿Acaso cae alguna vez alguno? Caídos son los que no están. Nosotros, no. Nosotros solo somos víctimas potenciales.

—Creía que habías venido a vengarte.

—También yo. Y, si quieres, finalmente es así. Pero mi venganza no consiste en cargarme a uno más, sino en conservarme vivo. Eso es lo que les duele, y pienso insistir. No me va a ser fácil, por lo que he venido viendo.

—Te dije que apostaba de tu lado —recuerda Bianca.

—Me lo has dicho cuando la situación aún no estaba tan clara, hace unas horas: aquí, todo es muy rápido. Me lo has dicho antes del obsequio de esta mañana, antes de la llamada. Ahora, se trata de salvarse sin quebrar las reglas del juego. He de seguir. ¿Te apuntas?

—Me apunto.

10. *Purgatorio*

(5 de abril, 1986; más tarde)

> *Todos los jóvenes de tu edad, y que viven en las mismas condiciones en que tú vives, todos viven en una situación muy peligrosa.*
>
> LEON TOLSTOI, *Correspondencia*

en el café La Paz, todo está como el día anterior, como hace tres días, como hace diez, quince años: Bianca y Romeu se instalan en una de las pocas mesas que, al anochecer, no se han ocupado: ya han pedido ginebra, ya se miran y sonríen en silencio, cuando entra al local David Carrión, el Aparecido, y hace una seña indicando la puerta de los servicios: antes de seguirle, Romeu llama al camarero y paga: no quiere que haya lugar a situaciones confusas en el caso de tener que salir de allí de prisa.

—Si sucede algo imprevisto —se dirige a Bianca—, tú te marchas. No desearía que las víctimas fuésemos dos.

—Andá tranquilo: te espero —serena, Bianca.

En los minutos transcurridos desde la llegada del Aparecido, nadie más ha ido al lavabo de hombres: cuando Romeu abre la puerta, el otro está de cara a la pared, ante un urinario: la discreción obliga a imitarle: Romeu se sitúa junto a Carrión y baja la cremallera de la bragueta.

—Traigo un mensaje de Reclús. Pero además quiero hablar con usted. Ya sé que no me cree, yo mismo le pedí que no me creyera, le

tengo que contar cosas increíbles. Escuchemé. Vamos a otro lado. Traiga a la mujer, no me importa que ella oiga.

—Mira, chico: si vas a decirme cosas interesantes, escucharé. Pero si me vas a soltar monsergas sobre Dios y el materialismo dialéctico, mejor lo dejamos correr, ¿vale?

—La historia, solo la historia. No voy a teorizar, se lo prometo. Alguien tiene que saberla, la historia. Antes que todo se acabe.

—¿Es que va a acabar?

—Puede.

—Vale. En media hora, en la Parrilla Independencia, junto al mercado de Entre Ríos. Esperaré en el Gardel hasta verte pasar.

Y sale.

reitera Romeu el recorrido por Callao, por Entre Ríos, hacia el café al que no alcanzó a llegar hace tres noches, cuando le dispararon y el Aparecido se materializó a su lado para echarle al suelo: va a reunirse con el mismo hombre, convencido de que algún otro sigue ahora los movimientos de los dos: se sienta frente a Bianca, en una mesa de ventana: callados, aguardan al individuo que les ha citado con tanta ansiedad: cuando este pasa ante ellos, se levantan y le siguen hacia el interior del restaurante contiguo:

—¿A qué obedece la urgencia, Carrión? —pregunta Romeu en medio de una cena que, durante largo rato, se ha desarrollado en silencio.

—A que se me termina el tiempo. La vida, quiero decir. Alguno me va a pegar cuatro tiros, hoy o mañana. Y mejor le cuento a alguien, ¿no?

—¿Qué?

—Lo que pasó en el campo.

—Tu regreso, vamos. No pretenderás que acepte las estupideces que dijo Estrada, la médium y todo eso…

—No, claro. Pero estuve muerto. Y volví. Es una manera de decir. Me chuparon. Estuve muerto, por un tiempo. Porque de allá no salía nadie, ¿sabe?

—Tengo cierta idea de cómo sucedía todo. Admito tu metáfora. Has estado muerto. ¿Qué más hay?

—No vendí a ningún compañero. De veras. A ninguno.

—¿Cuál fue el precio, pues?

—Nada. Rajé. Pero después, no del campo. Del cementerio rajé. ¿Me sigue?

—Atentamente.

—Bueno. Una noche, nos sacaron de los calabozos, unos cajones eran, la verdad, unos cajones que les decían calabozos, y estábamos ahí. Nos sacaron, ¿no?, y nos pusieron ahí, afuera, en pelotas, en el barro, y encendieron las luces, reflectores, encendieron. Y nos dieron una damajuana de algo, ginebra, creo que era. Nunca nos daban nada, ni de comer, ¿sabe? Y esa noche nos dieron de chupar, estábamos muertos de frío, una o dos damajuanas, o más, no sé, y chupamos. Los milicos estaban todos en pedo, y un teniente, rubio, flaquito, más flaquito que yo, medio puto, me parece, decía: «que se calienten, que se calienten, que van a venir visitas». Yo no entendía nada…

—¿Visitas? —interrumpe Bianca, en una tentativa vana de convertir la confesión en diálogo: Romeu, con un gesto, le impide perseverar: él desea escuchar al Aparecido hasta el final, desea que el muchacho prosiga, desea recibir el invalidado relato para retornar al hombre su dignidad.

—Entonces llegaron. Mujeres. En un camión. Minas lindas, algunas. En pelotas, también. Las bajaron. Hacía frío, pero nosotros ya no teníamos frío, pero ellas sí, estaban cagadas de frío, ¿sabe? Y les hicieron chupar de las damajuanas. Yo me puse alegre, pero no soy ningún boludo, y todo eso me daba miedo. No podía terminar bien. El teniente maricón gritaba: «música, maestro», gritaba: «que bailen los muchachos», y a mí me daba miedo, a todos nos daba miedo, y nos fueron empujando, juntándonos, y nos hicieron abrazarnos. Y… yo me abracé con una, ¿sabe? Estábamos mejor, juntos. Aunque teníamos vergüenza también, había mucha luz, de los reflectores. Yo me esperaba algo, ya le dije, pero otras cosas, que nos violaran, que nos echaran perros… Me esperaba algo, pero igual me asusté cuando empezaron a tirar, los hijos de puta, empezaron a tirar desde las torres, ¿sabe? —la voz del Aparecido suena aún más baja, y clara, redonda, cierta—. Al final, apagaron. Estábamos todos muertos, ¿sabe? Y yo me levanté y corrí como loco, corrí, rajé, no encontré ninguna alambrada, nada, y a la mañana no sé cuánto había corrido, mucho, mucho, y corría cuando

vi al pibe con las vacas. Se quedó paralítico cuando me vio, habrá pensado que era mandinga, un tipo en bolas en el medio de la pampa, ¿se imagina? Le pedí la ropa y el caballo y me los dio, no dijo nada. Igual, si quería, me lo culeaba, ¿no?

—No —grave, Romeu—. ¿Y para qué la fábula espiritista, Carrión?

El Aparecido está más tranquilo, lo ha dicho todo: se sirve más vino antes de responder, ante los ojos desmesuradamente abiertos de Bianca, que teme por lo que vaya a suceder.

—Usted no conoce a esa gente, señor Romeu. No tiene idea de lo que son, de cómo están. A lo mejor sí, pero creo que entonces no hubiera venido. No se les puede decir la verdad. Se les puede decir cualquier cosa, pero la verdad, no. Reclús escuchó lo de la médium y me dijo «está bien». Nada más. Y me dio unos pesos para que me las arreglara. Yo no conocía a nadie más. Los conocía de antes que me chuparan, eran mis compañeros, los únicos que quedaban, pero estaban distintos, les pasaron cosas, no sé… Por eso le pedí a usted que no me creyera. Si usted también se creía esas pavadas, me volvía loco, ¿sabe? ¿Me cree?

—Te creo.

—Gracias, muchas gracias. ¿Y usted, Bianca?

—También. ¿Cómo sabe mi nombre?

—Me lo dijo Reclús. La mujer se llama Bianca, me dijo. Ellos vigilan. A ustedes, a mí…

—¿Cuál era el mensaje que debías comunicarme?

—Reclús lo espera. Mañana, domingo.

—¿Dónde?

—En su casa, en Témperley. Estrada pasará a buscarlo por su hotel a las diez, así están allá antes de mediodía.

—Ellos saben de sobras que no duermo en el hotel. Dile que a las diez y media estaré en Constitución, que me busque en algún café de dentro de la estación. Prefiero ir en tren. ¿Podré conversar a solas con Reclús?

—Me parece que sí, que eso es justo lo que él quiere. Siempre lo nombra a usted. No de ahora: antes, ya hablaba de usted. Pero hay guardianes, gente que tiene en la casa, que no se ve, pero anda por ahí y se presenta cuando menos lo espera uno.

—¿Qué gente? —averigua Romeu.

—Tipos como yo, medio sirvientes, medio alcahuetes. Ireneo Estrada. Y la Encerrada, la bruja que vive con él. Ofelia Almeida, se llama. Usted la conoce, ¿no? —dirigiéndose a Bianca, que se sobresalta.

—La conocí. Supe que la habían detenido, hace mucho. Creía que estaba desaparecida. Fuimos amigas en un tiempo, pero como se borraron tantos durante el proceso…

—Bianca, no es la primera vez que empleas esa palabra —molesto, Romeu—. Imagino que dices «proceso» por «dictadura». ¿Me equivoco?

—No, no te equivocás, gallego. Nos acostumbramos a llamarlo así, proceso…

—Os acostumbraron, chica. Os acostumbraron ellos. Pero fue una dictadura. No veo la puñetera necesidad de darle otro nombre. Pero sigue, sigue, ya lo discutiremos luego.

—Yo no tengo nada más que decir —concluye Bianca—. El que sabe es nuestro amigo Carrión, parece: es él el que tiene que seguir.

—Sí —retoma la palabra el Aparecido—. Algo sé. Es verdad: la detuvieron. Pero salió. Lo pasó mal y se volvió un poco loca, andaba mendigando, de ciruja, toda sucia, ¿se imagina?, porque era linda… el jefe la encontró así, tirada en un banco de Bánfield, en el andén, y se la llevó a su casa. Y se quedó ahí, nunca más vio la calle. Hace como cinco años. Dicen que es bruja, en serio, bruja de las que hacen cosas raras, daños, mal de ojo, y de las que ven el futuro, también…

—Pues muy bien —clausura Romeu—. Ya la veré. Ahora, tú te marchas —ordena—. Nosotros saldremos más tarde.

David Carrión saluda parsimoniosamente, lamentando de verdad la despedida: cuando el Aparecido se hubo retirado, Romeu llama al camarero, pide más vino y la cuenta, y toma entre las suyas las manos de Bianca

es el último gesto de Carrión: «se me termina el tiempo. La vida, quiero decir»: «Alguno me va a pegar cuatro tiros, hoy o mañana»: hoy: cuatro puñaladas: la mano le tapa la boca y tira de él hacia atrás, obligándole a extender el cuello: la hoja entra en busca de la carótida, corta la piel, el músculo, el vaso, la voz: la voz que acaba

de contar su historia imposible: y vuelve a salir el filo, y a entrar, más abajo, abriendo surcos sin remedio en el vientre, hiriendo los dedos que tratan de detenerla: y sobre el cuerpo vencido, ensangrentado, se afanan luego tres hombres para siempre anónimos: lo cuelgan de cuerda ya dispuesta, estrangulan un despojo, lo dejan pendiente

11. *La voluntad de venganza*

(6 de abril, 1986)

> *Y entonces, el fin es tan elevado y humanitario que todos los medios empleados para conseguirlo son, de antemano, considerados legítimos y dignos de encomio.*
>
> EMILIO SALGARI, *Memorias*

la estación de Constitución en domingo: un tráfico distinto del de cada día: los mismos que entre semana se afanan por desangrarse, hoy se afanan por un dudoso descanso: Ireneo Estrada llega a la cita inquieto, busca con ojos ansiosos a Romeu, que está en su espera desde hace casi una hora: a instancias de este, el secuaz de Reclús engulle una ginebra:

—Ya he comprado los billetes —informa Romeu—. Podemos marchar cuando usted quiera.

—¿Los boletos?

—Eso: los boletos.

—Bueno, vamos.

En el vagón en que se acomodan, las ventanillas opacadas por la mugre hacen aún más fantasmagórica la fantasmagoría del antiguo paisaje, inesperada reiteración para Romeu de una visión que una vez prefiguró y presagió para él la infinitud del viaje que llegó a ser su vida: muy atrás, una extensa noche de cristal devolvía luces, ralos resplandores al interior del tren, traía miedo de cuchillos y pillajes, memoria de tenebrosos malones, desamparaba el flojo

sueño de impacientes sentados: los años vividos en el sur, su penosa enervante anchura en que vientos incontenibles arrasaban amores, obligaban al silencio, mortificaban la carne, retornan en un solo manojo al ánimo de Romeu: pero el espacio inhumano de la pampa, la pampa que imagina y finge recordar, no pertenece a la mirada, sino a la palabra: él no ha sido testigo de degüellos, aunque por la escena triste de la leyenda cabalguen cuerpos solos sin destino y avance lentamente hacia la nada el carro con las cabezas libres, desnuda sangre sobre la tierra y miles de órbitas vanas: por la pampa que imagina o cree recordar, vagan sombras queridas, quebrantadas sombras cuyo rostro verdadero se ha perdido para siempre: sombras que aúllan su extravío en esa inmensidad olvidada en que manda la muerte: la pampa, un laberinto de sencilla explícita apariencia, hundido tras la mancha inmunda de ignominiosos barrios de chabolas, cochambre separada de las vías por un ámbito de alimañas y flores necesitadas de un nombre para su floral cuerpo indescriptible, simple, luminoso: Estrada le arranca del ensueño cuando pasan por un andén ralo de vago cartel:

—Él está ciego, ¿sabe? —adelanta, sin inmutarse.

—¿Reclús? ¿Y eso?

—Un accidente, trabajando con ácido…

—¿Qué otras sorpresas se reserva, Estrada?

—No vive solo.

—¿No? ¿Y con quién vive? —no delata Romeu su conocimiento.

—Con una mujer. Ofelia, se llama. La encontró en un tren, me parece. Me parece que en este mismo tren —se refiere al recorrido, y Romeu no va a discutir nunca las diferencias que el relato de su acompañante guarde con el del Aparecido—. Todavía veía, y veía muy bien: ella es linda.

Romeu no se enterará nunca de que la versión de los hechos que le proporciona Estrada es la más ajustada a la realidad: ninguno de los dos tiene datos suficientes para establecer un cotejo que, amén de peligroso, es fútil: a nadie importa el que sea cierto que Reclús dio con la Encerrada en un regreso nocturno a su vivienda de Témperley: «¿qué hacés?», preguntó Reclús entonces: «ya ves, limosneando; ¿y vos?»: «me voy a dormir», informó el hombre: «¿a dónde vas a dormir?», quiso saber ella: «a Témperley», escueto, él: «¿qué? ¿tenés casa?», interesada, la mujer: «algo así», vago, Reclús,

mientras se la figuraba desnuda, evaluaba la hermosura cierta de los tobillos debajo de la roña: «¿puedo ir a dormir con vos?», directa, ella, cansada, derrotada: «a lo mejor, podés»: a nadie importa saber que en aquel preciso instante, Reclús creyó decidir el destino de la muchacha, la llevó con él, la hizo esperar en la casa, fue a masturbarse en la letrina del fondo del jardín bárbaro, «para evitar ternuras», pensó, y llenó una tina de agua tibia, la bañó, él, descubriéndola, frotando sus descubrimientos, acariciándola, humillándola con su homenaje, la peinó largamente, «piojos no tenés», dijo, la besó tímidamente en la frente antes de cortarle las uñas de los pies, los más bellos que había visto, limarle y pintarle las de las manos y quemar en un montón su ropa de pordiosera empapada en alcohol: a nadie importa el que ella haya dicho «así, no voy a poder salir», ni que él haya contestado «no vas a salir: en Buenos Aires te compro un vestido: vos te quedás acá»: a nadie importa que él haya tardado en aquella ocasión tres largos días, ni el que haya vuelto con una maleta repleta de prendas interiores negras y rosas, tres pares de zapatos, solo tiras de piel y altísimos tacones, y un único vestido, blanco, recto, una suerte de túnica sedosa, «para las visitas», dijo: a nadie importa el que haya dicho luego «vestite» y ella, sabia, haya empezado por los zapatos, permitiéndole el cuadro de su esplendor entero y dando lugar a que Reclús, estaba segura, ahora sí, la poseyera por primera vez:

—¿Y sus amigos, Estrada? El Aparecido y el otro… ¿cómo es que se llama? —obedeciendo a una intuición ominosa, convencido de que el otro oculta información, Romeu finge estupidez.

—El Hombre que Sabe anda bien. El chico, no.

—¿Se refiere a Carrión?

—Sí. Anoche mismo se colgó… en su pieza, ¿sabe? Tendría ganas de volver al otro lado, ¿no cree?

—No. No creo —y no agrega otro comentario.

El camino hasta la casa en que les espera Reclús se hace por asfaltos destrozados, sorteando charcos inmundos y grupos de adolescentes mal encarados, de los que trasciende una violencia angustiosa: acurrucado en el suelo, junto a una casilla de lata abandonada, tal vez un puesto de periódicos en épocas más afortunadas, devorado ahora por el orín y la intemperie, un hombre de edad incierta duerme sobre papeles: diarios viejos y afiches

arrancados de muros en ruinas: dan un rodeo los dos visitantes para eludir el tufo agrio y el mosquerío que inundan el sueño alcohólico del desgraciado, en una fuga elemental de lo obvio:

—Es por allá —Estrada señala la calle siguiente, distrayendo a Romeu de su contemplación culpable

lo que fue jardín es ahora selva menuda, jauría vegetal en demorada conquista de la obra humana: se abalanza desordenada sobre los bordes del sendero de grava y estorba los hombros de quienes la bollan en su paso hacia la casa, el cobertizo o la cochera, aislada esta de la calle por un árbol desarraigado, carbonizado por el rayo, que nadie ha intentado mover y en el que parasitan decenas de especies feroces, invasoras: Estrada precede a Romeu hasta un claro lleno de fango que separa el follaje hirsuto de la construcción principal:

—Ahí —indica: él se dirige a la cochera, dejando solo al visitante.

Las pisadas de Romeu sobre el suelo pegajoso sacan a Reclús a la puerta: aguarda de pie en el vano, alto, el enorme bigote resto solitario del rostro pasado, la greña brusca mal disimulando la edad, brazos largos tendidos hacia el recién llegado, en una efusión que este acepta por pena, dolor de sí, imperiosa nostalgia:

—¡Cómo me gustaría verte! —lamenta Reclús desde el abrazo—. Pero te toco… ¡tenés todo el pelo, che!

—He conservado algo más que el pelo —apunta Romeu, liberándose de la húmeda proximidad del otro con la excusa de una silla. Sobre la mesa, una botella de ginebra y vasos:

—Bueno, bueno… volvió el gallego. Juancito, en casa.

—De visita, por unos días.

—Nadie te pide más.

También este: este es el peor, piensa Romeu: ¿qué cara? ¿de qué moneda?: muerto me quiere ver:

—Me has llamado, Reclús. Por eso estoy aquí

—Y por Bianca, ¿no?

—Ese no es asunto tuyo.

—No te pongás duro, Juancito. Todos tus asuntos son mis asuntos. Yo te quiero mucho, ¿sabés? Además, no le gritës a un

ciego: los ciegos somos muy poderosos: sabemos todo: tenemos don: la profecía tenemos, ché.

—Como Trofonio, Reclús. Tus profecías han de ser como las de Trofonio, que se cargaba la sonrisa de la gente cada vez que abría la boca.

—¿Y dónde auguraba, ese?

—En Livadia.

—Justo: Yalta.

—Parece inevitable: la ignorancia siempre te precipita en la política. Hay otro lugar con el mismo nombre, en las afueras de Atenas.

—Mejor: un oráculo griego, entonces.

—Déjalo correr, Reclús, y vamos a lo nuestro. ¿Vale?

—¿Y qué es lo nuestro?

—Arellano, imagino.

—Ah, sí, tenés razón: Arellano.

—¿Quién le asesinó?

—Nosotros no fuimos. Por nosotros, tenías que hacerlo vos, y vos rajaste…

—De vosotros, tanto como de los otros.

—Sí, sí, si no te digo que no. Es que las condiciones objetivas, como sabés…

—Deja de joder con las condiciones objetivas, tío, y suelta tu parte —Romeu se ha levantado de un salto y coge por las solapas a Reclús: el perro del ciego ha dejado su rincón y gruñe en espera de una señal: entra Estrada con café y tazas en una bandeja que deposita parsimoniosamente junto a la ginebra y los vasos:

—Me tenés bronca, gallego —triste, Reclús, como inocente: Romeu le deja y vuelve a sentarse: Estrada sale, prescindente respecto de lo que acaba de ver—. No me lo merezco, che —sacudiéndose la ropa, alisándose las solapas de la chaqueta raída.

—Vale. Mejor nos serenamos y conversamos con toda la sinceridad de que seamos capaces, vistas las circunstancias. Yo he traído preguntas, y quiero que me las respondas antes de seguir adelante.

—Si puedo…

—Puedes. Empecemos: ¿por qué, si condenasteis a muerte a Arellano y le ejecutasteis, no habéis hecho lo mismo conmigo?

¿trato de favor del tribunal popular?

—La verdad, la verdad, a él no lo condenó el tribunal: lo condenaron algunos miembros de la dirección. Como vos no quisiste obedecer, después revisaron el caso y los perdonaron a los dos. Pero Miguel ya estaba muerto…

—Falso de toda falsedad, Reclús. Así, no llegaremos a nada. Solo un completo gilipollas podría tragar eso del perdón. El tribunal, la dirección, o como prefieras llamar a esa pandilla de inspirados carniceros, jamás perdonó a nadie. Prueba a contármelo de otro modo, para que yo entienda por qué me has hecho venir: no ha sido para darme una oportunidad de venganza, y quiero creer que no ha sido solo para matarme.

—Acá, nadie te va a matar. Lo de la venganza es otra historia. Mirá: a Barcelona fueron dos tipos: uno se llamaba Sciacca: vos lo conocías con otro nombre: César: nombre de guerra: el otro era un tal Schlemihl, un alemán: fue el que apretó el gatillo: vos te habías ido y nosotros no habíamos tenido tiempo de reemplazarte, ¿entendés?: no eran nuestros, no los mandamos nosotros.

—¿Y quién les envió? El ejército no fue: el ejército todavía no se ocupaba del exterior por aquellas fechas.

—No, no: otra organización, o algún sector descontrolado de la nuestra… César no era un enemigo, era un militante…

—¿Qué fue de él?

—Acabó mal… uno le había visto la geta en una operación. No pararon, no pararon, y lo agarraron… al final, lo agarraron, y acabó mal: lo fueron recortando, despacito, despacito: tres meses tardaron: hoy una mano, mañana un brazo, un pie, una pierna… en vivo, ¿sabés? Y cauterizado. Igual se gangrenaba, al último: era el tronco solo, y la cabeza, como una bolsa —el ciego se entusiasma, muequea—, ¿te imaginás, un tipo sin nada? Se le desangró al que le cortó la lengua: los ojos se los dejaron… —y se pasa los dedos por los pómulos.

—¿Y cómo te ha llegado a ti esto?

—Había un compañero ahí, en el campo donde estaba, y nos lo contó.

—Uno que escapó…

—No, no: no era un detenido. El compañero que teníamos en ese sitio era un infiltrado, trabajaba con ellos, era un colaborador y nos

pasaba información.

—¿Contribuyó a recortarlo, el compañero?

—Y… no podía negarse: iban a sospechar, si no.

—Ya, ya… ¿y qué sabes de Schlemihl?

—Lo que te dije: fue él. Ahora le conocemos los pasos, qué hace, por dónde se mueve, que tiene amante, esas cosas, ¿no?

—Quizá. Ahora bien: si no les enviasteis vosotros a Barcelona, ¿cómo es que estás tan seguro de que fueron ellos? —acosa Romeu.

—¿Esperás que te diga que sí fuimos nosotros? ¿Eso esperás? Te lo digo: fuimos nosotros. Compañeros del ejecutivo. Desviacionistas, eso sí; y lo hicieron sin que los demás lo supiéramos: eso también. Después los juzgamos, y se les hizo una fuerte autocrítica, y lo confesaron todo…

—Les condenaron, claro…

—Claro, claro —el perro se ha acercado y yace junto al amo, con las orejas tiesas—. Los fusilamos.

—¿Y por qué no cogéis al alemán y le fusiláis también?

—Ya no tenemos personal para eso, Juancito. Contamos con vos.

—¿Y cómo acabaréis conmigo luego?

—Después te vas, tranquilo, nadie piensa matarte, acá.

—Pero alguien dispara sobre mí. Y alguien me observa.

—Nosotros no.

Es el momento en que, desde la habitación contigua, entra la Encerrada: la diáfana desnudez de la mujer sorprende a Romeu: ella esboza un saludo con la mano, él se pone en pie:

—Este —señala a Reclús— te nombra mucho, pero no le gustás: de veras, no le gustás nada…

—No hablés al pedo, ¿querés? —la interrumpe Reclús, sobresaltado.

—No seás cagón, cieguito: tu amigo no te va a hacer nada, yo te cuido. Y, aunque te duela, te digo que él ya lo sabe —y se dirige a Romeu para confirmar—: ¿verdad que lo sabés?

—Si te refieres al hecho de que no le caigo bien, lo sé. Sobre lo demás, tengo ciertas dudas.

—No tenés que dudar: van a matarte, viejo. Y a mí me parece bien, ¿sabés? Que te maten: si no te mata el que te tiene que matar, te voy a matar yo: voy a pinchar una foto tuya, voy a pincharte, de lejos, vos no me vas a ver, no te vas a dar cuenta, pero te vas a

morir —la voz rabiosa conmueve, convence y repugna a Romeu: tiempo difícil viene: estos no son luchadores vencidos, piensa: estos, piensa, fueron siempre los mismos hijos de puta—. No te olvidés, ¿eh? —recomienda ella antes de darle la clara espalda y marcharse por donde ha venido.

—Está piantada, esta —zalamea Reclús—. Anda diciendo gansadas todo el día, haciéndose la bruja. No le hagás caso, vos —tranquilizador, enfocando una sonrisa a ninguna parte, a una amenaza probable.

—Loca. Pero dice la verdad.

—¿Dónde viste vos una hembra que diga la verdad? Mienten. Mienten con la cara, mienten con la piel, mienten con las manos. Y las reventadas como esta, son las peores. Las bañás, las disfrazás, las componés, las perfumás para que huelan a burguesa, que es como oler a puta pero más fino, les arreglás la costra, y no duran nada: al rato les sale la mugre de abajo, de adentro: sudan basura como las cañerías viejas, y se les cae el revoque a la primera, podrido.

—Estás lleno de desprecio —acusa Romeu, dolido por no haber encontrado un héroe vencido, un héroe equivocado: por haber encontrado un sujeto oscuro y odioso, que jamás fue un héroe.

—No es desprecio, Juancito. ¿Cómo la voy a despreciar si la hice yo? Me gustaba más cuando veía. Porque así, en pelotas, como la hago estar, es una linda película, ¿sabés? Sí, sabés, vos la viste. Pero es como todas mis obras: un fracaso desde el primer día. Limpita por afuera, te calienta corno una declaración de principios: la declaración de principios te promete la revolución, ¿no? Y un tiempo tira… solo un tiempo. Después, la revolución no viene, empezás a ver lo que pasa, ella dice que sí, que sos el mejor macho del mundo, pero no es más que el maquillaje, la voz: está fría como un pescado frío, es pura alharaca, vos lo sentís, y gritás, gritás los gritos de ella, y después te pones violento, querés pegarle, estrangularla, para que te reconozca, para que reconozca tu cuerpo, para que tenga angustia por vos: como la revolución, gallego, como la revolución: buscás el orden en el desorden, buscás que otro se caliente con la declaración de principios: si no se calienta, lo matás: y cuando mataste a unos cuantos, ese es el orden: a ella, cuando le pegaste tres o cuatro veces, le seguís pegando: te calentás solo, para seguir pegándole: y ella más helada que nunca, encima te toma asco

—Reclús pierde definitivamente la calma, se pasea por el lugar, pasos medidos, pasos repetidos, con conocimiento exacto del espacio—: hija de puta —chilla—: hija de puta: encima te toma asco: te tiene miedo, porque le pegás, y te tiene asco: todo se convierte en una mierda: lo único que le pedías era que gozara, pero lo más que conseguís es que se deje, que te deje acabar a vos: le matás los piojos, la limpiás, y ella no agradece, ¿te das cuenta?

—Sí —dice Romeu, únicamente para que el otro recuerde su presencia: el discurso no le incluye.

—¿Sí? —Reclús se ha detenido, se ha apoyado en la mesa, de pie, y es como si le mirara a los ojos—, ¿de veras? ¿Te das cuenta? ¿Entendés cómo me desespero? Placer querés darle, y ella, nada. Como los otros: placer querés darles, hacés la revolución por ellos, para ellos, te calentás vos declarando los principios del placer de ellos, de la revolución de ellos, y al final les pegás, los matás, y ellos siempre fríos: somos eso, Juancito, amantes despechados: y la puta, la muy puta, te manda los matones para que te aparten: el ejército, las alcahuetas: puta porque quiere seguir siendo puta: no hay que hacerle la revolución a nadie. A nadie. Que se queden ahí. Que se jodan.

Y el agobiante silencio que sobreviene está lleno de viejo cansancio, de rencor vano.

—Las condiciones objetivas, que le dicen —entresonríe al fin Reclús—. Nos cagaron, viejo.

—No tengas pena —dice Romeu, sin intención de consolar al otro, valiéndose del instante de bondad que siempre acarrean las culpas muy grandes—. No tengas pena, chico, y sé sincero conmigo.

—Confieso, gallego: te van a matar. No yo: yo no haría una cosa así: sos mi amigo. Ellos te van a matar: la máquina. Y no tengo forma de pararla —miente, mezquino, complaciéndose en su propio minúsculo poder, en su dominio sobre la vida de Romeu—. Tenés que cuidarte, tenés que defenderte —y entonces concluye, satisfecho, que va a caer más de uno, y añade a los consejos una afirmación—: ese tipo no te espera. Schlemihl, digo. No te espera.

—Él también está en la máquina, por lo que veo.

—Algo así. Pero no te hagás problema: mátalo tranquilo, vos: es culpable.

—¿Quién lo ha dicho?

—El tribunal popular. Nosotros.

—La máquina.

—Solo una parte de la máquina.

—Y como no ejecuté a Miguel, ahora debo ejecutar a este tío.

—Eso.

—No importa la fe: queda la liturgia. La liturgia es lo verdaderamente sagrado.

—Siempre pensaste demasiado, gallego. Los demás no piensan tanto como vos.

—Por eso estoy vivo, Reclús.

—Puede ser.

En ese momento aparece Estrada en la puerta de la habitación, con un paquete en la mano. Sin volverse, Reclús pregunta al hombre:

—¿Lo tenés ahí?

—Acá está. ¿Lo desenvuelvo?

—Mejor sí —a Estrada—. Es para vos —a Romeu.

Deshecho el envoltorio, aparece un revólver. Un arma escasa, casi inútil, que Romeu acepta sin convicción: un .22 corto, cromado, de escaparate de tienda de juguetes, cargado, y una bolsita de plástico transparente con seis balas más: ridículo, piensa Romeu, pero se lo pone en el bolsillo derecho de la chaqueta.

—El tipo, el alemán, va los domingos a cazar. Siempre para en el mismo sitio. Un pueblo a medio construir, o a medio demoler, no sé: un pueblo abandonado, donde habían empezado a levantar casas para turistas. El administrador es el único que vive allá: es un compañero, te espera. Salinas Viejas se llama el lugar, cerca de Bahía Blanca es.

—Dentro de siete días —dice Romeu, dando cita al enemigo—. Allí estaré, no lo dudéis —plural obvio.

Se pone de pie, dispuesto a marcharse.

—Acá, el amigo Estrada te acompaña a la estación. Dame un abrazo, gallego. De despedida. A lo mejor, no nos vemos más.

Eso querrías tú, cabrón, piensa Romeu mientras el tufo vinagroso de Reclús se le mete por las narices, nubla el gesto.

—Adeu, decís vos, ¿no? —desde la puerta, Reclús.

—Chau —desde el claro enfangado del frente de la casa, antes de meterse en el furioso jardín, Romeu.

famélicos canes acompañan el juego brutal de los muchachos que, dos horas atrás, miraron pasar a Romeu y a Estrada, desconcertantes intrusos para los que no tenían dispuesta una infamia: ahora se descargan sobre el dormido, el borracho, el hambreado maloliente que, en un pantano de añorado descanso, yace sin retorno: empapados ya los papeles sobre los cuales se ha echado, un mozo alto y sin carnes vuelca ahora el bidón de gasolina sobre las ropas grasientas de la víctima: Romeu y Estrada se acercan en el momento en que otros dos arrojan cerillas sobre el montón húmedo: nervudo y moreno el que se desprende del grupo con un gran cuchillo en la diestra y les enfrenta, a unos quince metros: el caído despierta en aúllo gélido, se alza como una luz sin norte y escapa de sí, garganta en límite, hacia un adelante que no existe, en busca del aire amplio de la calle: el chico del cuchillo ha dado tres pasos en dirección a Romeu, con la hoja avanzada en punta: vencido por el fuego, ahogado, loco, el hombre da contra el asfalto en el mismo instante en que Romeu dispara contra el que se le ha abalanzado: los habitantes de la escena, Estrada con ellos, desaparecen en unos segundos, tras el sonido del arma: Romeu queda solo con el cuerpo, tendido sobre la calzada, del que ha tratado su muerte, y la brasa fétida del vagabundo: sigue su camino sin detenerse, sin que nadie se le cruce: próximo ya a la estación, a la zona que sabe más poblada, saca del bolsillo el revólver, lo considera y acaba por tirarlo lejos: golpea en el bordillo de la acera opuesta y encalla, reflejando el sol, en medio de un charco turbio: otro cadáver, otro inútil, un reverbero mudo y olvidable: «el tribunal popular: nosotros», escucha Romeu, como si leyera, como si lo leyera una vez y otra y otra: «el tribunal popular: nosotros», reiterativo, el tren hacia Buenos Aires: «siempre pensaste demasiado»: «por eso estoy vivo»: y desarmado, en un viaje largo, sin recursos: hay que visitar al ruso, piensa

12. *La casa*

(7 de abril, 1986)

> *No sé mucho de casas, sé que tienen su linaje, nada más.*
>
> GIORGOS SEFERIS, *El «Zorzal»*

un día caluroso, ambiguo, se estira, posterga su propio fin en un pegoteo de horas insensatas, mientras el barrio apartado se hunde en desasosegado silencio de atardecer: Romeu mete la enorme llave en la cerradura vana y la hace girar dos veces: el portón de madera gruesa, barniz perdido, cede a regañadientes: inútil tratar de dar luz: nadie paga las cuentas de la casa desde hace mucho: mejor dejar abierto, ir a por la claridad de las ventanas, el sol del patio: ratas corren hacia escondites en los muros, espantadas, la parte más notoria de un ejército de habitantes del abandono, del polvo, de la ausencia:

—Jamás hubiese regresado a esta casa, de no imponérmelo tú —confirma Romeu, contemplando esa ruina que le pertenece—. Aquí murió mi madre. Senil, como una cabra, discutiendo a gritos con todos los muertos de la familia, en catalán, de cosas de antes de la guerra. Los médicos no la entendían y le daban más somníferos.

(Madre, madre: ¿por qué llegó a serme tan fácil la muerte?)

—Si pensás despedirte de veras de Buenos Aires, tenés que despedirte de veras de esta casa. Si no, te vas a pasar la vida lleno de fantasmas y al final vas a volver —psicoanaliza Bianca con convicción.

(¿O es que me era difícil la vida?)

—Mira: lo mejor que podría hacer con estas paredes es

venderlas, y no tendré tiempo: no me lo permitirán. De modo que lo más adecuado es callar y dejarlo correr. Vamos a dar un paseo, a ver qué ha quedado.

El patio, lleno de escombros y hojas secas de plantas que en su momento carecieron del cuidado necesario y verdes hilos de una vegetación inhumana que ha prosperado entre la mugre y las lluvias escasas, acepta el último resplandor de la jornada.

(Alguien cantaba aquí.)

—Toda esa loza cruzó el mar para llegar hasta aquí —explica Romeu ante la alacena abierta de la cocina: son los platos, las ollas imperturbables que albergaron el alimento de tres generaciones, primero en Gerona, en la Argentina más tarde—. Si no fuese yo tan cobarde, acabaría de una vez con toda esta cacharrería, de un golpe. Pero la entrego al tiempo.

Es con la sensación de invadir una vivienda ajena que Romeu recorre el comedor, se asoma al trastero, se queda mirando la cama en el dormitorio que fuera de sus padres, los retratos de los abuelos colgados en la sala del frente. Solo le resulta propia, íntima, la biblioteca, con el sofá en que pasó sus noches finales en el lugar:

—«La biblioteca casera apuntaló la familia» —cita.

—¿Y eso? —quiere saber Bianca.

—Lezama Lima: mira, en esos libros encontré a Joan Romeu, Juancito, el gallego: el que yo quería ser.

—¿El que fuiste? ¿El que sos?

—Únicamente en parte. Aspiraba a más: genio, santo o héroe: la trinidad del superhombre. Y hasta allí no he llegado, eso he de reconocerlo.

—Pero no te despreciás, ¿no? No sos un fracasado.

—Siempre se está al borde de serlo, Bianca. Pero hoy no me siento así.

Romeu repasa los títulos de los libros que están fuera de los estantes, formando una pila junto a la cama, seguramente las lecturas que acompañaron los días últimos, los del gran miedo, los de la gran indecisión: *Hacedor de estrellas, Señas de identidad, El juguete rabioso, Los conquistadores*: es entre las páginas de este que aguarda, doblado, amarillo, el papel:

—«… no haber sentido con nadie la confianza, la intimidad que tuve a tu lado, la certeza de que el otro es carne de nuestra carne,

memoria partida donde el otro, vos, tiene la mitad que nos falta…» —lee Romeu en voz alta, interrumpiéndose para mirar los ojos de Bianca— «tu complicidad, tu cuidado, tu generosidad, tu delicadeza al tratarme, todo lo que me diste de calmante y reparador…».

—¿Sara? —aventura la mujer, incómoda.

—Sara es absolutamente incapaz de escribir algo así. Y ya lo era entonces. Esta es la carta de despedida de otra persona, de alguien a quien yo quería mucho…

—Y que te quería a vos, y te quería en serio, gallego. ¿Quién era?

—Tú —y le tiende la hoja llena de letras de la muchacha que ella fue, dulce y sentimental.

—¿Es posible que no me recuerde? ¿que me haya olvidado tanto? —lágrimas menudas, cruda desazón de Bianca—. Decime, decime vos cómo era, qué me pasó…

Lágrimas menudas en los labios de los dos cuando él se le acerca, le rodea los hombros en un abrazo con dolor, la besa: sal en las lenguas de los dos cuando hacen el amor en el lecho del adolescente muerto de error, de gratuita espera, de científica utopía

cruza el patio, dando por supuesta la pura ficción que han de ser los grifos, y entra en el lavabo: no hay agua, en efecto, pero hay un espejo: el mismo que toleró su timidez en inicial y sangriento afeitarse, el mismo que toleró alcohólicas palideces poco después: Romeu se sienta sobre la tapa agrietada del retrete: está desnudo, como desnudo se presenta Arellano, con el agujero en la frente:

—¿Valía la pena, Miguel? —pregunta, triste, Romeu.

—Tal vez no. Pero no te has de dejar ganar ahora por la desilusión, que verás cosas gordas todavía.

—¿Y ella? ¿Has visto cuánto sufre?

—Querrá marchar contigo, Joan. Eso la pagará por todo. Por la revolución también.

—Si es que yo llego. Reclús, o el que le mande, viene a por mí.

—A fuego lento. En espiral. Quiere tanta venganza el muy cabrón, que hará tarde. Quiere venganza de mí aún.

—No estés tan seguro de que no lo consiga.

—Nada consiguen nunca, esos. Y tú tienes que vivir más.

Está lleno de preguntas, Romeu, lleno de dudas: pero su interlocutor parte sin darle ocasión a formularlas

regresa donde Bianca, que ya se ha vestido.

—A tu piso, chica. Aquí no hay una gota de nada que sirva para lavarse —mientras se pone la camisa.

—Juancito, ¿te defraudé? Porque vos esperabas a la otra, ¿no? A la de la carta. Y esa ya no existe. No sé cómo fue, no me di cuenta, pero no está más, de veras.

—Bianca: yo no esperaba a la de la carta, ni te esperaba a ti. Había dejado la carta aquí, no la recordaba, y con la carta había dejado a la mujer que la escribió. Al encontrarte, no te conocía: ni tú me conocías a mí. Hace cuatro días, reflejabas lo mejor de mi memoria, todo lo que alguna vez amé aquí. Y algo semejante te ocurrió a ti. Ahora hay más, pero entre nosotros, los de ahora. De no habernos reunido el azar, ni siquiera hubiese regresado a esta habitación.

—Vos decías siempre que el azar era la razón de los ignorantes.

—Y es lo que somos, chica: unos ignorantes. Unos pobres ignorantes. Como que nos van a asesinar y no sabemos quién, cuándo, para qué…

—Entonces, la teoría…

—Demasiado cara nos ha costado la praxis, compañerita.

—Eso sí.

—Tú misma, pues.

Y retira la llave colosal de su ojo chirriante y echa a andar sin devolverla al bolsillo: caminan callados, doscientos, trescientos metros: de pronto, sin vacilación aparente, como ha hecho ayer con el revólver de Reclús, Romeu arroja el pesado trozo de metal al centro de la calzada desierta:

—A tomar por culo —dice, resuelto.

—¿La llave? —no sin ingenuidad, Bianca.

—Y todo lo que cierra, que bien cerrado está.

13. *Los viejos amigos*

(8 de abril, 1986)

Estoy llevando una vida tranquila

L. FERLINGHETTI, *Autobiografía*

el martes devuelve a Bianca a sus cosas, al despacho de la calle Montevideo en que dos abogados fraguan libertades más o menos condicionales, más o menos bajo palabra: Romeu despierta bien entrada la mañana: se ducha y se afeita en un silencio extraño, ajeno: se mueve por esa casa, que la mujer quiere amparo para él, como una visita tímida: a las once, sale, coge un taxi y se hace conducir al Hotel Bauen, donde aún se halla registrado:

—Lo llamó un señor Reclús —le informa el empleado de la recepción al entregarle la llave.

—Gracias —responde Romeu.

Señor, piensa: hace tiempo que Reclús dejó de ser señor, si es que lo fue alguna vez: ¿para qué coño me llamará aquí? ¿para qué coño me llamará? ¿o es que verdaderamente no sabe de la misa la mitad?, se inquieta sin sentido.

Arriba, en la habitación, rebusca entre sus ropas hasta dar con una antigua y sobada guía Peuser de Buenos Aires: comprueba en ella una serie de números apuntados a mano en distintas páginas y se la echa al bolsillo: a pesar de que aún hace calor, coge una gabardina: lo demás, por el momento, quedará allí: al salir, pone al día su cuenta y paga por adelantado dos semanas:

—He de viajar al interior —explica al joven que le atiende—.

Quizá regrese, quizá no regrese en unos días. En cualquier caso, por favor, guárdeme la correspondencia —nadie le escribirá, pero elige fingir lo contrario, en ejercicio de una práctica dada de lado hace mucho.

Sube andando por la calle Sarmiento hasta dejar atrás Pueyrredón: en Ecuador, gira a la derecha y recorre aún una manzana: la tienda que busca sigue abierta y una mirada al escaparate le demuestra que quien atiende es el mismo hombre de otros días: espera a que el cliente que está comprando se marche y solo después entra él: en el interior del local, ventiladores, neveras, lavadoras, radios, aparatos de vivir de todas las dimensiones y colores: el individuo grueso, calvo, que le ha visto a través del cristal antes de que empujara la puerta, le tiende una mano y una sonrisa:

—Lo daba por muerto —asegura, a modo de saludo.

—Estoy acostumbrado —responde Romeu, estrechando los dedos romos del otro—. ¿La familia?

—Pasó lo peor y estamos todos.

—Eso merece un brindis.

—Efectivamente. No son muchos los que pueden decirlo.

—¿Sigue usted en el oficio? —a quemarropa, Romeu—. He venido como amigo, pero también como cliente.

—No me diga que la joda empieza de nuevo.

—Tranquilícese, Perelman. Esto es personal. Ya no represento al pueblo.

Los dos hombres se han estado mirando a los ojos: la carcajada asombra a la mujer que acaba de entrar, tanto como el abrazo que la prolonga.

—Pase, Juancito —dice al fin el comerciante—. Espéreme en la oficina, que atiendo a la señora y nos vamos a almorzar.

Comen en un restaurante barato de la calle Valentín Gómez: conversan acomodando las peores historias de los años negros a un reír inteligente que no les resta dignidad ni les obliga a renegar del pasado: solo al regreso, en el despacho de Perelman, hablan del presente:

—¿Qué necesita, gallego?

—Un arsenal completo, ahora. En dos o tres días, quizá, algo más.

—Armas largas y granadas, sí. Coches, difícil.

—No se preocupe. Para el transporte, ya me hago.

—Muy bien. ¿Cuándo?

—Ya.

—Venga —y guía a Romeu hacia el fondo de la tienda: suben por una escalera de mano a una plataforma mal disimulada por el cielorraso bajo de la rebotica: decenas de paquetes iguales se amontonan junto a una pared:

—Elija: en cada uno hay un FAL desmontado, dos pistolas, dos granadas: ¿le sirve el surtido?

—¿Y usted se ha pasado todo este tiempo con esto aquí dentro? —admira Romeu.

—¿Y qué quería que hiciera? ¿Cómo lo iba a sacar? Además, mire: está mejor acá. Le puede venir bien a los amigos. Como en este país nunca se sabe…

—¿A cuánto el lote?

—Nada. Cero. Un obsequio de la casa. Yo lo heredé. No me pregunte de quién: de alguien que está muerto. A usted no le voy a cobrar, ¿no?

—Se lo agradezco. Me quedo un lote. Tal vez, en una semana venga a por más, ¿vale?

—Gallego —repentinamente grave, Perelman—. No se la juegue al pedo…

—Amigo mío: si no termino con ellos, no me dejarán vivir. Es un final: no el que yo hubiese preferido, ni el que usted hubiese preferido, pero es el final que hay: no tengo elección: he venido a matar a un hombre: no sé a cuál, esto no se lo he dicho a nadie: aún ignoro a quién debo matar: si no lo hago, me matará a mí: estoy en Buenos Aires para encontrarle y disparar primero, en la medida de lo posible: en Barcelona no tenía ni siquiera esta esperanza: me mandaban al otro barrio sin darme ocasión de hacer nada: ellos eligieron este terreno, y yo acepté: mejor buscar al que da las órdenes que dejarse hacer por el mandado.

—Entiendo: disculpemé: había pensado que estaba boludo, usted: pero tiene razón. Llevesé lo que quiera.

—Perelman —otra vez mirando al hombre en los ojos, en busca de un humor que constituye el más sólido lazo entre ellos.

—Sí.

—¿No tendría una bolsita? —esta vez la carcajada cómplice es una despedida.

En la esquina, Romeu detiene un taxi, acomoda la caja sobre el asiento posterior, a su lado, y da al chofer las señas de Bianca: el piso está solo: ella aún no ha regresado, y él pone el paquete en el armario empotrado del recibidor, tras paraguas y otros objetos de poco uso: cuando llega, Romeu le propone cenar en un restaurante del centro, sin mencionar su partida hacia Salinas Viejas, que ya ha fijado para el viernes

con la excusa de la carne, se sientan a tomar vino en un asador de la calle Lavalle y se distraen hablando del país, de la cocina, de las comidas del campo: las diez de la noche les llevan hacia el río por la calzada peatonal, ahora sombría:

—¿Se acuestan más temprano los porteños, Bianca?

—Y no tienen plata, gallego. ¿Te acordás qué lindo era esto, lleno de luces y gente toda la noche?

—Sí, lo recuerdo. ¿No seríamos nosotros, que ya no estamos?

—A lo mejor. A lo mejor éramos solo nosotros.

—Vamos a tomar café en la Richmond —propone Romeu, nostálgico, cuando llegan a Florida: piensa en un local animado, claro, ruidoso, distinto del que es en realidad.

—Vamos. Yo siempre lo evito, pero con vos es distinto.

—¿Y por qué lo evitas?

—Paran tipos que no me gustan.

—¿Por ejemplo?

—Longhi, el juez. O Reboratti, el pelirrojo, el colorado Reboratti, un raro, nunca supe bien en qué andaba…

—En lo mismo que nosotros, creo. Yo le conocí mucho en la adolescencia: íbamos al mismo colegio. Después le fui viendo: en el Partido, cuando estábamos en el Partido, en la universidad…

—En todas partes, ¿no? Por eso no me gusta…

El café Richmond, la Richmond, confitería, es un espacio inmenso, vacío, en penumbra. En el fondo, un hombre barre y acomoda las sillas:

—¿Cierran? —pregunta Romeu a un camarero.

—A las doce. Pueden sentarse. Estamos limpiando para terminar

antes, porque no hay mesas que atender. Aprovechamos, ¿sabe?

—Ya veo. ¿Ha ocurrido algo especial?

—No. Siempre es así. A las diez, por acá no queda nadie, se apaga todo, como si se muriera esta calle… Algún cliente viejo se hace su paradita antes de irse a dormir, pero no todos los días, no crea…

Piden café y ginebra.

—¿Viste? Si hubieran estado, teníamos que saludarlos. A vos te hubieran puesto de mal humor. Y a mí también. Por eso no vengo. Están siempre: los clientes viejos que dice el mozo.

—Pero no están.

—Mejor hablamos de otra cosa.

—No. Hablemos de eso, Bianca: a ti te preocupan mis encuentros desde mi discusión con Calibán, ¿no es así?

—Sí.

—Pues olvídalo. No volverá a suceder nada parecido. Soy consciente de lo que han representado estos años para ti, y de lo mucho que te ha costado no morir de soledad, ¿vale? —consuela Romeu.

—Si no es eso, gallego. Ahora no es eso lo que me inquieta. Es que tengo miedo. De todo el mundo. Me da miedo que te vean. Cualquiera puede ser el enemigo, ¿no?

—Encontrarle es lo mío, Bianca.

—Pero estamos juntos…

sueña con Reclús: está tendido sobre una mesa blanca, enlozada: una mesa para autopsias o algo semejante, vagamente siniestro: un hombre, cuyo rostro no alcanza a distinguir, se le aproxima: Reclús se sienta entonces en el borde del helado lecho, desnudo, tiritando, indefenso: «los ojos», dice el visitante: «acá»: tiende una mano, con la palma hacia arriba, imperativo: «no me pida eso, por favor», plañe Reclús, «no puedo»: «es una orden», recuerda el otro, «una orden, ¿entendés? ¿no serás un traidor, vos? ¿un desobediente? ¿no sos revolucionario? ¿o es mentira que sos revolucionario?»: acuciante, insistente, desesperante: Reclús se esfuerza por satisfacerle: se palpa las órbitas con las yemas, se rasguña los párpados, bastaría una presión que él es incapaz de hacer: «te los

voy a sacar yo, maricón», anuncia, decidido, el hombre sin rostro: con la izquierda, coge las pestañas del ojo derecho de Reclús y le vuelve el párpado superior con mérito de profesional: con la derecha, saca una cucharilla de café del bolsillo de la chaqueta y, en un solo movimiento circular, seguro, veloz, vacía la cuenca: repite la operación en el lado opuesto: la víctima ha permanecido inmóvil, sin un gesto, sin un suspiro: Romeu le ve sangrar, espera que caiga, necesita conocer la cara del verdugo: la escena se ha paralizado: el proyector ha dejado de girar y la persistencia de la lámpara en un mismo punto acaba por quemar el celuloide: despierta sudando, con la boca seca, y se sobresalta al percibir el cuerpo de Bianca junto al suyo: necesita regresar al sueño: el que ha cegado a Reclús es su enemigo último, el que da las órdenes, el que juzga, el tribunal popular que le ha condenado: pobre hijo de puta, piensa: no me lo diría nunca: esa bestia, ese minotauro, le ha reducido a la miseria más espantosa, pero es su única fidelidad: ¿cómo le llamará ahora? ¿revolución, todavía? ¿organización? ¿justicia?: pobre, piensa: jodidos tíos, piensa

—Es una trampa, Juan —concluyente, Blanca—. No sé por qué se les ocurrió hacerlo tan difícil, tan lejos, por qué no te liquidan acá, en Buenos Aires. No sé por qué hacen nada de lo que hacen, pero sí sé que ese pueblo es una trampa, que no vas a salir vivo de ahí: no vayás, gallego.

En la cocina del piso, bebiendo café negro, rumiando probabilidades: Romeu ya ha decidido: como tantas otras veces, irá: para eso ha regresado: para verlo todo, para averiguarlo todo: ha regresado en busca de un límite que no le fue dado conocer en su día: si es que hay un límite para ellos:

—¿Quiénes son ellos, Bianca? Hablas de gente, gente que hace cosas, que organiza trampas, que quiere matarme pero no actúa en consecuencia. Gente a la que no conozco, a la que no conoces: necesito verla, al menos por una vez, aunque sea lo último que haga.

—Va a ser lo último, gallego.

IV. Salinas Viejas

14. *Una despedida*

(11 de abril, 1986)

> *Lejos lejos como a un ciego me*
> *han llevado lejos*
>
> G. UNGARETTI, *La alegría*

«Bianca, Bianca», escribe Romeu, «si no vuelves a saber de mí», y rompe la página en que ha empezado por tercera vez una carta casi imposible: «si no regreso», «cuando leas estas líneas», «voy en busca de un hombre», todo descartado, inútil, sin continuación, fragmentos introductorios a un mensaje que no sabe formular, que no puede formular porque en él debería incluir todas las claves de su vida, explicar el sentido de sus actos más contradictorios, explicarse: «errores», apunta más tarde: «errores inconcebibles, prolongados y reiterados por la férrea estupidez humana más allá de todo límite lógico»

y después, en otra parte:

«¿Qué queríamos? ¿Qué coño queríamos entonces, Bianca? Qué queríamos para el mundo todos los que dimos en sublevarnos por aquellos días, los que tenemos hoy, más o menos, cuarenta años, esta generación desviada, asesinada, golpeada, destrozada. Nosotros sabíamos tantas cosas: no éramos como los niños del Imperio, tarados por la propaganda de la guerra fría, no buscábamos Paz, Dios ni Armonía Universal en el ácido ni en la hierba, no generábamos explosiones tranquilas para la bomba social de los regresados de Vietnam. Nada de eso. Lo nuestro era la lucidez.

Sabíamos. ¡Cuánto sabíamos! Teníamos aprendida la lección de 1936, éramos conscientes de la esencia del Estado Burgués, etcétera, etcétera. Nuestro camino no podía ser similar al de ellos, no: en eso, teníamos razón (únicamente en eso, Bianca). El nuestro era un camino oscuro, una huella trazada por los grandes revolucionarios. Y aquí empieza la cuestión. ¿Quiénes eran los grandes revolucionarios? Lenin, el presidente Mao, Stalin, el Che, Trosky, Perón, y también Dimitrov, Gramsci, Jean Moulin, Enrique Líster y Salvador Allende. Y Fidel. Y fósiles resurrectos: Martí, Bolívar, y el mismísimo Cristo, obrero, claro, guía de pueblos desposeídos, maestro en la redención de los hombres por sí propios, etcétera. Juntos y revueltos. ¡Cuánta ignorancia, Bianca, cuánta ignorancia! Coincidíamos, eso sí, en el objetivo último: la toma del poder, bastilla, palacio de invierno. ¿Y luego? ¿Coincidiría alguien con alguien en el uso y en el abuso del poder?».

y después, en otra parte:

«sola diferencia con los demás: que no di jamás una perra chica por Perón. Seguramente, no por claridad ideológica, sino por simple asociación. Él venía definido por su relación con el franquismo, por su acomodada vida en Madrid. Tal vez, de no haber estado Franco tan presente en mi vida, en la vida de los míos, hubiese sido víctima de las mismas ilusiones que los otros».

y después, en otra parte:

«Ahora sé. Sé qué ha sucedido, puedo proporcionar los detalles, decir cómo se produjo la gran confusión, coger cada hilo y mostrar todo su recorrido por la trama. A decir verdad, es lo que hago cada día, enseño historia, explico, para otros, pero, sobre todo, para mí mismo».

y, mucho más tarde:

«Nos engañaron, nos engañamos. Basta.

»Si regresé a Buenos Aires al cabo de tantos años, de tanta reflexión, no fue seguramente para vengar la muerte de mi amigo Arellano, tan cadáver ya.

»He regresado para perseguir a mis perseguidores, para que no me persigan ya más, para que ocupen su lugar de una vez por todas.

»He regresado en busca del trozo de mi vida que se me quedó

aquí a finales del setenta y cuatro, con el propósito de reunirme con él, conmigo, para llevármelo, o que me lleve, si pesa más que el resto».

y más tarde aún:

«Como se sabe, en la guerra no sobreviven los más aptos. Empiezan por salvarse los menos aptos: cojos, gibosos, ciegos, disminuidos mentales, ni siquiera llegan jamás al frente. Después, se salvan los más cobardes, los que rehúyen presentar batalla. Después, los jefes, aunque sean derrotados. Y así puedes seguir la cuenta.

»Aquí sobrevivieron, de un lado, del lado del poder constituido, del lado del ejército, del lado de la dictadura, la tortura, el dolor, los peores, los más malvados; del otro, del lado de los vencidos, del lado que una vez fue el nuestro, los mediocres, los que transmitían órdenes, no las daban ni las ejecutaban, solo las transmitían, los dirigentes que no dirigían pero dirigían, los que entraron en componendas, perdieron de vista el conjunto, el futuro, la sangre. La máquina —el término es de Reclús— está en condiciones de funcionar nuevamente en cualquier momento. De hecho, en cierta medida, no se ha detenido jamás del todo.

»¿Quién coño la controla, Bianca?

»¿Nadie?».

y en una página suelta:

«Quien, sin conocernos, leyese esto, tendría derecho a creerlo un texto político. Nosotros sabemos que es una carta de amor».

se hacen cuatro fotocopias de la carta y se coloca cada una en un sobre, las mismas señas en los cuatro, para echarlos en buzones distintos: sin remitente: antigua costumbre de Arellano, que, quince años atrás, reproducía sus misivas con papel carbón y despachaba un ejemplar cada día: «tiene que atravesar la barrera», decía: «mi palabra tiene que atravesar la barrera de la desidia, la ineptitud y el odio a la deriva de los empleados de correos»: «uno de estos», decía, «uno de estos papeles será perdonado por el azar negativo del subdesarrollo»: «botellas al mar»: así hará Romeu con sus notas de despedida para Bianca

en el Café La Academia de la avenida Callao, pone la dirección de Bianca en las cartas: que recuerde, la oficina postal de Plaza Once es la más cercana: son las doce, tiene tiempo por delante: vuelve a recorrer la calle Sarmiento, repite los pasos que días atrás le llevaron a la tienda de Perelman, pero en Pueyrredón tuerce a la izquierda: las indias coyas que venden ajos y limones en la entrada de la feria municipal miran algo remoto, situado más allá del vacío: en la esquina siguiente atraviesa la calzada y, ya al otro lado, comprueba en el cartel indicador una información que, proporcionada en su momento por Bianca, le ha parecido fantástica: Cangallo, la calle Cangallo, se llama ahora Teniente General Juan Domingo Perón, nombre que desborda todas las placas y obliga al diseñador a respetuosas y sibilinas abreviaturas: Perón, piensa: ganó su guerra, el tío, pero así, en el santoral, ya no asusta a nadie:

Romeu interrumpe la carrera de una mujer que se afana rumbo a Corrientes:

—Disculpe usted, señora —amable, ajeno, pregunta—. ¿Conoce usted la calle Cangallo?

—Es esta —sorprendida—. Pero ya no se llama así, ¿sabe? Ahora se llama así —y señala algo próximo al cielo—. Ya no es más Cangallo, señor —y se aleja.

—Gracias —alcanza a gritar Romeu antes de seguir hacia el edificio que tiene enfrente: compra el franqueo y, al salir, echa la primera carta en un buzón: regresando por Rivadavia, se deshace de las cuatro

compras de la hora de la siesta en la calle Florida: un grueso chaquetón de ante con forro de cordero, un par de botas, un saco de dormir, un cuchillo de monte: un taxi le lleva a casa de Bianca, de donde saldrá a las siete: sabe que la mujer llegará tarde, le quedan aún dos horas para volver a recoger las cosas que ha estado acumulando

el autobús le deja en Plaza Irlanda: oscurece y él anda hacia calles

laterales, calles en que sin duda han sucedido cosas horrorosas, pero que siempre parecen calmas: en una transversal, a veinte metros de la esquina en que se encuentra, ve un automóvil negro, de modelo reciente, en apariencia adecuado a sus necesidades: son las ocho, y todo está desierto: se acerca al vehículo, abre la puerta con una ganzúa y se sienta al volante: haciendo un puente, pone el motor en marcha sin que cuerpo o movimiento alguno le revelen peligro: no se detiene hasta dar con el edificio en que Bianca tiene su piso: aparca ante la entrada y sube: ella no ha regresado: mejor así, piensa: las explicaciones, si es que las hay, luego: y se retira con las armas, la ropa, el saco de dormir: deberá conducir durante toda la noche, unos setecientos kilómetros: para llegar a una hora prudente a Salinas Viejas: si es que hay una hora prudente para llegar allí, a la llanura, a la nada, a la visión de un hombre que le han puesto por enemigo, por víctima, por tentación: la visión de un espejo, posiblemente: un espejo poco respetuoso, con derrotas en el azogue, manchas del tiempo, señales de imágenes desaparecidas: Schlemihl: si existe

15. *El administrador*

(12 de abril, 1986)

Una parte tan grande de las guerras consiste en quedarse sentado sin hacer nada, esperando que llegue alguien.

G. Greene, *El americano impasible*

en Salinas Viejas ya es el invierno: un invierno de otras épocas, más ásperas y crudas por el propio desamparo de las gentes: el tiempo tarda más al avanzar sobre sal, y su lentitud es allí tan cruel como lo es su fugacidad en otros ámbitos: la tierra es de reverberos fríos, absurdamente llana, sin ocasión de cobijo: Romeu conduce por una carretera recta, que el viento cubre y descubre constantemente en sus paseos de arena: al final está el pueblo, dos hileras de esqueletos de hormigón que revelan a la vez una vieja intención de construir y un abandono sin remisión: la única calle prolonga la cinta de asfalto: a la derecha, antes de entrar en el terreno urbanizado, se alza una reja sola, oxidada, alabeada, que debió de corresponder alguna vez a un jardín, a un patio de habitación humana, ahora desaparecida, borrada, olvidada: una reja que nadie se ha molestado en arrancar y que señala una frontera: en ella se inicia la soledad, la pérdida, lo anónimo: junto a ella deja el coche Romeu: enfundado en el chaquetón de piel, agradece el escaso sol: en una mano, lleva un bolso con armas: en la otra, dentro del bolsillo, sostiene la pistola: está dispuesto a disparar: camina con pasos cortos, pegado a la línea que debería corresponder a los muros de la

izquierda, frentes de edificios jamás levantados: se protege, o cree protegerse, buscando la proximidad de las columnas de cemento que figuran fábrica delimitadora de espacios imaginarios

un hombre, al fondo de la calzada, sale de una casa, una casa pobre, poco más que una chabola de ladrillo hueco y techo de hojalata acanalada, una casa sin duda insuficiente en esos climas, pero más verdadera que todo el resto: el administrador, piensa Romeu al verle: se acerca, ya sin precauciones, convencido por la actitud del otro de la futilidad de sus recelos: es un tipo alto, moreno, que tiende una mano grande y fuerte con una sonrisa ladina en los ojos: viste vaqueros y un jersey espeso, prendas nuevas que en él conviven con unas raídas y tradicionales alpargatas de peón rural, y un poncho de vicuña que conoció mejores edades, pero que se mantiene eficaz:

—Fausto Rojas —se presenta.

—Joan Romeu —correspondiendo—. Usted ha de ser el administrador, aquí.

—Yo soy Rojas. Acá no hay un carajo que administrar. Usted es el gallego que tenía que venir. Vino.

—¿Me esperaba?

—Hace una semana. Me dijeron por la radio que iba a llegar. ¿Es… por algún negocio?

—El alemán.

—Mañana está acá.

—Como cada domingo.

—Eso. Hace dos domingos que viene.

—¿Solo dos?

—Claro. Dos. ¿Lo va a matar?

—Sí —la respuesta de Romeu es la que Rojas necesita: una afirmación sin matices.

—¿Y para eso lo mandan de Buenos Aires? Podía hacerlo yo. Con que me lo ordenaran…

También podían haberte ordenado que me pegaras un tiro a mí, y no lo hicieron, piensa Romeu. ¿Para qué coño habrán montado todo este número?

—Esto es personal, amigo mío —se apresura a explicar Romeu,

apañando las incoherencias de Reclús—. Un asunto entre él y yo. Algo muy viejo, ¿comprende?

—Siendo así…

—¿Es esa su casa? —Romeu señala la cabaña cubierta con placas metálicas: el otro se vuelve, contempla su endeble rincón y acaba por afirmar con la cabeza.

—No es linda, pero adentro está cómoda. Venga —y da dos pasos en dirección a la vivienda.

—Aguarde un momento —le detiene Romeu—. No voy a dormir con usted: no voy a dormir allí.

—¿Por qué?

—Digamos que prefiero la soledad, ¿vale?

—Como quiera.

—Dormiré en otro sitio.

—Allá —propone Rojas con el índice—. Ventanas no hay: agujeros, son: pero hay paredes: solo ahí hay paredes: ¿quiere ver?

—Vamos a verlo.

Rojas abre la marcha: es el más completo de los bloques: columnas en la planta baja, muros en la de encima, unos escalones pelados entre las dos: una abertura da al lado por el que ha llegado Romeu: se ve el coche, el principio de la calle: otra abertura, enfrentada a la primera, da a la habitación del administrador, a los últimos metros de pavimento rajado:

—Muy bien —acepta Romeu—. Aquí —y deja su equipaje en el suelo.

—¿Trajo algo más? Lo ayudo.

—No se preocupe por eso. Mejor prepare de comer. Ya me arreglo yo.

Bajan juntos: Rojas hacia su tapera, Romeu hacia el automóvil, se separan

regresa el visitante a su atalaya con un quinqué y el saco de dormir, los coloca junto al bolso y va en busca de su anfitrión: el olor del puchero que cuece le reconforta aun antes de alcanzar la casa: la puerta está abierta: el lugar es reducido, oscuro, sórdido: la fetidez, producto de humores acumulados, discute la inmensidad vacía que se extiende todo alrededor del tugurio: en una esquina, el receptor

de radio que acerca voces impensables: paralelo al muro, el lecho, una tarima de troncos desbastados cubiertos por un montón de pieles de función poco clara: en el centro, una mesa pequeña y dos taburetes rústicos: Rojas llena dos platos hondos con el contenido de la olla que cubre casi todo el fogón: dos de las tres hornallas alimentadas con gas envasado que descansan sobre una suerte de estante de estaño sujeto a la pared, junto a la entrada: encima de la mesa hay ya una botella de vino tinto corriente y dos vasos:

—Siéntese —Romeu obedece y él se inclina para seguir hablando con tono confianzudo—. ¿Vio toda esa pampa, ahí afuera?

—Sí —reconoce Romeu.

—Al pedo está. La comida me la tiran de un helicóptero. Los viernes. Yo no hago nada. No cultivo ni un cachito así de tierra.

—Mal podría.

—¿Por qué dice eso?

—Porque usted no es hombre de campo.

—No. Verdad, no soy.

—¿Le han castigado enviándole aquí?

—Justo.

—¿Qué hizo para merecerlo?

—Erré fiero, amigo. Hablé con un tipo con el que no tenía que hablar. Conté cosas que no tenía que contar. La cagué, ¿sabe? Es poco, mandarme acá. La revolución perdió mucho conmigo.

—¿Sí? ¿Quién le ha dicho eso?

—El tribunal, viejo: el tribunal. Un juicio me hicieron. El pueblo me lo hizo —y se sienta a comer: largos, espesos minutos de silencio.

—¿Cuánto hace de eso? —pregunta al fin Romeu.

—Año setenta y siete. Nueve hará. Y cuando ganemos, cuando Videla caiga y tomemos el poder, me van a meter preso, en una cárcel. Pero entonces pediré clemencia y el pueblo me dará clemencia y seré libre, seremos libres.

Ante los ojos de Romeu pasan imágenes de las Malvinas, el Papa, un ataúd ardiendo en medio de una manifestación, el rostro del presidente Alfonsín, una marcha de madres de desaparecidos: todas cosas que Rojas no ha visto, que ni siquiera sospecha:

—Rojas…

—¿Sí?

—¿Y si yo le dijese que Videla cayó hace mucho?

—¿Me toma por boludo, viejo? Yo tengo la radio, el jefe me lo cuenta todo… ¿Y va a venir usted, un extranjero, a hablarme de la realidad de mi país? ¿A mí, que estoy acá? Ni en broma…

El jefe.

—No se enfade. Le proponía un juego.

—Está bien. Lo perdono. Pero no haga chistes con esos asuntos, que son muy serios.

—Vale.

Sin una palabra más, terminan la botella de vino.

Romeu vela toda la noche, con las piernas metidas en el saco de dormir: ha montado el fusil ametrallador y lo ha dejado a un lado, en el suelo: apoya la espalda contra la pared que le separa de la calle: no ha encendido la lámpara de petróleo y la oscuridad es absoluta: un reflejo bien asentado le lleva a mirar la esfera luminosa del reloj cuando distingue, en el informe rumor del conjunto de las tinieblas, el ruido de un motor que se aproxima: son las tres y diez: se incorpora, coge el fusil y va hacia la abertura del muro que mira a la carretera: primero es la luz remota, luego un par de faros perfectamente definidos: el automóvil pasa sin detenerse por el lugar en que él ha estacionado el suyo, y va a clavar los frenos ante la vivienda de Rojas: Romeu cruza el recinto para ver lo que sucede al otro lado: dos hombres bajan del coche por las portezuelas delanteras y corren hacia la casa: la puerta cede, entran: Romeu se lanza escaleras abajo y recorre a toda velocidad la distancia hasta el vehículo momentáneamente abandonado de los recién llegados: se echa al suelo en el mismo instante en que los dos desconocidos salen de la habitación, y hace fuego: no sabe qué ha ocurrido en el interior de la tapera, no se han oído disparos, pero percibe la presencia de la muerte: a la tercera ráfaga, no queda a la vista nadie en pie: Romeu se levanta y se acerca a los cuerpos tendidos con el arma por delante, atento al menor movimiento: el mundo ha callado: el silencio es ahora entero: uno de los cadáveres yace boca arriba: vuelve el otro con la bota, sin dejar de apuntarle: caras que jamás ha visto antes: entra entonces en la casa del administrador: hay sangre en la cocinilla, en la madera de la puerta: manchas en

las fotografías de mujeres desnudas que decoran la pared, manchas en el piso arenoso: las pieles que hacen las veces de cama brillan de sangre: el torso de Rojas exhibe el mango de una daga clavada como una bandera: las manos están cerradas, crispadas, entre las piernas, como si el muerto hubiese querido defenderse de una castración probable: pero no venían a por los cojones, piensa Romeu: la cabeza del mozo, sola, como tantas otras que durante décadas fueron cortadas en esa misma llanura, mira a la nada desde debajo de la mesa: la radio, conectada, es fuente de sonidos confusos: Romeu la apaga con una ráfaga del FAL: luego, va a registrar el coche: en el tablero, el reloj marca las tres y media: en punto

16. *Una sociedad*

(13 de abril, 1986)

> *La revolución me parecía fácil, más que a vosotros, que veníais de lejos.*
>
> PAUL NIZAN, *La conspiración*

a las diez de la mañana, con una carabina recortada en la mano derecha y un cigarrillo en la otra, el hombre se detiene en la entrada de Salinas Viejas y mira la calle, considerando el sonido del aire, los vehículos estacionados, uno en cada extremo de la calzada, la falta de pruebas de presencia humana: de haber emboscados, ya habrían disparado sobre él: seguramente, el español no ha venido: otro anuncio de Reclús concluido en fracaso, ya casi una costumbre: pero Rojas, ¿dónde está Rojas, que no se deja ver?: un presentimiento frío le impulsa hacia la casa del administrador: cuando solo diez metros le separan del automóvil llegado durante la noche, oye la voz de Romeu, que ha aguardado en el refugio de la primera planta hasta ver las espaldas del visitante: ahora, ya en la calle, le apunta con el FAL, apoyándose en una columna de hormigón:

—Schlemihl, deje caer el arma y vuélvase —el alemán obedece: el sol tiembla por un instante en la culata de la pistola que lleva en el cinturón—: la otra también —atento a la orden de Romeu, la coge con la punta de los dedos y la echa al suelo, a un lado.

—Curioso —observa—. Curioso: yo venía a matarlo a usted.

Es un tipo alto, de pelo clarísimo y lacio, y piel maltratada por el viento áspero.

—Quien le envió contaba con la posibilidad de que yo le asesinase a usted —explica Romeu.

—¿No lo va a hacer?

—No, si usted no me obliga.

—No pienso obligarlo.

—Vale. Conversemos, pues. ¿Alemán o hijo de alemán? —pregunta decidida por la limpieza del acento del otro.

—Ni una cosa ni otra. Nací en Innsbruck, Austria. Pero me trajeron acá de muy pibe, de meses.

—Doble nacionalidad. Dos pasaportes, supongo.

—Ajá —con cansancio.

—¿Y por qué no se marchó cuando el merdé?

—Militancia. La revolución primero. ¿Y usted?

—Yo me marché. Ahora he regresado. La excusa era matarle a usted.

—¿Y la razón verdadera? Porque esa era la excusa…

—Ajuste de cuentas conmigo mismo. Fantasmas.

—¿Le resulta?

—Casi.

—Entonces, ¿no me va a matar?

—Depende.

—¿De qué?

—De usted —Romeu no aparta los ojos de los ojos del rubio, ni baja el fusil ametrallador: la curva posterior de la culata descansa contra su vientre—. ¿Solo militancia? ¿La revolución únicamente?

—Además, me sentía argentino. La patria. La revolución y la patria. El pueblo de la nación en armas. Todo eso. Creo que usted me entiende, ¿no?

—Sí. ¿Y ahora?

—Se acabó. Si queda algo de eso, yo no lo veo. Ahora hay otras cosas.

—Reclús mencionó una amante. ¿Se trata de ella?

—Se trata de ella: Berta.

—¿Y es el precio que le han puesto por mi vida?

—Acertó.

—De modo que podemos entendernos. Le estafan, Schlemihl. Usted hará su parte, pero ellos no se lo reconocerán jamás.

—Reclús…

—A tomar por culo Reclús: Reclús es un mandado. Venga —y por primera vez baja el arma, sabe que Schlemihl le escucha, que le va a seguir al interior de la casa del administrador y va a tratar de entender lo que busca decirle.

Schlemihl no abre la boca ante el espectáculo: la mucha sangre se está secando: fuera de la vivienda, sobre los cuerpos caídos, se afanan unas pocas moscas: los ojos de la cabeza de Rojas son dos hielos blancos: los dos hombres se apartan juntos del lugar: al llegar a donde quedaron la carabina y la pistola, Romeu indica:

—Recójalas. Vamos a necesitarlas.

Vuelve a hablar cuando alcanzan el frente del edificio en que ha pasado la noche.

—¿Se da cuenta? Solo debía regresar uno de los dos.

—¿Y para qué todo este juego, me quiere decir?

—Usted ha participado en él más tiempo que yo. Tendría que saber. Tendría que saber quién es el que se está divirtiendo con esto.

—No se me ocurre, de veras…

—Si miente ahora, Schlemihl, nos jodemos los dos. Mejor lo dice todo, ¿vale? Usted ha contribuido a mantener a este hombre, Rojas, en la ignorancia más absoluta: el pobre diablo murió convencido de que Videla aún era presidente: usted venía del mundo y no le dijo nada. No intente hacer nada parecido conmigo, porque me lo cargo sin pestañear. Lo único que necesito de usted es su memoria: si no me la da, bien puedo hacerlo solo.

—De acuerdo, no se ponga violento, no vale la pena…

—No, si aquí hay que ser un pez para no perder los nervios…

—De acuerdo, le dije: lo voy a ayudar.

—Se va a ayudar, Schlemihl. Si quiere encontrar entera a su Berta: en caso de que no sea tarde ya.

—¿Le parece que le van a hacer algo?

—No sea idiota. Lo de Rojas es poco. Por otra parte, le recuerdo que es una mujer…

—¿Sabe que tiene razón?

—Pues eso.

Deteniéndose a ratos para estudiarse mutuamente, en un lento paseo, han llegado hasta el coche de Romeu.

—¿Cómo ha venido hasta aquí, Schlemihl?

—Como siempre, en auto. Lo tengo a unos tres kilómetros. Entro a pie hasta el pueblo.

—¿Es suyo el automóvil?

—Completamente legal, con papeles, chapa, todo.

—Vamos a buscarlo —Romeu, instalándose ante el volante—. Las armas, de momento, en el asiento de atrás. ¿Quiere ginebra? —sacando una botella de debajo de su butaca.

—Sí. Viene bien algo fuerte… ¿no nos podemos tutear?

—Como quieras.

Dejan Salinas Viejas.

la carretera es un tajo de metal en el resplandor tibio de la llanura: el coche está en un costado: trasladan las pertenencias de Romeu y abandonan el vehículo robado.

—Tú conduces hasta Azul. Yo hago el resto. Allí podremos comer algo antes de continuar. Pero hemos de llegar cuanto antes.

—¿Vos crees que Reclús…?

—El auriga solo corría una carrera, Schlemihl: el que la ganaba era el amo. Debemos buscar más arriba. De paso: ¿fuiste tú quien disparó contra Arellano en Barcelona?

—¿En Barcelona? ¿Estás piantado, vos? Yo no estuve en Europa más que para nacer —el rubio se queda mirando a Romeu—. ¿Me crees, no? No te iba a mentir, no me da vergüenza decir que le hice la boleta a unos cuantos. Pero a ese, no. En Barcelona, no, nunca. ¿Te dijeron eso? ¿Te lo dijo Reclús? ¿Para qué te lo dijo? Es mentira. ¿Quién era el fiambre?

—Déjalo correr, chico: es una historia demasiado vieja y demasiado larga.

Cuando vuelve a hablar, muchos kilómetros más adelante, Schlemihl parece sereno, reflexivo:

—¿Sabés qué estoy pensando, gallego? Porque te puedo decir gallego, ¿no? ¿No te ofendés?

—No. Todo dios me llama gallego, no me ofende: solo que no lo soy. Pero sigue, sigue: ¿qué ibas diciendo?

—Lo que estaba pensando: que si hubiera llegado a un lugar como Barcelona… yo no sé cómo es Barcelona, pero me imagino, un lugar como Barcelona, a lo mejor no mataba a nadie…

—Mucha gente mata a mucha gente en Barcelona, Schlemihl. Una ciudad no garantiza nada.

—Sí, pero es distinto… no sé cómo decirlo… acá el clima, las cosas, lo que pasa… esto te convierte en un asesino. A veces, estoy en un sitio, en un café, en el colectivo, y siento ganas de sacar el bufoso y cagar a tiros a todo el mundo: por mediocres, por basuras, por alcahuetes —y levanta el tono, irritado—: son todos unos alcahuetes, gallego, te dejás todo por ellos, y nada, ¿sabés? Qué porquería de vida, che…

—Cómo os han jodido, chico, cómo os han jodido…

—Años, viejo: nos pasamos años preparándonos para el día de la revolución: nos íbamos a subir a la Sierra Maestra para bajar enseguida a tomar el poder: íbamos a entrar en Buenos Aires montados en caballos blancos: ¿ves?: caballos blancos: y hacer justicia.

—Pero aquí, el ejército no era el de Batista.

—No: era más grande.

—Mucho más grande, Schlemihl: y vosotros no teníais el apoyo de los Estados Unidos que tenía Fidel.

—No sé: eso no sé.

—Ni la Argentina era una isla.

—Eso tampoco sé, gallego. Ya no sé nada.

—No creas que yo sé más.

—Pero parece. Será que vivís más tranquilo…

—O que no me preocupo por la ortodoxia.

—Una vez, un tipo, uno que era contacto de la organización, me dijo que los herejes eran los más ortodoxos.

—Y quizá tuviera razón, Schlemihl.

Se detienen poco después de pasar por Azul, en un restaurante de carretera. Romeu ha descansado en el trayecto y la tensión impide a su cuerpo manifestar las consecuencias de dos días sin sueño. Especulan sobre lo que harán a su llegada a la capital.

—Antes de tomar una decisión, hemos de visitar a Reclús: tan pronto como estemos allí —concluye Romeu.

—¿Y si no lo encontramos? —desbarata Schlemihl—. No nos va a estar esperando, ¿no?

—Alguien nos dará razón de él.

—Yo no estaría tan seguro, gallego.

La sucesión de luces iguales al costado de la carretera apaga el paso del tiempo: la conversación se hace más lenta, termina por diluirse en ocasionales reflejos de dos pensamientos paralelos, dos distintas relaciones con el miedo:

—¿Y para qué querés verlo a Reclús? —inquiere el rubio.

—Quizá tenga alguna respuesta —elude Romeu.

—¿A qué?

—Mira, Schlemihl: sé tan poco, que ni siquiera conozco las preguntas.

Los dos hombres callan. Finalmente, como en un descubrimiento, el alemán propone, inquieto:

—¿Y si nos está esperando?

Mira fijamente el asfalto.

V. las cuentas oscuras

17. *Gritos, susurros*

(14 de abril, 1986)

> *Es raro que las criaturas que han desempeñado un papel importante en nuestra vida salgan de ella repentinamente de manera definitiva.*
>
> MARCEL PROUST. *El mundo de Guermantes*

un rodeo por la noche del sur les conduce a Témperley sin entrar en Buenos Aires: recorren calles desiertas antes de llegar a la casa de Reclús: tinieblas y grillos en la hermética maleza de la entrada: ominoso no acudir de secuaces vigilantes, encargados de bienvenidas o maltratos: los dos hombres pisan sin disimulo, sin evitar el rasposo sonido de suelas sobre el sendero, entre graves alturas de palma y parásitas despeinadas: nadie: la luna dibuja insustanciales las construcciones y entierra su metal antiguo en el lodo que separa la maraña de la casa: Romeu detiene a Schlemihl, que va a seguir adelante, en el límite de las hojas:

—Aguarda, chico, voy a por el quinqué —y retrocede hasta el coche, se hace con la lámpara y vuelve—. Vamos por allí —bordean el jardín, pasan por delante de la cochera y se pegan a la pared de la casa para alcanzar la entrada principal:

—Reclús —llama Romeu a voz en cuello: el callado interior le da conciencia de un detalle—: el perro —dice—. Schlemihl: falta el perro.

—¿Qué perro?

—El lazarillo, hombre —en voz alta, sin cuidado: nadie les oye: enciende el farol con el mechero: lleno de dudas, se pone un cigarrillo entre los labios y tiende otro a Schlemihl—. Esto pinta mal —comenta, mientras ofrece fuego a su compañero, en una tentativa de consuelo preventivo: empuja la hoja de madera que cede sin dificultad a la presión.

la obra de las ratas se ha iniciado: alimañas sin nombre y masas de pelo brumoso se evaden hacia rincones, espantadas por la luz: interrumpen su despiadada devoración:

como les sorprendió la muerte: Reclús aplastado contra el muro del fondo, las piernas en el suelo, la chaqueta enganchada en alguna saliente, algún clavo, sosteniéndole, impidiéndole deslizarse hasta la horizontal definitiva: desmadejado, ridículo, pobre: agujereados, él, los ladrillos, los muebles: una furia de gran calibre: el perro, a su lado: los ojos abiertos, ahora, como si vieran, espantados, sucesos incontrolables, derrumbes: comprobaciones últimas: la carne ya mordida, alimento de bestias oscuras y sueño en descomposición:

—Y te has marchado sin decir el nombre, cabrón —Romeu, observando el despojo—. Aún muerto, sigues siendo caro.

—Para lo que le sirvió… la lealtad, digo, ¿no?

—Lo suyo no era lealtad, chaval. Era pura hijoputez, ladinería, mierda.

—Fue un revolucionario —dice Schlemihl, bajando la vista.

—Tal vez solo sean visiones distintas de lo mismo, chico: matices, quizás.

—¿Vos no creés que era un revolucionario?

—Yo no. Pero es que tampoco creo que tú lo seas.

—Y… no, ahora no soy. Pero fui.

—Mira, Schlemihl: los revolucionarios hacen revoluciones: cuando no las hacen, cuando fracasan, se joden: no son revolucionarios: sobran, son la parte maldita del mundo: se convierten en una basura, un lastre malo: no importa lo buenas que hayan sido un día sus intenciones: ¿vale?

—Sí —y apresurándose, huyendo de la reflexión—: ¿qué hacemos con el fiambre, gallego?

—Nada, se queda aquí. Veamos si hay más.

En la habitación contigua, Ofelia Almeida, la Encerrada, cuelga de una viga del techo: tobillos y muñecas esposados, alilada su piel deslumbrante, golpeada hasta devolverla a la miseria de la que Reclús creyó arrancarla en su día, reducida a su finitud elemental, al vacío.

Acurrucado en el rincón más lejano, baja la cabeza, abrazándose, Ireneo Estrada juega una humildad última ante la mujer: las ropas raídas por el uso y la buena voluntad, su cadáver de pordiosero helado, su recuerdo gris, dan cierta dignidad a esta prolongación invencible de su silencio, le separan de su propia violencia, le lavan de pecado aparente.

—¿Dónde está Berta? —pregunta Romeu.

—No sé.

—Tendrás que averiguarlo.

—¿Cómo? —por primera vez conmovido, preocupado, Schlemihl.

—Buscando.

—¿Dónde?

—Vamos a mirar el resto de la casa, el jardín, la cochera.

Hay seis habitaciones más: dos debajo y cuatro en la planta superior, desiertas todas: registran libros, cajones, tras un indicio, un nombre, una foto que Romeu sabe inexistente.

—Sigue tú, Schlemihl: yo echaré una mirada en la cochera. Si en diez minutos no encontramos nada, a otra cosa.

de conocer el rostro, de poder establecer sin dudas la identidad del cadáver, le ahorraría a Schlemihl el espectáculo: la muchacha ha sido atada con alambre: es probable que haya pasado días así antes de su acabamiento: días de tortura, de laceración constante, de absurda degradación: Romeu retira las púas que le atraviesan los pechos y cierra los ojos despavoridos que vieron llegar el odio:

—Chico, lo siento —dice al otro en la entrada de la casa—. Ahí hay un cuerpo, y creo que es el de tu novia. La visión no es muy agradable, pero tendrás que comprobarlo. ¿Sí?

—Vamos —dice Schlemihl.

Ahora, Romeu lleva el quinqué: no apaga la escuálida vela que,

recogida en la casa, arde ahora junto a la mujer: la mirada del joven austríaco se queda prendida de las manos de uñas arrancadas: pasan dos, tres minutos, sin que reaccione: después, sale al aire libre, se apoya en el marco de la puerta y vomita.

—¿Es Berta? —pregunta Romeu.

—Sí: era Berta.

—Si quieres hacer algo por ella, Schlemihl, ve a la casa y busca un par de sábanas: vamos a enterrarla.

—¿Acá?

—No querrás ir a un cementerio. A esta casa no vendrá nadie por muchos años. Si no lo hacemos así, se la comerán las ratas como a los otros. Será mejor que la tierra haga su trabajo.

En la cochera hay instrumentos para todo: para el bien y para el mal, según se los quiera: con unas tenazas herrumbrosas, Romeu corta los alambres que hienden la carne de Berta: terminan de cavar al amanecer: han trabajado en silencio todo el tiempo, y en silencio ponen el cuerpo en la fosa y lo cubren.

Solo un momento más: descanso, despedida, comunión: con la mirada en el suelo que dentro de poco no revelará nada: es Romeu el que habla:

—Hay que seguir, chico. ¿Vendrás conmigo?

—Sí, pero no sé cómo ayudar.

—Preguntando, escuchando, tal vez. Acompañándome.

Y al volverse, Schlemihl:

—¿Viste? Nos estaba esperando, gallego.

—No creo que nos esperase a nosotros, si es que esperaba algo. Ni creo que esperase a quienes llegaron antes.

—¿Qué van a hacer ahora?

—Lo ignoro. Pero esto no ha terminado aquí, ha sido solo un movimiento de la máquina, como decía Reclús. Vamos.

son las diez de la mañana cuando el automóvil se detiene frente al edificio en que Romeu ha decidido hacer escala: suben en el ascensor hasta el ático y bajan los veinticinco escalones que les separan de la planta en que se encuentra el piso de Bianca, con las armas largas dispuestas: en un bolso en bandolera, Schlemihl lleva dos pistolas: la puerta está abierta: el olor de la sangre es bien

conocido por los dos hombres: Romeu se adelanta, atraviesa el recibidor y la sala sin encontrar más que rastros de una violencia vana, decorativa, teatral: la traca final que rubrica siempre un trabajo frío, minuciosamente desarrollado, de metódica destrucción: el pelo de Bianca se derrama sobre la parte inferior de la cama: brazos y piernas separados, sujetos a los largueros, y un hondo tajo que la parte en dos mitades que ya no son de ella: el cuchillo tenebroso ha ascendido hasta el cuello y la mano del que lo usó lo ha dejado allí como una carcajada rígida: Romeu retrocede hasta la sala y busca en un aparador botellas con algo alcohólico: sin atender al contenido, pega el cuello de una de ellas a la boca y bebe largamente: después, la pasa a su compañero:

—¿Quién vive enfrente? —pregunta al fin, a nadie en particular, al vacío.

—¿Cómo carajo querés que lo sepa?

—Voy a ver.

Cruza el corredor, los tres metros del corredor, en dos zancadas, y toca el timbre: lo aprieta durante un largo rato: nadie sale a abrir, pero hay un ruido menudo al otro lado de la madera: Romeu da dos, tres pasos atrás, y dispara una ráfaga contra la hoja, que se abre, sobresaltada: el hombre al otro lado se arroja al suelo, de rodillas, aterrorizado:

—¡Nada! —grita—. Yo no vi nada, no sé nada señor…

—Señor, mierda —Romeu ha entregado el FAL a Schlemihl y se lanza sobre el hombre descargando puñetazos histéricos—. Claro que has visto, cabrón, hijo de puta, claro que has visto, y me has de decir qué coño has visto —sin aliento, sin dejar de pegar, sin dejar de dar voces.

—Pará, gallego, que lo vas a matar —las palabras del rubio le devuelven a la realidad, pero no suelta al otro.

—¿Y qué, si le mato? Nadie dirá nada. Nadie dice nada. ¿O no ves que en medio de este follón no se asoma ni Cristo?

—Si lo matás, no le podés preguntar.

—Vale —abandona, se afloja—. Tienes suerte —al que, a pesar de la tunda, o a causa de la tunda, sigue obstinadamente arrodillado, abogando por una limosna imposible.

—Señor —intenta serenarle el vapuleado.

—No vuelvas a decir señor, o no respondo de mí —ha recogido

el fusil de manos de Schlemihl—. Cuenta. Cuéntalo todo.

—A las tres, vinieron. Espié por la mirilla porque hacían mucho ruido. Dos esperaron afuera. Los demás, entraron.

—¿Cuántos?

—No sé. No me fijé cuántos.

—¿Todos hombres?

—Me parece que sí. La otra vez eran más.

—¿Qué otra vez?

—Cuando se llevaron al marido.

—¿Y tú también les viste entonces? Eres más cabrón de lo que imaginaba, tío.

—No se podía hablar. Era el proceso…

—El proceso de corrupción de tu conciencia de mierda, querrás decir. Ahora no es el proceso…

—Pero es igual, señor. Dan miedo. Usted da miedo.

—Gracias a Dios, chico. Vamos, alemán.

—No soy alemán, gallego.

—Y yo no soy gallego.

Desde el corredor, Romeu mira al individuo, que persiste en su estupor: antes de marcharse, escupe hacia el umbral.

«hay que comer», ha dicho Romeu: el restaurante en que entran es poco concurrido, relativamente silencioso para un mediodía de Buenos Aires: comen pastas y beben vino tinto:

—¿Para qué le preguntaste todo eso al tipo? —quiere saber Schlemihl—. No podía decirte quiénes eran.

—Pero me lo ha dicho. Cuando menos, me ha dicho quiénes no eran, y eso me sirve.

—Explicámelo.

—No era gente como nosotros, no eran compañeros nuestros, ni lo habían sido. Por la época en que tú y yo estábamos vinculados a la guerrilla, por la época en que desapareció el marido de Bianca, ellos actuaban en el otro bando. Nosotros no hicimos jamás esas carnicerías, ni torturamos a nadie. Tampoco Reclús.

—Algunos sí: los que se dieron vuelta.

—Cuando digo nosotros, no hablo de ellos. No sé qué les sucedió, y después de ver lo que aquí se ha visto, no me siento con

ánimos para juzgarles por ello: pero es cierto que en algún momento dejaron de ser lo que eran. Tampoco sé qué eran antes, qué tenían en la cabeza, o en el alma: creían en Perón, decidían por los demás, quizá no fuésemos exactamente iguales, pero no descuartizaban niños, ni degollaban, ni pateaban el vientre a las embarazadas. Después, sí. Después, los que se dieron vuelta hicieron todo eso y más. Pero ya eran otros.

—De acuerdo.

—Algo más: al fin, llegó a haber demasiados puntos de contacto: quedaron los más débiles, los aterrorizados. Pero si aún digo nosotros es porque los que se dieron vuelta son la anécdota menor: de los otros, tuvieron que llevarse por delante cincuenta mil. Cincuenta mil de los que jamás hubiesen hecho nada parecido a lo de hoy. La mayoría, los mejores, Schlemihl.

—No sé muy bien por qué, pero me hacés sentir orgulloso.

—Puedes estarlo, chico: haber vivido aquí y no ser un destripador, es un buen motivo.

—¿Y ahora?

—A buscar un hotel. A dormir.

Se registran en una pensión del bajo, cerca de la estación Retiro.

18. *El día de la revolución*

(15 de abril, 1986)

> *Una vez más, no decimos que la guerra se hace por dinero.*
>
> ROMAIN ROLLAND, *El espíritu libre*

al despertar, Romeu mira el reloj: son las cuatro y media: ha dormido más de doce horas: aún es de noche: mira la fecha en el cuadro del calendario: el rubio, en la cama de junto a la suya, fuma:

—Schlemihl.

—Sí…

—El día de la revolución fue ayer: catorce de abril.

—El día de tu revolución. Yo me sé tres más: siete de noviembre, uno de enero, catorce de julio: esta es más vieja, pero también es, ¿no?

—Es.

—¿La querías, gallego? —a quemarropa—. A Bianca, digo.

—Sí, alemán: la quería. Pero eso no hace ninguna diferencia.

—Sí, es diferente así. ¿Qué sentís?

—Nada. No siento absolutamente nada. De sentir algo, me volvería loco. Es la última vez, Schlemihl. De esta, me los cargo. No me robarán nada más. Estos no, al menos. ¿Y tú? ¿Has pensado qué harás a partir de aquí?

—Yo ya perdí. Perdí como en la guerra… Bueno… la guerra es esto, ¿no? Si vos querés vengarte, te ayudo…

—No necesito vengarme, chico. Necesito defenderme. Tengo que terminar esto para poder seguir viviendo.

—Estoy con vos.

a las tres de la tarde, el café La Paz entreduerme en ruidosa modorra, en una luz gris, de sol lejano filtrado por cristales sucios: Romeu y Schlemihl han recorrido la calle Corrientes, primero hacia abajo, por la acera izquierda, desde Callao, luego hacia arriba, por la derecha, desde el Luna Park: no han encontrado a nadie, nadie que ellos pudieran reconocer, al menos: se sientan, piden ginebra: esperan: a las cinco, por la puerta que da a la calle Montevideo, tras un niño hambreado que ofrece lotería, entra un desconocido, se detiene, pasa la vista por el salón y la clava en Romeu, que bebe junto a una de las ventanas de la esquina: este deja el vaso sobre la mesa e invita al hombre con un gesto: alto, magro, ojeroso, el recién llegado se acerca:

—Señor Romeu —dice, sin dudar de su identidad.

—Habrá usted visto fotos, supongo. No hará falta, pues, que se lo confirme.

—En efecto, en efecto —solemne—. Pero no confunda. No soy su enemigo. Le traigo un mensaje.

—Le esperaba. Ya es una costumbre. *Deus ex machina*. Pongo mi parte viniendo a sentarme en este café. No me dirá que le envía Reclús, ¿no?

—El pobre Reclús ya no puede enviar a nadie a ninguna parte, señor Romeu. Ha muerto. Caído en combate.

—No sea mierda…

—Sardi. Me llamo Sardi. Soy el compañero Sardi.

—Señor Sardi, no sea mierda: mi amigo lleva una pistola, y no estamos para piedades: el mensaje.

—Lo esperan en el Abasto, esta noche.

—¿Quién?

—No se me ha informado. La fragmentación de las actividades es una de las reglas de oro de la organización leninista, como usted seguramente no ignora…

—Sin sermón, Sardi, iríamos más aliviados.

—¿Qué necesita saber?

—¿Dónde está el jefe?

—¿Qué jefe?

—El de usted, el mío. El que manda. El que dejó ciego a Reclús. El que le asesinó. El que quiere asesinarme a mí. El que quiere asesinar a Schlemihl. El que asesinará a Sardi el día en que se canse. ¿Más detalles? ¿Dónde está?

—No tengo la menor idea.

—Pero obedece.

—Claro. Uno no va a parar. No hace falta conocer al amigo para saber quién es el enemigo, ¿no le parece?

—No. ¿Quién me espera en el Abasto?

—Un compañero. Vaya solo.

—Iré acompañado.

—Yo voy con él —interviene Schlemihl—. Decíselo al que te mandó: que somos dos.

—Yo no veo a más nadie hoy: ¿cómo voy a avisar que son dos?

—El teléfono, chico, ese teléfono al que nunca llamas, ¿vale?

—Bueno… puede ser.

—¿Te han dicho en qué parte del mercado?

—No. Ahí.

—Vale. Ahora, vete.

—No se ponga nervioso —se levanta—. Chau, ¿eh? —despedida vaga, general, sin respuesta.

fue un mercado: en el edificio que se extiende sobre casi dos manzanas, hubo un tiempo en que se comerció: tráfico de camiones y depósitos de mercancías al por mayor en la planta baja, feria menuda en la planta alta, hace no mucho que se amasaron fortunas e infortunios, murieron gentes de puñaladas arteras por oros magros y se fundaron carreras políticas y estéticas: el Mercado de Abasto Proveedor de Buenos Aires dio una parte de su nombre institucional al barrio que lo rodeaba, el barrio de Carlos Gardel: prosperaban a la sombra de este vientre cantinas y boliches melancólicos y violentos, pucheros misteriosos y alcoholes sin fama, insospechados cruces de razas y de males: esplendía, esta región, a lo largo del día y a lo largo de la noche, siempre:

ahora está apagada: los cafetines y las fondas han cerrado

definitivamente sus puertas, las viviendas perdularias han sido abandonadas, demolidas casi todas: la bóveda que amparó la plaza es un armatoste sin sentido, con pretensiones catedralicias y resonancias industriales: está vacía, cubre un olvido sin fin: por rejas y ventanales se filtran algunas de las luces de Corrientes, por momentos alumbra zonas del interior el paso de un vehículo por las calzadas de fuera: Romeu se ha abierto paso por entre unos hierros torcidos de propósitos disuasorios antes que prohibitivos: Schlemihl le sigue: ambos consideran el espacio inútil en que se mueven, los pilares de concreto que sostienen la cáscara colosal: las pisadas se les devuelven como rumor de movimientos remotos, como eco impreciso y penoso: entran en el recinto por el lado este, por la calle Anchorena, y avanzan de frente, en dirección al oeste, a Agüero, con las pistolas por delante: el hombre sale de algún rincón del norte, sin protegerse, desarmado, con las manos a la vista:

—Romeu —identifica.

—Sí.

—Y usted debe ser el alemán.

—Ese. Justo.

—Madán Greván nos espera arriba.

—¿Quién es la dama?

—Ahora mismo la va a conocer, no se apure. Vengan.

Suben por la ruinosa escalera mecánica detenida que nadie emplea ya. Arriba, el frío se hace sentir: un frío de desierto: al fondo, arden velas: el bulto tenebroso que en la distancia es Madán Greván va adquiriendo formas precisas a medida que se le acercan: es una mujer extraordinariamente delgada, una nítida belleza al borde del desastre: manos agudas, pupilas lúcidas, larga melena blanquísima, blanquísima falda que descubre piernas y pies jóvenes, ejemplares todavía: en las corrientes leves que agitan el aire, los cirios que ha encendido, sobre el mármol que fuera mostrador de una ausente carnicería, mantienen una llama firme:

—Dejanos solos, ¿querés, Pepe? Andate abajo y hacé guardia —autoridad absoluta sobre su servidor—. Vos, gallego, vení, vamos a sentarnos un rato, acá, en el suelo, y charlar. Vos también, no tengás miedo, que acá no te va a pasar nada —Schlemihl, acostumbrado a los actos brutales, a la muerte, al golpe, al grito, obedece, sin embargo, atemorizado.

—¿De qué se trata? —ansioso, cansado, Romeu.

—No corrás tanto. Ya que llegaste hasta acá, te da lo mismo media hora más, media hora menos, ¿no? ¿De veras que no te acordás de mí, Juancito? Yo me acuerdo de vos muy bien. Hace veinte años, eras tan lindo… me gustaba que no dieras el brazo a torcer con el acento y siguieras hablando como si acabaras de bajar del barco… viniste a casa, a ver a Ofelia… ¿Cómo me vas a reconocer a mí, si hace unos días no la reconociste a ella? Entonces no se hacía llamar Ofelia, se dejaba llamar Amalia, Ofelia no le gustaba, pero era su nombre, ¿sabés?

—Vamos por partes —desconcertado, Romeu—. ¿Quieres decir que tú eres la madre de Ofelia Almeida? Amalita, la amiga de Sara, debo entender…

—Lo fui, lo fui. Podés creerlo. Fui su mamá. Después vino el diablo y se la llevó. Podés tutearme, ya que empezaste, también.

—Chica, lo que hay en este matadero huele a folletín. ¿Es que os conocéis todos? ¿Es que todos sois parientes, o amantes, o lo que sea?

—A lo mejor, sí, todos. Menos él.

—¿Él?

—El diablo. El enemigo.

—Esta vieja está piantada, gallego. De acá no vamos a sacar nada, rajemos, haceme caso —sensato, poco convincente, Schlemihl.

—Vos no digás pelotudeces, ¿querés? Esto te interesa tanto como a tu amigo. Callate y escuchá.

—Dime, dime más. Háblame de él —ya en el juego, Romeu.

—El diablo, el malo. La contrarrevolución. El que levantó San Zamudio, la iglesia que nadie ve. El traidor. El torturador. El desaparecedor. Se llevó a mi hija y la devolvió cambiada, con el alma cambiada: dolor y tentación, eso usa el guacho: dolor y tentación. Les cambió el alma a todos. Vos no estabas, no sabés.

—¿Cómo les cambia? ¿Qué alma les da?

—Negra, negra: llena de pasión falsa, pasión sin futuro: primero tenés como alegría: él te da dolor y te pide, te pide a vos entero, para parar: te tienta: dolor y tentación: le das: tantos le dieron… Y él los devolvió cambiados. Los que no le dieron, no los devolvió. Algunos le dieron y no los devolvió tampoco. Mirá mi nena, cómo la

devolvió, cómo: era un sol, una hembra de envidia: loca la devolvió: loca y mala: bruja.

—Y ahora, ¿se la ha vuelto a llevar él?

—Él. Él la colgó.

—Veo que conoces los detalles.

—Lo sé todo, Juancito, lo sé todo: lo que pasa y lo que no pasa, sé.

—¿Sos bruja? ¿De veras? —conmovido, irracional, entregado, Schlemihl la necesita agorera, con las respuestas que no encontrará en ninguna otra parte.

—¿Bruja te parezco? Digo la verdad: el enemigo, la contrarrevolución, el diablo, está trabajando con vos, te está trabajando a vos: el gallego es más duro: no tiene más esperanzas acá, tiene más vidas, le puede dar dolor, pero es más fiero tentarlo a él: vos esperás acá, estás débil: ella no va a volver, ¿no?: no quiso dar nada: mejor: pero no va a volver: es del diablo, esto: él hace lo que quiere acá: Bianca está muerta, Berta está muerta, no hay remedio para la muerte.

—¿Cómo sabés tantas cosas?

—De puro bruja, no más, pensarás. Pero no sé por eso. Sabe más el que espía más. Yo espío mucho, che: todo el tiempo.

—Ofelia, tú te llamabas Ofelia también… —descubre Romeu en su memoria nueva, donde han ido apareciendo nombres, rostros, situaciones jamás entendidas, jamás relacionadas.

—¿Te acordaste, al final? ¿Ves que basta con una punta?

—Ofelia… —anuncio de la interrogación natural, la que le trajo hasta aquí—. ¿Quién es el hombre?

—Reboratti.

—No jodas, chica, que no puede ser…

—Es, gallego.

—Creo que Bianca suponía algo así.

—No le sirvió de mucho. No lo sabía todo. No sabía que él era diablo, que había llegado a ser diablo…

—Reclús también le conocía… ¿trataba con él? ¿recibía órdenes de él?

—Claro: a él también lo cambió: le puso a mi hija en el camino: Reclús no era bueno, nunca fue bueno, pero tenía un resto: ella se lo acabó, lo volvió loco, malvado, retorcido: de puro malvado perdió

los ojos: ella se los sacó con palabras, se los sacó para el diablo: le habló, le habló, lo convenció: él los perdió para el diablo, los ojos.

—¿Y los demás?

—La falta de poder corrompe, gallego: demasiada postergación, demasiado fracaso: se fueron pudriendo: todos entregaron los ojos: al final veían solo lo que el diablo les quería hacer ver. Vos te pudriste, alemán: cúrate: tenés que cortar, como si te cortaras una pierna: dejá un pedazo, llévate lo que te quede.

—¿Llevarme? ¿A dónde me voy a llevar?

—A donde quieras, pero lejos. Raja. Ayúdalo a este y después rajá con él.

—¿A qué lo voy a ayudar al gallego? Se ayuda solo.

—Ayúdalo a matar a Reboratti. Anda con él a buscarlo. Si no, no vas a parar nunca: vas a seguir pensando en ella, en él: te van a coger, al final. Reboratti no es único, tiene mil caras el diablo, pero es el diablo nuestro, nuestro veneno: nosotros vamos a dormir más tranquilos cuando esté muerto.

—Pero es un dirigente, yo hice lo que él mandaba mucho tiempo. ¿No es a los otros a los que tenemos que matar? Los milicos, digo.

—Mirá que sos boludo, che. ¿No ves que es un milico? ¿No ves que ahora somos todos milicos? ¿No ves que lo que hay que cerrar es la boca que da órdenes?

—¿Y después?

—Y… pensá…

Remuerde su destino, sus incertidumbres, Schlemihl.

—¿Sabés dónde está? —pregunta al fin Ofelia.

—¿Quién? —se sorprende Romeu.

—Reboratti.

—En la Richmond.

—Además, vive en la misma casa, no se mudó nunca, no necesitó, ¿quién lo iba a tocar, si servía a los dos costados?

Entumecido, Romeu se pone de pie con dificultad.

—Ofelia… —vacilación, un cierto pudor—. Tú pareces sincera. No me preocupa tu fe, sea que la tengas, sea que no la tengas, ni me preocupa tu lenguaje, el diablo, esas cosas, pero… ¿para qué coño haces todo este montaje?: las velas, el Madán Greván, el mercado abandonado…

—Para los giles, gallego, para los giles: si no les mentís un poco, no te creen nada: mucho menos la verdad. Es cierto que el diablo está ahí, pero con las velas no alcanza contra él, eso lo sabés, lo sabe todo el mundo: pero si no se creyeran que soy bruja, los alcahuetes que me pasan datos me habrían liquidado hace mucho, me habrían vendido, qué se yo qué habrían hecho: así, les da miedo atacarme, ¿te das cuenta?

—Sí.

Schlemihl tiende la mano a la mujer, en una despedida con algo de arrepentimiento, y echa a andar hacia la salida.

Romeu la besa en las dos mejillas.

—Creo que no nos vamos a ver más. Que tengás suerte, Juancito.

—Gracias. Hasta siempre, Ofelia.

Y se marcha: cuando se reúne con su compañero, en la parte alta de las escaleras, ella apaga las velas, una a una, con las puntas de los dedos, sonriendo.

la noche es más cálida en la calle: caminan hacia Córdoba, en busca de luces urbanas y de un café en que conversar y beber ginebra:

—¿A qué te suena todo esto? —pregunta Schlemihl.

—A locura. Pero también a verdad. A su modo, esta mujer dice cosas que yo mismo he pensado muchas veces.

—¿Vos crees en el diablo, gallego?

—Creo en el mal, chico, y eso es suficiente para coincidir con ella en más de un punto.

En la calle San Luis encuentran un lugar adecuado a sus pretensiones y entran.

—Debe ser jodido que una hija de uno termine así, ¿no?

—Ya sucede. Hasta con los padres.

Solo después de la segunda copa, Schlemihl parece decidido a tratar cuestiones centrales, o a dejar a un lado el encuentro con Ofelia:

—Vos sabés dónde está el tipo, ¿no?

—Hace veinticinco años que lo sé.

—¿Fuiste amigo de él?

—Eso creí hasta ahora: fuimos compañeros en el colegio, en el

partido, en la organización: al parecer, me siguió durante toda una vida: merecería un premio por su constancia: un reloj, quizás: un reloj de oro macizo, como se regalaba en otros tiempos a los viejos empleados fieles, los que hacían las veces de ojo del amo para engordar los ganados que correspondiera.

—¿No te dabas cuenta?

—No hubiese tenido mérito lo suyo, ¿no? Pero ¿sabes qué te digo? Lo mismo da: otro tendría que haberse encargado del trabajo: y de esos, hay miles.

—Pero no tan importantes, ni que estén tan seguros, ni que hayan durado tanto…

—Alguna cosa más ha de haber en sus antecedentes: por espiar se paga poco: hay un ejército de reserva. Pero a qué dar detalles: has visto lo que yo, has perdido por sus manos…

—¿Es cierto todo lo que dijo ella, gallego?

—Del todo: no ha mentido. Tenía por hecho que tú también estabas convencido.

—Y… estoy. A lo mejor, es que me gustaría saber más. Pero lo que nos dijo, seguro que es verdad.

—Entonces, chico, actuaremos en consecuencia, como dicen los leguleyos.

—¿Haciendo qué?

—Mira, Schlemihl: yo me lo cargo a ese tío. Quiero seguir hasta el final.

—Yo también. ¿Cómo?

—Mañana lo pensaremos. Primero, hemos de descansar. No nos va de un día. Ya no.

—No, ya no. ¿Después volvés a España?

—Sí —sin más comentarios, sin explicaciones huecas.

19. *Silencio de la multitud*

(16 de abril, 1986)

> *… su verdadero aspecto, porque su aspecto verdadero es precisamente su aspecto oculto.*
>
> MILAN KUNDERA, *La broma*

a solo tres manzanas del escenario de la noche pasada, se encuentra la tienda de electrodomésticos de Perelman: la cabeza lustrosa del comerciante está inclinada sobre un periódico abierto encima del mostrador: levanta la vista cuando Romeu cruza el umbral: sin saludarle, se apresura a correr el pestillo y colocar en la puerta el cartel que cierra el paso de probables clientes: se queda apoyado con la espalda contra el marco, observando a su visitante, sonriendo:

—¿Sabe que me da un alegrón, Juancito? No esperaba volver a verlo vivo… ¿qué pasó?

—Un desastre: todos muertos…

—¿Y ahora?

—Me falta uno.

—¿Va a insistir? No joda…

—Le dejaré sin compradores, Perelman.

—Hace mucho que no tengo compradores para ese depósito. ¿Necesita algo más?

—Un FAL. Y, por si las moscas, un lanzagranadas. Pero ninguna de las dos cosas me servirá de nada si no cuento con un hombre más, al volante de un coche seguro. ¿Hay?

Perelman, de pronto, se deja caer de rodillas: llevándose las

manos a la cabeza, en actitud teatral, grita:

—No, no me pida eso, señor Romeu: soy casado, tengo pibes, cinco pibes, me van a matar, no me pida eso a mí: yo no vi nada, yo no sé nada, tenga piedad.

Después de cerrar la actuación con estrepitosas carcajadas, Perelman se levanta, se sacude los pantalones, se dirige a su amigo:

—¿Había visto ese numerito, gallego?

—Con ligeras variantes, sí. Pero es cierto que usted está casado y que tiene hijos.

—Y nietos. Y FAL. Y lanzagranadas. Y voy con usted. No me voy a perder el final, ¿no?

—Por mí, no. Pero puede ser duro: no sé si le cuidan, si habrá otros en el medio con la intención de cargárselo también… puede haber merdé.

—O sea que el lanzagranadas es solo por si hace falta remate, ¿verdad?

—Todo el montaje es por eso. Si mi idea de la situación es correcta, actuaré en solitario. El tercer hombre me cubrirá a mí, y usted le cubrirá a él.

—¿Cuándo?

—Hoy, a las nueve. Es nocturno el tío. Parece ser que a esa hora empieza.

—Conozco otros con los mismos hábitos. De día, no pueden trabajar, no se concentran —y vuelven a reír los dos—. ¿Dónde va a ser la cosa?

—Florida y Corrientes.

—Usted está completamente plantado. Pero, ya se sabe, suyo será el reino de los cielos. ¿Almorzó?

—No. Pero falta acordar detalles. ¿Qué hará luego con el coche?

—Nada: lo dejo por ahí y una hora después denuncio el robo.

—Vale. Le invito a comer a la Costanera: después, no voy a probar asado argentino por largo tiempo.

—Igual, ya no es lo que era, no se haga ilusiones. ¿Cuándo se va?

—Si todo sale bien, el viernes: en cuarenta y ocho horas.

—Va a salir bien, no sufra.

Cogen un taxi en la esquina de Ecuador y Corrientes.

el lugar y la hora impiden planificaciones estrictas del tiempo: Romeu piensa en movimientos librados en buena parte a la iniciativa individual y a circunstancias poco previsibles: cuando, en compañía de Schlemihl, entra a la Richmond, son las nueve en punto: Perelman está en el coche, en la esquina de Corrientes, detenido pero con el motor en marcha: el lanzagranadas descansa a sus pies: el automóvil del alemán es el primero en la línea de estacionamiento de Lavalle, al otro lado de la manzana: llevan en bolsos deportivos dos fusiles ametralladores: las pistolas, en el cinturón:

una primera mirada descubre el enorme salón vacío, con una sola mesa ocupada, cerca del fondo: los camareros conversan, junto a la barra, a la derecha: cuando Romeu y Schlemihl avanzan hacia el interior, uno de los mozos se apresura a acudir junto a ellos, procurando atenderles: a una seña del alemán, se les adelanta, acercándose a los clientes ya instalados, convencido de que los nuevos quieren sentarse lejos de la calle: se pone pálido cuando ve el arma en la mano del joven rubio: incapaz de gritar o de moverse, se queda esperando una orden o un disparo:

—Andá para el baño, vos —dice el alemán, y el hombre lo hace.

Romeu ha visto la nuca de Reboratti, tan familiar después de tantos años: el tío del sueño, el que se llevó los ojos de Reclús, piensa: el pelo rojo que vi en blanco y negro.

—Reboratti —llama, y el otro se vuelve con una sonrisa, confiado: la imagen de la pistola le desconcierta—. No te muevas, chico.

—Señores: apártense de la mesa —imperativo, Schlemihl, apuntando al grupo con el FAL—. El señor Reboratti, que siga sentado. Contra la pared, de cara a la pared, por favor.

Romeu saca su fusil del bolso después de poner la pistola en el cinturón:

—Ponte de pie, con las manos a la vista. Así, muy bien. Acércate, acércate.

Reboratti da dos, tres pasos en su dirección.

—Allí. Ya. Quería estar seguro del color de tus ojos. Mi memoria es buena.

—¿Qué vas a hacer, Juan? —pregunta Reboratti.

—Matarte. No esperarías otra cosa, ¿no?

Los camareros de la barra no se han movido. Todos están al alcance de Schlemihl y guardan un silencio helado. Por las mejillas de Reboratti empiezan a correr lágrimas.

—¿Qué te ocurre, hombre? No será miedo…

—Vos… ¿sabés por qué…? —no termina la frase: la primera ráfaga da con él por tierra, desarticulado, perdido: Romeu se aproxima al cadáver y lo vuelve con el pie, dejándolo boca arriba:

—Hijo de puta —le dice al muerto—: ladrón de ojos.

Y, apuntando hacia abajo, vuelve a apretar el gatillo: balas juntas, sobre el rostro.

—¿Terminaste, gallego?

—Terminé.

—¿Y los otros?

—Uno es juez. Al segundo no le conozco.

Están mudos, rígidos.

—Oye, tú, dinos tu nombre, chico.

El juez Longhi no se da por aludido, no hace ningún gesto de reconocimiento al oír la voz de Romeu.

—Me llamo Ortiz. Soy oficial de marina. Esto les va a costar muy caro, señores —amenaza desde su impotencia o desde su inconsciencia, convencido de las virtudes de una fuerza que ya no le va a servir de nada.

—Lo que vas a hacer ahora, Schlemihl, se llamaba en mis tiempos ejecución sumaria.

—Igual le decía yo —y hace fuego.

—Confiamos en que nadie nos haya visto —advierte Romeu a los hombres que les contemplan desde el mostrador.

—Esté seguro, señor —responde uno de ellos.

—Entonces, nos vamos —anuncia el alemán. Parsimoniosamente, guardan los fusiles en los bolsos y salen a la calle Florida: pasa gente tranquila: nadie ha visto nada, nadie ha oído nada: se separan: son las nueve y diez.

a las diez, los tres hombres están reunidos en el Bar Suárez, de Lavalle y Esmeralda: beben cerveza de barril, comen sandwiches: a

doscientos metros, la policía levanta los cuerpos de Reboratti y sus amigos: no ha hecho falta el lanzagranadas:

—¿Y usted, alemán, qué va a hacer? —pregunta Perelman por último.

—También me voy. Compré el pasaje hoy. Salimos en el mismo avión, ¿sabe? Pero yo me quedo en Brasil. A lo mejor, un día, voy a Austria. Más adelante.

—Debe ser lindo, ¿no?

—No sé.

—Solo se queda usted, Perelman —observa Romeu.

—Y me voy a morir acá, siendo el ruso de mierda: es que ya condené a mis hijos a lo mismo, y no me puedo rajar sin avisarles con tiempo. Además, ¿a dónde voy a ir, yo? ¿A Israel? ¿A hacer en Israel lo que hago acá?

—¿Electrodomésticos? —Romeu le mira a los ojos, en busca del humor que les une de antiguo.

—¿Y a qué quiere que me dedique? ¿La Migdal? —es la risa de despedida. Perelman permanece sentado cuando los otros se disponen a marcharse.

—Hasta mañana —arriesga Romeu.

—Hasta mañana —responde el comerciante, sin apartar la vista de la mesa.

Es cuando Romeu ya se ha vuelto, cuando busca poner los ojos en algún color, en alguna mujer de paso, en alguna nadería, para no perder el control, que Perelman pronuncia su nombre:

—Juancito —dice: y alza toda su humanidad y tiende los brazos al que se va: palmas largas en las espaldas y lágrimas en la cara mal rasurada del calvo:

—Adiós, Perelman —Romeu, con las manos en los hombros del amigo.

—Chau, gallego —la mano abierta sobre la nuca del otro.

Schlemihl se limita a un gesto, un esbozo de saludo, desde la puerta: el espectáculo de una amistad es algo desconocido, en el mejor de los casos remoto, para él: dos hombres que se tratan de usted y lloran al separarse: tendrá que aprender

—¿No tienes que despedirte de nadie, Schlemihl?

—¿De quién querés que me despida, gallego? Mis viejos murieron en el ochenta, juntos, en un descarrilamiento.

—Si te marchas, tampoco regresarás para ver sus tumbas.

—No tienen tumbas.

—¿Cómo es eso? ¿No les han enterrado?

—Sí, pero el año pasado dejé de pagar y si no pagás los pasan a la fosa común, ¿entendés? —incómodo, irritado, Schlemihl.

—Entiendo. Es lástima, chico.

El paseo les ha ido acercando al lugar en que pasarán la noche, la anónima pensión del bajo.

20. *Última batalla*

(17 de abril, 1986)

> *—Está pasando el tiempo —dijo el fantasma.*
>
> RUBEM FONSECA, *Pasado negro*

las mujeres de rostro agostado persisten, jueves tras jueves, año tras año, en su caminata en círculo por la Plaza de Mayo, sobre las baldosas blancas y la grava roja, pies de pena reiterativa: las Madres, dicen los que hablan de ellas, que no son tantos: tuvieron hijos y ahora no tienen nada, quieren que se los devuelvan, piden: giran con sus pañales blancos a modo de pañuelos en cabezas solitarias: toda la miseria del mundo anda sobre ellas: y la indiferencia: Buenos Aires pasa de prisa a su lado, jueves tras jueves, año tras año, junto a su desastre: son una parte del paisaje, incómoda en sus primeros tiempos, acusadora, incorporada finalmente como se incorpora una acera rota o una cloaca reventada entregadas a la incuria municipal: hay quien ni siquiera las ve: la dama de blanco, blanquísimo cabello, blanquísimas ropas, las contempla desde un banco, observa sus rostros, como los observa el hombre que, desde hace un instante, se encuentra a su lado, de pie, con las manos juntas detrás:

—¿Qué hacés vos acá? ¿No te fuiste todavía? —pregunta Madán Greván al verle.

—He venido a verte —responde Romeu.

—No confundás, gallego. No sé cómo llegaste, pero no habrás pensado que yo me voy a juntar con esas, ¿no?

—No he pensado nada, Ofelia. Solo que es el primer jueves que pasas sin tu hija en este mundo, y se me ocurrió la posibilidad de que estuvieses aquí. Además: ¿por qué no?

—Yo te lo voy a explicar: primero, porque yo peleo, no pido. Segundo, porque Ofelia no desapareció, la reventaron. Tercero, porque los hijos de estas tampoco desaparecieron: desaparecieron los cadáveres. Ellas creen que el diablo se llevó los cadáveres, pero no: el diablo ya se los había llevado cuando eran enteros. Y un cadáver es poco, ¿no te parece?

—Tal vez. Te he traído un regalo.

—No querés escuchar, ¿eh? Todavía tenés brasitas de conciencia cristiana, querido: te dan lástima los desgraciados: y así no vas a ningún lado: la realidad se limpia el culo con la lástima: mata a los que se mueven por lástima, los hace pedazos: para cambiar algo, hay que tener más que lástima, y más que huevos: odio hay que tener: y más: pidiendo, no se cambia nada: y no me digás que exigiendo sí, que eso ya lo oí en otro lado. Lástima no tuviste ayer con Reboratti, ¿no? ¿Qué me trajiste?

—Una flor vieja y una flor nueva —saca Romeu la mano derecha de detrás de la espalda y tiende a Ofelia el clavel que para él comprara Bianca días atrás, en el Caffé Ramos, y un clavel rojo, fresquísimo, recién hallado en un puesto junto a las arcadas del Cabildo—. La flor vieja me la dio ella.

—Solo la nueva me voy a guardar. La otra no es un regalo: sigue siendo tuya: no es que no la acepte, entendeme bien: es que vos no te la vas a sacar de encima por mucho que hagás: y un día, igual, volvés a buscarla: un día me muero y venís a la Chacarita y revolvés las flores de mi tumba, a ver si la encontrás: no, no te la cuido, la florcita —y prende el clavel nuevo en un ojal de la blusa—. ¿Vamos a brindar? Por lo que quieras vos.

—Vale.

dejan la plaza, el lugar del poder: la Casa de Gobierno, la Catedral, la Municipalidad: dejan a las madres dando vueltas, señalando definitivamente el territorio de la pena para generaciones de desesperados por venir que allí la llorarán, ante los ojos sin lágrimas de los bien sentados: han cerrado tantos cafés de la

Avenida de Mayo: Ofelia elude el Tortoni: «acá no», dice, «está lleno de tiras, siempre estuvo»: entran en un local penumbroso y quieto, en una calle transversal

beben y se explican la vida: quizá cada uno la explique para sí, pero a Romeu le gusta la fuerza de la mujer, percibe su terrible juventud: es la más joven de cuantas ha conocido, y la más sabia, y la más dulce, por momentos, y la más peligrosa:

—¿Por qué me querías regalar esa flor a mí? ¿No ves que soy la peor? Aunque vos pensés que te ayudé: vos me ayudaste a mí, de veras: hiciste lo que yo no podía hacer. Será que te gusto un poco, ¿no? —y Romeu no alcanza a confesar, a confesarse, la oscura atracción que sobre él ejerce Ofelia—. Cerrá los ojos, gallego —dice ella: y le besa largamente, con ternura, no en la esperanza de que él la crea otra, sino en la esperanza de ser otra en ese beso, una desconocida de los dos, solo labios y piel dulce.

—Gracias —dice él, al final, mirándola, alejándose ya.

—Pero te vas.

—Sí.

—Entonces, no me calentés al pedo —atribuyéndole una iniciativa de seducción—. Igual te da vergüenza entrar con una vieja como yo en una amueblada…

—¿Por qué habría de sentir vergüenza? —y lo que sigue es el rechazo que de pronto ha experimentado con todo su cuerpo, con toda su alma, por la mujer que tiene delante, por el abismo de su encanto, por su complicidad con la tierra, por su frío magnífico—. Eres tan hermosa… Pero miedo sí. Me sentiría ruin, turbio, estúpido, haciendo el amor contigo, como me sentiría ruin, turbio, estúpido, en caso de no marcharme: bastante me cuesta arrancarme del país, más me costaría arrancarme de ti… no por una supuesta vejez que no cuenta, porque eso no cuenta nunca, sino porque eres la trampa mayor, chica…

—Te lo acabo de avisar: soy la peor.

—Eso es simple coquetería. Esperas que te refute. Pero no lo haré. En cierto sentido, es verdad que eres la peor: porque, en otro cierto sentido, es verdad también que eres la mejor…

—Pobre, pobre… —dice, con una pasión rara, Ofelia.

—Pobre, pobre… —dice, con ternura, Romeu.

y sale, la deja allí, en su tiempo, en su soledad: remonta la Avenida de Mayo con el clavel de Bianca en la mano: deja atrás el Congreso por Rivadavia: cerca de Once, recuerda haberse desprendido del paquete de cartas entregado por Griselda:

—A tomar por culo —dice—. Si Buenos Aires me da una flor, me la llevo —y la pone, pequeña como ya es, sin tallo verdadero, en el bolsillo interior de la chaqueta

lo comenta Schlemihl durante la cena:

—Quemaron la casa.

—¿Qué casa? —en sus pensamientos, Romeu.

—La de Reclús. La casa de Témperley.

—¿Y eso?

—Lo dice el diario —Schlemihl tiende el periódico a su amigo.

—No, no —rechaza Romeu—. Cuéntame qué pone. Aunque lo imagino: nadie sabe nada, nadie vio nada. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocás. Los bomberos llegaron tarde, como siempre: sacaron tres cuerpos carbonizados, y el perro. Dicen que creen que fue accidental.

—Y no hay quien aclare que uno de los cuerpos estaba colgado por el cuello, ni que otro estaba lleno de balas de las grandes.

—Pero dan un dato que te va a sorprender, gallego.

—Difícil. En este asunto, ya nada me sorprende. A ver, dime de qué va, y te diré si me conmueve.

—Dicen el nombre del dueño, de la dueña, mejor dicho.

—¿Y? —ya curioso, Romeu.

—Leo —dice Schlemihl, buscando la línea en el ejemplar de *La Nación* doblado en la página de sucesos—: «… el inmueble propiedad de la señora Ofelia Spallanzani de Almeida…»: ¿te suena el nombre, el apellido? ¿No te parece asombroso?

—Me hace sentir frío. Y terror. Y ganas de vomitar. Pero no me asombra, alemán. Es lo menos que se puede esperar de la máquina: en este negocio todo el mundo duerme alguna vez con todo el mundo, y es preferible no tirar de ningún hilo, porque si tiras no

descubres el tejido de la alfombra: te quedas sin suelo chico: debajo de la trama no hay nada: en el mejor de los casos, otra alfombra, otra trama, más espesa que la primera: pero nunca un piso en que afirmarte para dar un paso más.

—¿Traicionado? ¿Te sentís traicionado?

—¿Por quién? ¿Por ella? ¿Y los demás? Sí, me siento traicionado, Schlemihl, pero no porque Ofelia no haya dicho esto: me siento traicionado desde el principio, desde que me dieron la orden de matar a Arellano: pero no tengo derecho: yo no estuve, no sé qué pasó en el alma de los que lo vivieron: no tengo derecho a decir que solo los muertos no me traicionaron: no puedo pedir a nadie que muera para dejar a salvo la moral. Pobre Ofelia…

—¿Te da lástima, entonces?

—Sí. Aunque ella rechace la lástima… ¿De la Richmond no pone nada?

—En primera página —aclara Schlemihl—. De nosotros, nada. El personal no solo no nos vio, sino que no vio a nadie.

—Nadie, nada, nunca. ¿Qué mintieron?

—Los que entraron tenían la cara tapada, con medias de mujer: irreconocibles. Los hicieron echar al suelo, ellos no oyeron ninguna conversación. Los asaltantes estuvieron adentro media hora.

—Sí que les pareció largo…

—El miedo hace milagros, gallego.

—Pide otra botella de vino, ¿quieres? —y se levanta para ir al servicio.

Ofelia recorre la calle Paraguay con en la mano derecha el clavel que le ha dado Romeu: «lindo, el gallego», piensa: «lástima», piensa, con un algo de piedad para consigo misma, su juventud aparente, sus labios deslumbrados, sus días: una ruta oscura, por el frente de la facultad de medicina, primero, por manzanas de clínicas y cafés ya cerrados a las once de la noche, después: blanca, blanquísima, visible hasta la diafanidad con su flor roja entre los dedos: al darse cuenta de que el automóvil que viene hacia ella es el mismo que dos minutos antes ha pasado ante sus ojos en el cruce de Uriburu, comprende que es el fin: el coche avanza lentamente desde el momento en que sus ocupantes dan con su víctima: Ofelia sigue

andando al mismo paso que hasta allí: el vehículo se detiene veinte metros más adelante y un hombre baja de él, dispuesto a cortarle el camino: la mujer sonríe y se queda esperando al oír la voz del asesino: «pará, vieja bruja: ¿no ves que vengo a matarte?»: es una pistola de gran calibre, tal vez un .44, la que el individuo sostiene en alto, la fuerza de los dos brazos puesta en el empeño de soportar el retroceso: Ofelia se cubre la boca con el clavel, se cubre la sonrisa, el desafío último: el disparo, muy próximo, destroza el rostro y la flor, la envía contra el muro y la mantiene en vilo por un brevísimo instante: cae cuando el otro se vuelve hacia la fuga que nadie impedirá: cae sin soltar el tallo pelado, ensangrentado, un don, lo mejor de su memoria.

Romeu lo sabrá mucho después, por una carta de Perelman.

21. *Las condiciones subjetivas*

(18 de abril, 1986)

¿Y reconoció su propia casa?

MICHEL BUTOR, *El empleo del tiempo*

tal vez alguna de las cartas de despedida, aquellas notas, haya llegado al buzón de Bianca: tal vez la haya cogido el vecino, el vecino que nunca vio nada, el vecino de Weimar: tal vez, el mismo día en que se lleve la ensoñación, a un tiempo lírica y sanguinaria, de San Zamudio, el diablo se lleve también la ciudad: el día de la revolución: ¿qué revolución?, piensa Romeu mientras el taxi avanza hacia Ezeiza: mira a Schlemihl, a su lado, y sonríe: en las estadísticas, figurará como inmigrante austríaco en Brasil, como emigrante argentino en cualquier lugar del planeta, fugado, antipatria, como traidor a la causa de la emancipación, como viudo: «Perón vuelve», reza una pintada en un puente de la carretera, un texto sobre el cual han caído todas las intemperies y permanece, obstinado: «es la última vez que veo esto», dice el alemán: ¿qué?: ¿la pintada? ¿el puente? ¿el paisaje en general? ¿el país?: pero ¿el país no es la pintada, el puente, el paisaje?: ¿qué más ve Schlemihl, que se pueda echar de menos luego?: ¿qué se echa de menos siempre cuando se abandona un espacio? ¿qué es un espacio?: estuve veinte días en Buenos Aires, dirá pronto Romeu: dieciocho, pero decir veinte es más sencillo: gran ciudad, distinta del resto de América latina, superpoblada, ahora todo está más tranquilo, a pesar de las amenazas, la democracia se consolida, el problema más grave es el económico: ¿tú tienes familia allí?: ya no: mi madre

murió, no había otros parientes en Argentina: ¿y el tema de los desaparecidos?: estarán muertos, ¿no?: no se le puede pedir a la democracia ningún milagro: la gente sigue siendo peronista: la fuerza del mito: ¿la gente? ¿qué es la gente? ¿se refiere usted a la clase obrera, a la oligarquía terrateniente, a los generales, a los sargentos, a los especuladores, a la pequeña burguesía, a la pequeña burguesía depauperada?: toda esa gente es gente: ¿qué es la gente?: sigue siendo peronista: veinte días en Buenos Aires, te lo habrás pasado estupendo, tío: tías buenísimas, allí, un espectáculo: otra pintada: «viva Perón, se hará justicia»: tarde y mal, como de costumbre: siempre es posguerra, sentencia Estrada: «caricia de tu mano breve», repite un ciego cualquiera en la radio del taxi: al aeropuerto es un punto terminal, helado: «mira el globo», invitaba Arellano: «esto es el fin del mundo, la Antártida, casi»: «llegamos, gallego», advierte Schlemihl

facturan el equipaje, magras maletas, con la mayor anticipación: resta más de una hora para el embarque: en el otro extremo del desmesurado recinto hay una cafetería, semejante a todas las cafeterías de aeropuerto: medianamente limpia, medianamente mal atendida, medianamente concurrida: mesas acumuladas en una zona del edificio contiguo al de las partidas, en una suerte de ágora falsa: en la última está Perelman, inesperado:

—No podía dejar de traerle esto, Juancito —se justifica, y tiende a Romeu un sobre—. No lo abra ahora. Es una foto. La encontré ayer, haciendo limpieza… y pensé que le iba a gustar tenerla. Es del setenta y cinco, setenta y seis: estamos todos. Menos usted, claro, y Miguel. Le aviso: hay uno que no conoce: era el marido de Bianca. Espero que no le joda, eso.

«Menos usted, claro, y Miguel».

—Pierda cuidado, Perelman, no me jode.

«Hay uno que no conoce: era el marido de Bianca».

—Ahora, gallego, me voy. No me quiero quedar esperando que se tome el avión. No quiero ponerme triste —pero, en verdad, ya está triste.

—Vale. Gracias, hombre.

Esta vez no se permiten efusiones. Un apretón de manos, sereno.

Un apretón de manos, también, Perelman y Schlemihl.

Y un marcharse hacia atrás, retrocediendo, paso a paso, con los ojos fijos en los de Romeu, diez, quince metros, antes de darse la vuelta y huir hacia el aire abierto, la costumbre, el juego peligroso del que ya no saldrá

en vuelo, cuando la azafata recita la burocracia de un salvamento imposible en varias de las lenguas que ignora, Romeu abre el sobre que ha recibido en el aeropuerto, espiado con atención por Schlemihl: experimenta más hastío que curiosidad:

—Perelman —empieza, y, ante cada nombre, va indicando los rostros a su compañero—, Reclús, ya le conoces, Gustavito Franco, Fernando Legarreta, Ricardo —y elude comentar que a este le llamaban «la bestia»—, Tito Puig, Betty Friedman, el negro Samuel, Bianca, casi todos… este debe de ser el marido de Bianca. La foto, supongo, es de principios del setenta y cinco, quizá diciembre del setenta y cuatro: al negro Samuel le asesinaron en marzo, muy poco después de marchar yo.

—De Perelman, de Reclús, de Bianca, ya sé. ¿Y los demás? —pregunta Schlemihl—. ¿Qué fue de los demás?

—Todos muertos, salvo Perelman… que, como has podido comprobar, vive, cada día, verdaderamente —y luego, de improviso—: alemán, ¿tú has sido peronista?

—Sí, creo que sí, un tiempo… no militante, no, no me afilié nunca, pero… no se podía dar la espalda al pueblo, ¿no? Además, el viejo…

—Eso, eso, explícame eso: ¿el viejo… qué? ¿Perón… qué? ¿Qué significaba para ti, para vosotros?

—Y, era una esperanza… la única.

—¿No erais vosotros la esperanza?

—Eso lo pensamos después, gallego, pero al principio no debíamos estar muy seguros, ¿no?

—Necesitabais un salvador, por lo que parece.

—Y…, sí.

—¿Perón o muerte, pues?

—Justo, gallego.

Romeu intenta devolver la fotografía al sobre y descubre dos cosas: un sello en el dorso de la imagen —Restaurante La Tablita - Mar del Plata, ENE 75— y otra cartulina, más pequeña, en el interior de la cubierta: es un retrato de Bianca, muy retocado, un alarde de pelo negro alrededor de un rostro que no es el que su memoria ha elegido guardar:

—La foto es de enero del setenta y cinco —comenta, sin dirigirse a nadie en particular.

Schlemihl hace caso omiso de la observación: le interesa más esa mujer que solo ha visto deshecha, tendida en un mar de sangre, atado el cuerpo para el suplicio:

—¿Te hubieras quedado por ella, gallego? —pregunta, seguro de la respuesta.

—No, no me hubiese quedado —le confirma Romeu—. Pero hubiese tratado de traerla conmigo.

—¿Habría venido?

—Prefiero creer que sí.

—Era linda.

—Sí.

Entonces repara Romeu en el descuido con que ha mirado la fotografía del grupo y retorna a ella: el marido de Bianca, anónimo, el primero por la derecha: es un hombre joven, quizá más joven que ella, moreno, de manos grandes, vestido con una camisa blanca y corbata, vestido con una sonrisa ancha, que no alcanza a compensar la aflicción profunda de sus ojos: pelo negro, engominado, cepillado con rabia, y unos reflejos en la piel de los pómulos que inducen a suponerle la barba muy rala del indio: guapo mozo: una elección estética, ciertamente, ciertamente, pero también una elección ideológica, la de Bianca:

—¿Sabes qué te digo, chico? —confía de pronto, para sorpresa de Schlemihl—: jamás hubiese venido conmigo. Jamás.

El resto del viaje hasta Río de Janeiro se pierde en una charla insustancial, la charla de dos hombres que no comparten el presente y que han optado por dar de lado el pasado.

el avión se detiene y por los parlantes se invita a descender en primer término a los pasajeros que finalizan su itinerario allí: en el

escaso espacio de la cabina, los dos hombres se abrazan y se separan con un «hasta siempre» de protocolo, que evita emociones: Romeu espera la indicación para salir a su vez del aparato: se anuncia una escala de una hora

atraviesa la rampa cubierta que une el avión con el edificio del aeropuerto, con un bolso pequeño colgado del hombro y el sobre con las fotografías en la mano: en la sala de tránsito, se dirige al
free-shop
para comprar tabaco americano: pasa su tiempo mirando escaparates y bebe café en una barra: piensa en Marga, la mujer que, en su día, había ido a Barcelona a reunirse con Arellano y solo había encontrado su cadáver: en Marga, trabajando en un turbio cabaret, sobreviviendo de mala gana al naufragio: en Marga, que nada sabe de los últimos sucesos: que no puede saber: entonces se decide: va hacia los lavabos: allí, se encierra en un retrete y saca las fotografías del sobre: considera primero la de Bianca, un mal estudio estilo años treinta, falso de toda falsedad, además de inútil: lo rompe en minuciosos trochos y lo echa a la taza: idéntico destino tiene la escena del restaurante: y el sobre: finalmente, hace correr el agua por dos veces, se desabrocha el pantalón, orina, vacía la cisterna nuevamente, y sale:

—A tomar por culo —dice—: la guerra ha terminado: esta, al menos.

VI. la fuerza de las cosas

22. *Una habitación de hotel*

(19 de abril, 1986)

Pero alcanza la muerte también
al que huye del combate.

SIMÓNIDES DE CEOS

once años, cinco meses y dieciséis días desde la muerte de Arellano: el ancho rumor de los sábados en Barcelona arropa a Romeu cuando deja el taxi en la puerta del Hotel Oriente, en las Ramblas: viene del aeropuerto: no ha ido a su piso: y no irá a ninguna parte hasta haber completado las ceremonias fúnebres: entra al vestíbulo y se dirige a la recepción:

—¿Hay alguien en la quinientos dieciséis? —pregunta al empleado que le atiende.

—Se ha desocupado esta mañana —el hombre le mira con sorpresa: finalmente, se decide a preguntar—: ¿sabe el señor que…?

—Conozco perfectamente la historia de esa habitación. La pido… para superar fobias, digamos. No se preocupe usted.

—Solo se lo decía para evitar contratiempos. Firme aquí, por favor —le presenta la tarjeta de registro—. ¿Maletas?

—Una. Me marchare mañana. Pagaré ahora mismo.

—Como prefiera —mientras llama al botones, que se hace cargo del equipaje y aguarda hasta el final del trámite.

El chico, de unos diecisiete o dieciocho años, le precede hasta el ascensor y entra en él con Romeu. Llegados a la planta, abre las puertas y franquea el paso al cliente.

—Va a la habitación del muerto —comenta, ingenuo—. Aquí la llamamos así porque hace años…

—Chico, ¿quieres dejar el hotel vacío? ¿Quieres quedarte sin empleo? No hables de esas cosas con los pasajeros, porque no volverán. Yo sé todo lo que sucedió, no necesito que me ilustres. Calla y ten esto —y le tiende, allí, en el pasillo, un billete de quinientas pesetas—. Ya puedes marchar: el resto del camino lo haré solo.

—Gracias, señor —con una reverencia pasada de moda, a la vez que le entrega la llave.

Romeu deja su maleta a un lado de la puerta, en el suelo, y abre.

Arellano está sentado, desnudo, y sostiene un revólver apuntado al que quiere entrar, como lo hizo, como lo viene haciendo desde entonces, hace once años, cinco meses y diecisiete días: se observan durante un instante, se sonríen:

—¿Qué? —pregunta Arellano.

—Que te marchas —contesta Romeu: alza el brazo derecho y finge una pistola con el pulgar y el índice—. Bang —dice, como sin ganas: Arellano desaparece.

Romeu pone sus cosas por el lugar, se desviste, se ducha, mira el espejo:

—¿Ya está? —quiere saber el del cristal.

—Ya está —asegura él.

—¿O sea?

—Que empiezas de nuevo: en otra cosa: como si no tuvieras pasado: como debe ser.

—No te des tanta prisa, Romeu: primero, has de ver a Marga.

—Cierto: he de ver a Marga.

—Y has de ir al cementerio.

—Ya.

—Después, sí: empezaremos de nuevo: en otra cosa: como si no tuviéramos pasado: como debe ser.

—Vale, chico.

Y se afeita, se viste, el clavel marchito de Bianca en el bolsillo interior de la chaqueta.

23 *Nadie parecía*

(19 de abril, 1986; más tarde)

> *Aquí llegamos, aquí no veníamos…*
>
> J. LEZAMA LIMA, *Fragmentos a su imán*

luces, sus menudas consecuencias sobre rostros volcados al anónimo: ruidos irregulares que figuran fondos musicales sin alma ni porvenir: palmas en sigiloso comercio, al otro lado de un lustre duro y desleal de uñas y anillos: una escena torpe en el centro de la sala, para ojos sedientos y desocupados: una escena que deja en libertad los rincones de más sombra, que salva entreveros furtivos de atenciones impertinentes: la noche pegajosa del Visir, en una de las calles del barrio chino, cerca del Paralelo: Marga despega con dificultad los rasgos de Romeu de entre el montón de bocas y narices y pelos y alientos de clientes indiscernibles que la llaman por su nombre, considerándose una costumbre, un descanso, una voz, sin ser más que una fatiga, una violencia, una injuria:

—¿Qué hay, Joan?

—Toda una historia. ¿Quieres que te la cuente?

—¿Puede interesarme?

—Puede.

—Salgo a las dos.

—Pasaré a recogerte.

—No. Espérame en otra parte. No me gusta verme contigo aquí.

—Solo el Drugstore estará abierto a esa hora.

—Habrá taxis. Te encontraré allí a las dos y media. En la

cafetería, ¿vale?

—Vale. Hasta ahora, Marga.

—Hasta ahora.

Romeu se pasea, dejando pasar la noche: baja por el centro de las Ramblas, sin hacer caso de las llamadas de las putas, de las ofertas de haschich, de los vendedores de objetos vanos o ridículos que se acercan cada tanto: finalmente, cruza hacia el Gobierno Militar, deja atrás el portal, atraviesa la avenida, va a detenerse ante el agua negra de la dársena: se queda mirando la ligerísima resaca, el único movimiento del mar de la ciudad, la descomposición, la tiniebla

la cafetería está en la parte central del decorado, junto a las escaleras que llevan a la planta superior, frente al mostrador de botellas y comidas preparadas: es un sitio limitado por maderas y cristales con pretensiones modernistas: mesas de mármol y sillas de respaldo leve: Marga es puntual y encuentra a Romeu ante una copa de coñá:

—Tiempo que no se te ve, Joan. ¿Qué haces con tu vida?

—La he llevado a Buenos Aires. Y la he traído de vuelta. Lo cual no es poco.

Marga palidece, se descompone bajo la pintura, llama al camarero antes de seguir averiguando:

—¿Cómo ha sido eso? —pregunta después del primer sorbo de alcohol.

—Primero llegó una carta de Reclús, ya sabes…

—El que dio la orden…

—Al menos, eso supongo. Pero no pasa de ser una suposición. Después, vino un mensajero. Me invitaban a ir.

—¿Con qué excusa?

—Con la de entregarme al tío que disparó contra Miguel.

—¿Por qué no me lo dijiste, Joan? Yo…

—¿Para qué Marga? ¿Para que me acompañases?

—Claro.

—No tenía sentido. A esta hora, probablemente, los dos estaríamos muertos.

—¿Era eso lo que querían?

—No sé qué es lo que querían. No lo sabré nunca.

Desconcierto, tristeza, decepción, tras el largo silencio que guarda Marga, interrumpido finalmente por la curiosidad.

—¿Encontraste al hombre?

—No. Vi unas cuantas personas, y varios cadáveres, pero el que apretó el gatillo no existe.

—Alguien tuvo que hacerlo…

—¿Es realmente importante, Marga?

—No. Creo que no. Ya no.

—Hace diez años, tampoco lo era. No se trataba de una cuestión personal.

—El conjunto, entonces.

—No saben lo que hacen, ni por qué lo hacen. Además, quedan pocos. De los que yo conocí, ninguno, a decir verdad.

—¿Inocentes?

—A su manera.

—Joan, si no fuiste por venganza, ¿por qué fuiste?

—Afán de saber, de entender.

—¿Y?

—Sé menos que antes, entiendo menos que antes. Pero estoy más tranquilo. He comprobado que no queda nada.

—Historia.

—Es lo que menos queda. Para eso hacen falta memorias. Y no hay quien recuerde, ni quien quiera recordar, ni quien pueda recordar, porque no hay quien sepa enteramente qué sucedió. Son vidas de las que no se tiene registro, Marga. Secretos definitivos.

—Tú recuerdas.

—Trozos. Por otra parte, soy un visitante: nada más que un visitante.

Romeu comprende que no dirá nada sobre Reboratti, sobre Ofelia, sobre Schlemihl, que no tiene objeto el detalle, que a Marga también han dejado de preocuparle las precisiones, que acaba de dar otro paso.

—¿Sigues yendo al cementerio, Marga?

—Cada semana. Iré por la mañana: es domingo.

—¿Puedo acompañarte?

—Si quieres… —con asombro, Marga—. Es algo que nunca has

hecho, ¿no?

—Y que quizá no vuelva a hacer. Es que tengo que llevar…

—No me expliques nada. Ven conmigo sin explicarme nada. Me gustará que vengas.

Piden más coñá.

24. *Entierro de la flor*

(20 de abril, 1986)

Los muertos están arriba sobre el mar, en sus bancales…

DIONISIO RIDRUEJO,
Cementerio

el cuerpo arrancado a la habitación solitaria, a la mesa jurídica y ajena de la morgue, yace en el alto cementerio de un pueblo de la costa, al norte de la ciudad: agua indiferente allá abajo, en la zona última del silencio: esa paz, piensa Romeu, ese alejado lugar de reposo, se parece a la dignidad: Miguel Arellano / Bilbao, 12-3-41 / Barcelona, 2-11-74: sin cruz, sin indicadores de doctrina: Marga se arrodilla ante la lápida para arreglar las flores que ha traído, despejar la piedra de pétalos podridos y hojarasca, amontonados por el curso de la semana: se concentra en ese espacio, sin mirar a su alrededor, ni las otras tumbas ni el mar: Romeu espera, a sus espaldas, descubriendo el lugar, observando sus movimientos, sus rutinas de amor, su callada discusión con el destino: durante mucho tiempo ha preferido no estar presente en ese ritual, dejarlo a la intimidad de la mujer que ahora se pone de pie y, sin volverse, le habla:

—¿Sabes, Joan? No es fácil. Cada vez es como la primera vez, un nudo en la garganta.

—Le querías.

—Creo que no he querido a nadie más, que no he querido nada fuera de él o sin él. Vivo para venir aquí, y me duele pensar que después que yo muera nadie más vendrá: no tuvimos hijos…

Y se abraza a Romeu para llorar.

—Joan —pide, levantando los ojos—, ¿me traerás aquí cuando eso pase? ¿Harás lo necesario? Pondré dinero a tu nombre para que lo hagas, es muy caro morir y cualquiera de estos días…

—¿Y si me toca antes a mí, Marga?

—¿Qué querrías que hiciera?

—Nada, chica, absolutamente nada: déjame en la fosa común, déjame marchar del todo, déjame.

—Joan, ¿tú piensas que hago mal con Miguel? ¿Que no debería hacer esto, seguir atándole al mundo?

—Es distinto: él también te quería a ti, esperaba cosas de la vida contigo, seguramente esperaría también algo de la muerte contigo.

—¿Tú no esperas nada?

—A estas alturas, no lo sé. He de volver a preguntármelo.

Romeu se ha desasido del abrazo con dulzura: no desea mezclar a Marga en sus reflexiones, no desea que Marga se mezcle en sus reflexiones: por la libre soledad de los dos: se pone en cuclillas junto a la tumba del amigo y escarba la tierra con las uñas: saca el viejo clavel de Bianca del bolsillo interior de la chaqueta, lo besa, se despide de él: «trata de descansar en paz, Bianca», piensa o murmura o reza: lo deposita en el hoyo somero que acaba de excavar y lo cubre: se levanta: Marga ha sido testigo de sus gestos, de su oración, de su esfuerzo:

—Era importante esa flor —afirma ella.

—La más importante: alguien me la había traído del pasado.

—¿Aquella mujer?

—No. Otra.

En el camino de regreso a Barcelona no se hacen preguntas.

el piso huele a papel, tabaco frío, sábanas usadas: Romeu deja la maleta en el recibidor y se desviste, mira sin curiosidad las cartas acumuladas en su ausencia, titulares de periódicos viejos, abre las ventanas: se ve, finalmente, en el espejo del baño:

—¿Está hecho? —se preocupa el del cristal.

—Está hecho —asegura él.

—¿Has enterrado a Romeu?

—Con todos los honores.

—Mañana podremos empezar.
—Ahora mismo. Ya empezamos.
—Veremos qué haces con eso de enseñar historia.
—Partir de cero, ¿no?
—Como si nada tuvieses que ver con el cuento.
—Interés meramente académico.
—Exacto.
—¿Y la pasión?
—Será la pasión de otro, no la nuestra.
—¿Y después?
—Llegará alguien.
—¿Alguien que entienda?
—Sí, pero desde otro punto de vista.
—Con distancia.
—Puede estar cerca. Fuera, eso sí.
—Vale.
Abre el grifo de la ducha.

Barcelona, mayo de 1987

